

APRENDIZ

DE

ESCRITOR



Luis Enrique Delano

LUIS ENRIQUE DELANO

APRENDIZ DE ESCRITOR

1924-1934



Un Prólogo Innecesario

Van precedidas estas memorias de juventud de Luis Enrique Délano de una inmejorable introducción por el autor, y van seguidas de un Recado de Gabriela Mistral que contiene un insuperable y penetrante retrato de Luis Enrique y una precisa valoración de su estilo.

¿Qué podría agregar yo?

Sólo unas anécdotas marginales y la expresión de un sentimiento entrañable hacia uno de los más nobles seres humanos que haya conocido.

Escribo, sin embargo, este prólogo innecesario a pedido de Poli Délano y del editor del libro, el poeta Fernando Quilodrán, como un ejercicio de la memoria y del afecto.

Luis Enrique Délano escribió estas memorias juveniles en México, donde pasó diez años de exilio, entre 1974 y 1984. Me complace imaginar que fueron sometidas a la consideración vigilante de su amigo y compañero Perico. Así parecen indicarlo, por lo demás, ciertas rasmilladuras que presenta, en su parte superior, la carpeta en cuyo interior se encuentran los originales.

La convivencia entre Luis Enrique y Perico durante el exilio mexicano fue cotidiana e intensa. Ambos comían juntos, no sin encochinamiento de manteles y dispersión de grumos y partículas de alimentos por parte de Perico, que de modales no tenía

idea. Ambos trabajaban juntos, aunque el papel del mencionado era sólo el de un espectador atento, de escasa utilidad en materias de redacción, sintaxis y estilo, y a menudo el de un agente diversionista.

En las pausas del trabajo que imponía, emitiendo silbidos o sonidos cacofónicos desde su atalaya, sobre el hombre izquierdo del escritor (en la gruesa hombrera de la chaqueta de tweed, sus aceradas garras habían deshilachado, desgastado, desflocado, deshilado y raído la tela de manera profunda, llegando casi al revés de la trama, como dijo Graham Greene), Luis Enrique intentaba adiestrarlo en el uso del lenguaje, con expresiones breves y patrióticas, en especial "Viva Chile". Perico mantenía perfecta mudez. Por deferencia a su origen mexicano, cada vez que lo instaba a repetir "Viva Chile", Délano agregaba la expresión ceremonial y académica de uso frecuente en tierras aztecas: "Andele, licenciado". Perico, mudo. Así, largo tiempo.

Por fin, después de muchos meses de cansada insistencia, luego de rogarle Luis Enrique por enésima vez: "Viva Chile... Andele, licenciado", éste se dignó responder, con gran énfasis: "¡Andele, licenciado!"

Perico era verde, como corresponde a todo loro que se respete, y llevaba en las puntas de las alas algunas plumas azules, por elegancia. Sobre su gran pico curvo lucía un franja anaranjada. Medía unos quince centímetros de la cabeza a la cola. Era, según su filiación mexicana, un "Perico Atolero", lo que indica, probablemente, que tenía predilección por el atole, una bebida caliente y espesa, diría una especie de ulpo, a base de harina de maíz. Perico murió en Santiago, el año 1985, debido a las caricias demasiado bruscas de un perro, poco después de llegar a Chile con Luis Enrique Délano y su familia, de la que formaba parte junto con Lola Falcón y el hijo único, Poli.

Luis Enrique murió el mismo año, a los 78 años de edad, y nos quedó debiendo no sólo la historia de Perico, sino también las de

Waikiki, Pelele, Zorrito, Poroto Pérez y otros perros históricos de diversas dinastías, además de gatos y monos, que formaron parte de su vida y de su familia.

Pero no se trata ahora de cobrarle deudas. Hay ciertos lectores que se sienten con derecho a protestar ante sus autores conocidos porque no trataron tal o cual tema para el que, a su juicio, tenían condiciones óptimas. Lo cierto es que los escritores tienen sus propios proyectos independientes y vale más atenerse a lo que ellos mismos decidan escribir.

En el caso de Délanó, trabajador prodigioso, la cosecha no es escasa. Entre sus libros de cuentos, novelas largas y breves y reportajes se llega a más de 20 volúmenes. Se calcula que sus cuentos y artículos no incluidos en libros llegan al millar.

En su libro **Yo lo conocí**, de 1965, Tito Mundt lo describió así: "Luis Enrique Délanó tiene cara de noruego, de danés, de sueco, de cualquier cosa menos de chileno. Nació para la pipa, para el abrigo de cuero, para la chimenea lejana y para callar esas palabras que nunca se dicen en los muelles de todo el mundo. Uno no se lo imagina arrellanado, con cara de abuelo, en un viejo sillón, sino con la maleta de viaje al pie de un tren en marcha o junto a un avión con las hélices en movimiento".

"Uno no se lo imagina arrellanado..." La verdad es que, al escuchar su nombre o pensar con él, lo veo siempre sentado. En la redacción de **Vistazo**, con la pipa en la boca -generalmente apagada, a veces humeando como una locomotora- escribiendo a máquina velozmente, con dos dedos, como corresponde a un periodista nacional. Había, es verdad, cierta incongruencia entre sus ojos azules, su bigote rubio y su corpulencia de capitán de barco nórdico de cogote colorado por efecto de la intemperie (o el whisky), y aquel ambiente proletario, por no decir mísero, saturado de olores de tinta, aceite y metal fundido que llegaban en oleadas de la imprenta instalada bajo el mismo techo. Pero allí estaba cada día el capitán, puntual, desde temprano por la

mañana hasta que desaparecían los últimos jirones sangrientos de los crepúsculos de la calle Lira, escribiendo horas enteras sin pausa en la histórica Underwood; revisando lápiz en mano los originales sudados de los bisños reporteros y explicándoles a continuación los motivos de cada una de las correcciones; discutiendo con compaginadores, fotograbadores o prensistas sobre cuadratines, ciceros, tramas, temperaturas, ajustes o cartones de estereotipia.

Y después, a la hora de "once", sentado ante una taza de té en el boliche de la esquina, desplegando ante nosotros el tapiz maravilloso de los barcos y los muelles lejanos, de los bares y las mujeres fatales, de las grandes pirámides aztecas, de lo que un día le dijo Picasso a Pablo (Neruda), de cuando Huidobro fue candidato presidencial, de Einstein, Frida Kahlo, Eluárd o Siqueiros... O bien, el anecdotario pícaro de la crónica policial y la bohemia periodística en sus tiempos de *El Mercurio*. (Algo de eso, y otras cosas, contienen estas memorias que ahora se publican.)

Era un buen conversador, pero casi siempre prefería escuchar. No tenía nada del charlador estilo Latcham, que chisporrotea sin pausa y con malicia y a quien resulta imposible interrumpir. Hablaba, sí, de buen grado, cuando le hacían preguntas, con poderosa capacidad de evocación y una cierta manera de distanciarse de sus temas y sus personajes, entre nostálgica y humorística. En "Referencias Críticas" de la Biblioteca Nacional, encuentro en un artículo de Próspero un caracterización de la escritura de Délano: "Hay en su estilo un gran reposo, un poco de nostalgia y cierta sutil ironía, que no hiere ni desentona, sino que atrae". Así hablaba también.

Sentado lo veo también en una roca a los pies del acantilado de Cartagena, sobre el cual se alza su casa-buque, con la pipa en la boca, leyendo un libro que sostiene con la mano izquierda, mientras con la derecha sujeta la lienza en cuyo extremo el anzuelo cebado con gusano de tebo aguarda el bocado violento

del tomollo costino o de la “vieja” de las rocas profundas.

No era, en verdad, hombre de caminatas. Y de aquí, otro de los motivos de aquella discusión perpetua y amorosa, de acritud fingida, que sostuvo con Lola su esposa a lo largo de medio siglo. Ella era una caminante perpetua y una infatigable excursionista. El prefería observar y trabajar sin moverse de su cabina. En el debate, Lola invocaba las virtudes higiénicas del paseo pedestre. Luis Enrique replicaba con alusiones burlescas a los boy-scouts y a las girl-guides. Llegó incluso a recortar de una revista un retrato de Baden Powell, el fundador del movimiento scoutivo mundial, y lo pegó a la cabecera de la cama de Lola, quien se manifestó indignada, pero nunca lo retiró de allí.

Luis Enrique y Lola se conocieron en Chonchi, en 1932. ¿Por qué allí, precisamente?

“Hacía poco que habíamos llegado de Francia, cuenta Lola Falcón. Formaban parte de mi familia mi madre, mi padrastro, dos hermanas y un hermano. ¡Ah! y dos perritos pekineses, que en esos tiempos causaban asombro en Santiago. Frecuentaban nuestra casa de la Avenida Vicuña Mackenna, Isafas Cabezón, Tomás Lago, Diego Muñoz, Alberto Rojas Jiménez, Rubén Azócar... Cuando se acercaba nuestro primer verano en Chile, mi madre preguntó con inocencia: ¿Y adónde se puede ir a veranear en este país? Rubén Azócar respondió instantáneamente: ¡En Chonchi! Y se lanzó a contar maravillas. Mi madre le dijo: Está bien. Entonces, Rubén, Ud. que va para allá, haga que nos preparen un par de piezas para mí con las niñitas. Pero surgió un inconveniente. Se vivían aún los efectos de la larga crisis del año 1929, que se prolongaron en Chile hasta el 33. A Rubén, director del liceo de Quillota, no le pagaban todavía su primer sueldo, aunque habían pasado varios meses. No tenía ni cobre. A mi mamá le pareció natural anticiparle dinero suficiente para que pudiera viajar antes y organizar nuestro alojamiento”.

Así se fue anudando el destino. Tomás Lago fue hasta la

estación Alameda a despedir al viajero y allí se encontró con Luis Enrique Délano, quien también viajaba al sur. Lago lo presentó a Rubén y los dos se fueron juntos, conversando. Luis Enrique (“en esos tiempos era harto pobre”, dice Lola) había conseguido un pasaje de turismo, probablemente como pago de colaboraciones en la Revista *En Viaje*. Su plan era llegar hasta Ancud, donde tenía una conocida, Lala Cavada. Azócar fue categórico, como siempre: Ancud no tiene ningún interés. Tienes que conocer Chonchi, ¡es la maravilla de las maravillas!

Délano se dejó convencer y en Chonchi conoció a Lola. “Empezamos a pololear al tiro, pero del modo como se estilaba en esa época. No fue un pololco tan virulento como los de hoy día”. Se separaron enamorados. Ella lo fue a despedir al barquito que lo llevaría hasta Puerto Montt y en el tren, en el viaje de regreso, él le escribió una larga carta de amor, “muy bonita”, que le envió desde una estación del trayecto.

Lola: “Conservé esa carta muchísimos años. Luis Enrique me la quiso quitar más de una vez, pero no lo consiguió. Cuando yo se la leía en voz alta, me decía que era apócrifa”.

El noviazgo avanzó con rapidez y no sin algunos obstáculos. Curiosamente no provenían de la familia de Lola sino de la de Luis Enrique.

“Probablemente me consideraban una libertina. ¿Acaso no venía de Francia? Ya entonces, Luis Enrique sufría en invierno de las bronquitis que lo atormentaron toda la vida. Se quedaba en cama y yo iba a visitarlo, a su pieza. Era un escándalo mundial. Otra vez fuimos por el día a San Antonio en un automóvil De Soto del tipo llamado *roadster* de propiedad de Tomás Lago. Era un auto de dos asientos en cuya parte posterior existía una gran maleta que, al levantarse, dejaba al descubierto, y a la intemperie, dos asientos más. Allí íbamos Luis Enrique y yo, felices, tragando los vientos. Después de dar una vuelta en bote por la bahía, regresamos, ya tarde, cuando a los pocos kilómetros se pinchó un

neumático. No teníamos otro recurso que esperar, hasta que apareciera algunos de los escasos automovilistas de aquellos tiempos y nos prestara socorro. Llegamos a Santiago de vuelta a las mil y tantas. Esta vez el escándalo fue interplanetario. Quien los desataba era una de mis cuñadas que más tarde, con los años, iba a ser más que una hermana para mí”.

Se casaron pronto, a fines de aquel movido año de 1932 y, después de pasar unos meses en la casa de la hermana mayor de Luis Enrique, cerca del Parque Cousiño, se fueron a vivir a una casita en la calle Inés Matte Urrejola, por debajo de la cual corría un canal. Pero eso lo cuenta Délano en detalle en este libro.

Revisando viejas colecciones de *El Mercurio*, de los años 1929 a 1936, se encuentran en gran número los trabajos de Luis Enrique Délano. Hay cuentos policiales, cuentos marineros, cuentos de amor y de violencia; hay crónicas magazinescas, como las dedicadas al intrépido piloto Günther Pluschow y a Sherlock Holmes; notas de viajes sobre Jamaica y Smara, “la ciudad misteriosa del desierto”; críticas de arte; crónicas sobre Picasso, Gabriel García Maroto y la muerte de don Ramón del Valle Inclán. Sus notas, enviadas desde Madrid, aparecen casi todas las semanas a partir de 1934. Son evidencias de su dedicación al trabajo y del rápido pulimento de su estilo, siempre correcto, directo y cristalino.

En las memorias que nos han pedido prologar están presentes, sin duda, ésas y otras cualidades literarias suyas. Pero, por sobre todo, surge de ellas su grandeza humana.

José Miguel Varas

PREFACIO

*No hay ninguna duda de que los libros que uno escribe no llegan solos, porque sí, si un estímulo no los impulsa a surgir desde el nebuloso fondo de uno mismo y a formarse, hacerse, constituirse. Quizás fue una breve nota aparecida en Araucaria número 10, en la que, a propósito de una edición mexicana de mi libro *Sobre todo Madrid*, se habla de mi "talento" en el género memorialista, el impulso que necesitaba para ponerme a recordar y a escribir esta parte de mi vida comprendida entre los 17 y los 27 años que corresponde a mi iniciación y a mis esfuerzos para llegar a ser un hombre de letras. El título *Aprendiz de escritor* no significa en absoluto que en esa década haya dado por terminado mi aprendizaje. Sería un vanidoso majadero si así lo pretendiera. Uno está siempre aprendiendo, puesto que la literatura, como todo, sufre un permanente proceso de cambios. Lo importante es no cerrar los ojos y los sentidos ante lo nuevo, lo que llega, lo que irrumpe. Yo no ignoro que hay gentes que se quedaron, por ejemplo, en la poesía de don Ramón de Campoamor y don Gaspar Núñez de Arce. No pasaron más allá de estos venerables abuelos. Eso equivale a negar la vida misma. Un escritor vendría a ser, pues, siempre un aprendiz.*

La verdad es que antes de esa publicación en Araucaria yo había pensado escribir memorias sobre distintas etapas de mi vida, no porque crea que ella es una novela o algo extraordinario y me sienta protagonista de muchas cosas. Una vez le oí decir a Raúl Silva Castro algo que me impresionó, a propósito de un

*libro de viajes: "Ojalá todos lo que viajen escriban sus impresiones. Con ello ayudarán a los demás". Así es como he pensado dividir las memorias de acuerdo con etapas, viajes, y largas permanencias fuera. Este libro sería el comienzo. El otro sería **Sobre todo Madrid**, que aunque escrito antes, es cronológicamente el que sigue. Mis tres años de Nueva York, en los que viví, sufrí y gocé tantas cosas y en los que me cupo en suerte tener amigos de la categoría de Tótila Albert, Claudio Arrau, Teruca Orrego, Nemesio Antúnez, Ciro Alegría, Enrique Quimper, Federico More, Flora Guerra, Inés Figueroa, André Racz, Eva María Wang, Mario Carreño, Rayén Quitral, Pedro D' Andurain y otros, podrían tal vez constituir un pequeño volumen. Los dos años que viví en China están registrados en más de 150 artículos publicados en *Ultima Hora* y *El Siglo*. Sería cuestión de buscarlos, ordenarlos, establecerlos, como diría Neruda. Pero dudo que alguna vez lo haga. Y los tres años de Estocolmo están recogidos en un diario que llevé día a día, o mejor noche a noche, acerca de todo lo que vi, hice y lo que ocurrió en torno mío. Fui embajador de Chile y un embajador muy pedigüeño, porque pasábamos por una mala racha. Lo que dice la Biblia: pide y te darán, se cumplió cabalmente. Pero fui también un amigo de los suecos, de los escritores, de mucha gente y uno de los ocho chilenos que tuvieron el privilegio de estar presentes en la entrega del premio Nobel a Pablo Neruda. Es posible que en esas páginas (se han publicado algunos fragmentos en Suecia y en México) haya ciertos reflejos de la vida, del ambiente y del paisaje de ese país, por el cual guardo un apasionado cariño.*

*Lo que me desconcierta es México, pues he vivido allí tres etapas que suman casi veinte años. De 1940 a 1946, como cónsul en la capital; de 1949 a 1952, como un expulsado del servicio exterior de Chile por el gobierno de González Videla; y de 1974 a 1984 como exiliado. De la primera etapa hay un libro de cuentos escritos en la época y que permanece inédito: **Días en México**; no corresponde al género memorialista sino al narra-*

tivo. Pero es literatura realista y más o menos verdadera, con escasa invención.

De lo que viví en la última etapa, diez años y medio, hay tal vez ciertos testimonios en mi columna del diario *El Día*, que llegó a publicarse durante 475 semanas seguidas. Mi último artículo (aparecían los sábados) salió el sábado 1 de septiembre de 1984, día en que tomé el avión para Chile. Conste que aún no lo he cobrado.

Me desconcierta, pues, el asunto de mis memorias de México. No sé si tenga tiempo y voluntad para intentar escribirlas. No sé.

Lo que hoy se presenta en este libro debe tomarse solo como lo que es: el mundillo literario de la década del 20 visto por un joven estudiante; las figuras que se destacaban entonces y sobre todo aquellas con las que tuve mayores relaciones, los que me guiaron, me influyeron y me alentaron. Si alguien se fija en la frecuencia con que aparecen los nombres notará que el más mencionado es el de Pablo Neruda, entre otras razones por la profunda admiración que su poesía despertaba -y sigue despertando, desde luego- en mí. No obstante su juventud, era un ser muy influyente alrededor de quien ocurrían muchas cosas. Neruda es el que más nombro, pero no el que trato más a fondo, por dos razones muy simples: una, que de los diez años que abarcan estas páginas, cinco estuvo fuera, en el Extremo Oriente; la otra, que yo no era en esa época amigo cercano suyo. Nuestra relación mejor comenzó en Madrid en 1934 y se afianzó más tarde en los años que pasamos juntos en México. Fue en esas etapas cuando lo traté más de cerca.

He procurado destacar a quienes, de una manera o de otra, me ayudaron a ser un escritor. Romeo Murga y José Izquierdo, en mi adolescencia, constituyeron las influencias mejores y más constantes; otros más tarde, con su amistad, su ejemplo y sus consejos contribuyeron también a mi formación: Alejandro Gutiérrez, Salvador Reyes, Roberto Aldunate, Alberto Romero, Roberto Meza Fuentes, Benjamín Subercaseaux. ¿Cómo no

destacar la categoría humana de otros, Tomás Lago, Chita Yáñez, Juvencio Valle, Víctor Bianchi? En fin, el lector encontrará centenares de nombres de gentes de esa época que conocí y de quienes algo recibí. Todos los seres con quienes tratamos nos dan algo. Es cuestión de ponerse a pensar qué es lo que uno recibe y no desaprovechar ninguno de esos dones.

Finalmente y una vez más, quiero insistir en que está muy lejos de mí la intención de aparecer como ejemplo de algo. El que escribe memorias lo único que hace es mostrar una pequeña parcela y a quienes la poblaron. Si uno aparece entre ellos es porque su presencia viene a ser necesaria para que aquello que se relata tenga un verdadero carácter de testimonio.

L.E.D.

ROMEO MURGA, UN NOMBRE QUE PARECIA SEUDONIMO

Eran la cinco de la tarde, veníamos saliendo del liceo, teníamos que conversar y alguien propuso que fuéramos a un almacén en cuya trastienda podíamos hablar tranquilos. El dueño era un viejo que uno de nosotros conocía. Los cuatro, pues, Elías Ugarte, el Mono Pizarro, Raúl Vicencio y yo, nos instalamos sentados en cajones o en los sacos de papas y el viejo nos preparó unos sándwiches de queso y le pedimos también una botella de vino blanco, litriado. Entonces nos pusimos a hablar muy seriamente de literatura, haciendo oídos sordos a lo que el dueño del almacén conversaba con sus clientes al otro lado de la cortina. Se trataba de hacer una revista, lo cual en Chile, y parece que también en otras partes, constituye la primera actividad de los literatos que comienzan. Y es lógico, porque el principiante en general no tiene dónde publicar sus producciones y una revista propia viene a ser lo más adecuado. Y tenía que ser además una publicación con cierto carácter revolucionario que sacudiera un poco el ambiente pacato de la ciudad de Quillota. Esas ilusiones nos hacíamos.

Mientras despachábamos los sándwiches y el vino, pensamos en el nombre y alguien sugirió *Thermidor*, lo que nos causó gran entusiasmo porque creíamos que esa palabra representaba una etapa importante de la revolución francesa. Claro que *Thermidor* tuvo importancia, aunque como un paso atrás. Pero era así como

se enseñaba la historia en el liceo. El nombre de **Thermidor** fue, pues, aprobado y empezamos a reunir los materiales, poemas, notas sobre la vida del liceo, cuentos. Sobre todo poemas. Un compañero de curso, el Chino Ponce, cuya familia tenía una pequeña imprenta, la editaría. Nosotros sólo pagaríamos el papel, lo que suponíamos que sería bastante fácil, consiguiendo un par de avisos en el comercio. En cuanto a la mano de obra, no había problemas: el Chino pararía los tipos e imprimiría. Entre traguitos de vino blanco, un poco agrio, nació **Thermidor**, la primera publicación estudiantil de la zona y también revista en que tuve algo que ver. Esa tarde del bautizo estuvimos muy felices, mientras a pocos metros el viejo despachaba medio kilo de azúcar o dos chauchas de pan a sus clientes. Elías Ugarte nos contó que unos días antes, en Valparaíso, había oído a un poeta y actor que le pareció estupendo y que se llamaba Alejandro Flores.

De los cuatro estudiantes reunidos esa tarde, dos cultivábamos la literatura; Elías, que era poeta y años más tarde ganó un concurso de la Sociedad de Escritores, me parece que con una biografía de Bilbao, y yo. Elías tenía dos hermanas muy llamativas, airoosas, con altos peinados, pero mayores, niñas casaderas: inaccesibles. Los otros dos, aunque estaban muy ligados a las letras, no escribían, que yo sepa: el Mono Pizarro (desde que me alejé de Quillota en 1927 no volví a saber de él) y Raúl Vicencio, que fue después siquiatra y profesor de la Escuela de Medicina. Pero la verdad es que en esos días de 1924 ninguno tenía muy claro lo que iba a hacer de su vida. Yo, por ejemplo, quería ser profesor y pensaba que no escribiría nunca otra cosa que poemas; nada de eso se cumplió. Venía haciéndolo por lo menos desde tres años antes y confieso que fui dueño de una adolescencia tonta, lánguida, a veces algo mística. Adoraba a una vecina rubia, tal vez un par de años mayor que yo, pero nunca me atreví a acercarme a ella; me limitaba a mirarla de lejos, por encima de una pared, mientras ella, sentada en el patio de su casa, leía un libro o se comía una naranja. Recuerdo que un día le di por

encima de la pared dos paltas, de las que crecían en casa de mi hermana Mireya, y su sonrisa de agradecimiento se me metió en el alma. Debo haber escrito muchos versos a los cabellos rubios rojizos de Edna Murphy, la hija del profesor de inglés. Cuando murió tuve un verdadero golpe y por las tardes me iba a meditar, solo, mirando la corriente del río Aconcagua o sentado en las rocas del cerro Macaya. Yo creo que más de una vez pensé en suicidarme.

Ese año, 1924, fue clave para mí, por varias razones. Una, que cambié de colegio, de un instituto de hermanos maristas españoles donde había cursado segundo, tercero y cuarto de humanidades, al liceo, donde sin duda reinaba un ambiente un poco más amplio y liberal, que provenía del carácter y las ideas del rector, don Rafael Cavada, y de los profesores, que eran radicales, masones o "escépticos de izquierda". Otra de las razones fue que trabé amistad con José Izquierdo, un muchacho algo mayor que yo y que tuvo una influencia decisiva sobre mí. Era egresado, había sido bibliotecario del liceo y cuando encontró un empleo mejor, que le permitía viajar un poco por el país, renunció y el cargo fue ocupado por otro ex alumno de nuestro liceo, que se llamaba también Ponce. (Hablo de esa biblioteca porque en ella ocurrió algo bastante pintoresco que, si me decido, contaré más adelante.) Y la tercera razón fue la llegada a Quillota, como profesor nuestro de francés, de un poeta, con nombre y obra publicada, por lo menos en las revistas de Santiago, y cuyos versos habían sido recogidos por Armando Donoso en su antología **Nuestros Poetas**, editada por Nascimento, ese mismo año de 1924. La antología comenzaba con Pedro Antonio González y terminaba con nuestro nuevo profesor, Romeo Murga, que no era, sin embargo, el más joven, pues había nacido (en Copiapó) un mes antes que Pablo Neruda, en junio de 1904. Esto quiere decir que apenas era dos o tres años mayor que sus alumnos de quinto.

José Izquierdo y yo nos hicimos amigos muy cercanos y a

través de nuestras largas conversaciones empecé a darme cuenta de que las cosas no eran tan simples como parecían, que muchos esquemas existentes en mi interior, formados dentro de la familia, en el liceo a través de lecturas, eran falsos. Pero a los diecisiete... se cambia radical y a veces súbitamente y las viejas ordenaciones salieron aventadas con violencia y la cabeza se me llenó de nuevas y desordenadas perspectivas, entre las cuales la revolución y la poesía cobraron sólida estatura. Pensé que para ellas había que vivir y para nada más. ¿Pero qué revolución y qué poesía? He ahí el problema, porque todo lo que día a día me traspasaba Pepe Izquierdo era como una corriente caudalosa pero confusa e incompleta. El había fundado uno o dos años antes el partido comunista de Quillota, asistió Recabarren, pero su comunismo -según lo miro a la distancia- no tenía mucho de ortodoxo ni que ver con el marxismo sino que correspondía más bien a ciertas formulaciones de los anarquistas, que en esa época predominaban. Pepe hablaba mucho más de Bakunin que de Marx. ¿Y qué poesía? La que por esos días nos fascinaba era la de Pablo Neruda, la de Gabriela Mistral, la de algunos franceses en las traducciones que conocíamos, de don Enrique Diez Canedo, y la de los jóvenes poetas chilenos Joaquín Cifuentes Sepúlveda, Raimundo Echeverría Larrazábal, Alberto Rojas Giménez, Ricardo Corvalán Trumbull y el propio Romeo Murga.

Hay que imaginarse mi alegría cuando supe que Murga iba a Quillota. Era un hombre salido de la nidada del Pedagógico donde se habían incubado tantos poetas, Rafael Coronel, Armando Ulloa, Roberto Meza Fuentes, Rubén Azócar, Víctor Barberis y el propio Pablo Neruda, cuyo *Crepusculario* me llenaba del más ardiente entusiasmo, hasta el extremo de que de tanto leerlo y releerlo, me lo aprendí de memoria.

En el liceo discutíamos sobre Murga antes de haberlo visto.

-¿Y de dónde habrá sacado ese seudónimo tan raro? -dijo uno de nuestro grupo.

-A lo mejor no es seudónimo y se llama así -aventuró el Mono Pizarro.

-¿Estai huevón? Cómo se te ocurre que una persona va a llamarse así. Es un seudónimo a toda vela... Romeo... Eso viene de **Romeo y Julieta**, sin duda. Y Murga bueno, es una murga, esas orquestas de mala muerte de los circos o las que se forman para la fiesta de la primavera. De todos modos, es rara la combinación. De Shakespeare a una murga de circo...

-No es tan rara -dijo Vicencio- porque el teatrillo que maneja Shakespeare por las calles de Inglaterra se parecía mucho a un circo.

Cuando un poco después tuve cierta confianza con Romeo, le pregunté cómo había elegido su seudónimo. Se echó a reír.

-No es la primera vez que me lo preguntan -dijo-. Me llamo Romeo porque con ese nombre me bautizaron y Murga porque ése era el apellido de mi padre. Mi segundo apellido es Sierralta.

Romeo tenía veinte años, era muy alto, flaco y desgarrado, con el pelo negro bastante crecido, como lo usaban los poetas, el cutis aceitunado y dos largos brazos que a menudo no sabía dónde poner ni qué hacer con ellos. "Si pudiera tirárselos al público", me dijo una vez que declamó un poema suyo en el teatro de Quillota, durante las fiestas de primavera de ese año, que fueron de las más interesantes y no sólo porque las organizáramos nosotros, los alumnos de quinto año.

Cuando Murga llegó a Quillota, para elegir sus relaciones no buscó entre los otros profesores del liceo, desde luego mayores que él, sino que se fijó en quienes usaban sombrero alón, que era en aquellos días una especie de insignia, distintivo de un grupo humano que involucraba a poetas, pintores, gentes aficionadas a las letras, intelectuales anarquistas y, en general, a personas con inquietudes. Así fue como se puso en contacto con José Izquierdo, que leía **Claridad** y copiaba a máquina, cuidadosamente, las poesías que le gustaban y las que él solía escribir. Poco a poco se fue constituyendo una especie de grupo en el que formaban

ambos, un farmacéutico, dibujante y grabador, Germán Baltra, la poetisa Blanca Cavada, hija del rector, Luis Sepúlveda Alfaro, estudiante universitario que a veces publicaba pequeñas notas en *Claridad*, Ponce, el bibliotecario del liceo, a quien llamábamos Shaunnard, por uno de los héroes bohemios de Henri Murger, y yo.

Murga tuvo sólo ese año, 1924, de docencia. Era extremadamente sensible, melancólico, pero a veces, en la intimidad, solía ser chistoso y alegre. Había dejado Santiago sólo por la necesidad de ganarse la vida. Ya empezaba a cobrar categoría y ser conocido por la suavidad nueva, por la expresividad amorosa de su versos. En el Pedagógico marchaba paralelamente a Neruda, de quien era compañero de aulas, en un proceso de iniciación común. En los actos literarios o estudiantiles, frecuentemente participaban juntos, recitando cada uno su poema favorito: Neruda el "Farewell" y Murga "La lejana", una poesía de rara perfección, que comenzaba:

Como el sendero blanco donde vuela mi verso
eres tú, toda llena de las cosas lejanas.
Tienes algo de extraño, de sutil o disperso
como el polvo que dejan atrás las caravanas.

Estas presentaciones públicas o aventuras poéticas, como quiera llamárselas, no siempre se desarrollaban plácidamente ni contaban con aplausos.

Ambos recitaban de una manera desacostumbrada, que nada tenía que ver con la ampulosidad y la teatralería de los declamadores que seguían las aguas de Berta Singerman, muy popular en ese entonces. La voz gangosa y el ritmo monacal de Neruda y los brazos sin destino de Murga más de una vez fueron pifiados con entusiasmo. Pablo Neruda alude en sus memorias a uno de estos recitales. "Con este Romeo Murga fuimos a leer nuestras poesías a la ciudad de San Bernardo, cerca de la capital. Antes de que

apareciéramos en el escenario, todo se había desarrollado en un ambiente de gran fiesta: la reina de los Juegos Florales con su corte blanca y rubia, los discursos de los notables del pueblo y los conjuntos vagamente musicales de aquel sitio; pero, cuando yo entré y comencé a recitar mis versos con la voz más quejumbrosa del mundo, todo cambió: el público tosía, lanzaba chirigotas y se divertía muchísimo con mi melancólica poesía. Al ver esta reacción de los bárbaros, apresuré mi lectura y dejé el sitio a mi compañero Romeo Murga. Aquello fue memorable. Al ver entrar a aquel quijote de dos metros de altura, de ropa oscura y raída, y empezar su lectura con voz aun más quejumbrosa que la mía, el público en masa no pudo ya contener su indignación y comenzó a gritar: “¡Poetas con hambre! Váyanse. ¡No echen a perder la fiesta!”

Murga había dejado, pues, la atmósfera literaria de Santiago, la Universidad, las redacciones de algunos diarios, las tertulias de los escritores jóvenes centradas en restaurantes baratos del sector Bandera-San Pablo, para comenzar la vida profesional en la conservadora ciudad de Quillota, casi sin poetas, donde había una sola persona que usaba sombrero alón... Llegó con lo que se llama un libro en preparación, esto es un manojito de poemas que iban a constituir su primera obra (la única), *El canto en la sombra*. Conocí todos esos poemas. Algunos me los leyó Romeo, otros me los prestó y los copié. Conservo un original suyo con una letra muy característica. En un viejo baúl en el que guardo algunos recuerdos, esos versos de Murga, escritos a mano, con lápiz, se codean con media docena de cartas de Gabriela Mistral, un poema de Neruda en tinta verde y varias cartas escritas por Alejandro Gutiérrez poco antes de suicidarse.

Naturalmente no pasaba semana sin que agregara a los originales una nueva producción. A Filomena, su amor de Quillota, le escribí varios poemas, en uno de los cuales la llamaba “morena de ojos negros como la noche negra”. En las clases era un profesor a la moderna, amigo de sus alumnos, los

de quinto año casi todos muy poco menores que él. Yo, desde luego, aprendí más francés ese año que en los cuatro anteriores. Una que otra vez, al salir de las clases, nos íbamos a conversar a la pensión donde vivía. Allí vi las primeras fotografías de Neruda y de otro amigo suyo, un dibujante que firmaba Orión y que se fue a Buenos Aires. Debe haber sido en alguna de esas tardes cuando le mostré poemas míos. Me alentó a seguir. No es que busque a quien cargarle la culpa de que me convirtiera en escritor, pero es la verdad...

El año anterior, Murga había ganado, compartiéndolo con Víctor Barberis, también del Pedagógico, el premio de prólogo a la fiesta de los estudiantes, que se daba cada año por primavera. Era sin duda el más importante torneo poético desde que terminaron los legendarios juegos florales, aquellos donde se consagró Gabriela Mistral. En los que organizaba la Federación de Estudiantes, dos o tres años consecutivos obtuvo el premio Roberto Meza Fuentes, en competencia con las mejores voces de la poesía joven, hasta que Neruda venció en 1921 con su "Canción de la Fiesta". Me parece que el seudónimo que usó Murga en aquella ocasión en 1923, fue Hugo Verman, nombre que suena a francés. Romeo leía mucha literatura francesa y había traducido algunos poemas. En 1924 publicamos en Quillota, como anticipo a nuestras fiestas primaverales, una revista que dirigió y bautizó Romeo: *Floreal*, en la que aparece mi nombre como secretario de redacción y el de José Izquierdo como administrador: allí viene un poema de Paul Gerald, del libro *Toi et moi*, en espléndida versión de Murga. Comparándolo con el original francés, diría que en castellano el poema ganó, que el traductor aportó valiosos elementos propios. La revista tenía una portada de Baltra y dibujos de un compañero del liceo, René Belmar.

Un día llegó a Quillota una compañía teatral, creo que encabezada por Elena Puelma, de la que formaba parte el poeta Pedro Sienna que, como todo el mundo sabe, en su juventud fue

actor, arrastrado por el ejemplo del español Bernardo Jambrina.

-¿Me acompaña a visitarlo? -me dijo Murga.

Imagínense que no iba a ir. Admiraba mucho a Sienna, no sólo como poeta sino como actor de cine. Lo había visto por lo menos en una película, "La avenida de las Acacias" y no estoy muy seguro de si ya había filmado "El Húsar de la Muerte", que para mí es como nuestro pequeño "Acorazado Potemkin", o si lo hizo después. Conocía **El tinglado de la farsa**, su libro de versos sobre la vida del teatro, y también aquellos poemas que aparecían en **Selva Lírica**, donde venía su fotografía con un perfil parecido al de Napoleón.

Nos recibió como a las tres de la tarde (acababa de levantarse) en la pensión en que se alojaba. Murga lo conocía y se habló de poetas, revistas y otras cosas. No recuerdo si fui o no a verlo en el teatro, pero sí que el hombre me impresionó por su apostura y su conversación. Usaba -extemporáneamente- esas patillas llamadas chuletas, que en la época sólo algunos cocheros y algunos oficiales de caballería se dejaban crecer, y que a Sienna le daban un aire inconfundible de padre de la patria.

Cuando llegaron las vacaciones de septiembre, que duraban casi todo el mes, Romeo me convidó a que fuéramos a Santiago y así lo hicimos, en un vagón de tercera clase del tren ordinario. Recuerdo largos paseos con él aplanando las calles del centro, algunos actos rituales para los provincianos, como lustrarse los zapatos en el portal Fernández Concha o ir a las revistas un poco escandalosas del Coliseo Nacional, en la calle Arturo Prat cerca de la avenida Matta. Un día fuimos a visitar a Alone, que trabajaba en una oficina del Registro Civil, en un viejo edificio de la Alameda, delante de La Moneda: un hombre pálido, de cara alargada y mentón cuadrado. Habló de algo, no recuerdo qué, que le había disgustado mucho en **Claridad**, y dijo que nunca volvería a escribir en esa revista. ¡Por lo visto, Alone escribía en **Claridad**! No deja de ser hoy, mirada históricamente, una sorpresa. Lo volví a ver años más tarde, cuando le llevé mi libro

Luces en la Isla, y después pasaron muchos años. Como era muy franquista, cuando murió don Enrique Diez Canedo, asfixiado, en México le escribí una carta, hablándole de lo que había dicho Alfonso Reyes en su tumba. No hubo respuesta. En los años 60, cuando yo vivía en Cartagena -donde él había pasado una temporada, años antes-, apareció un día con José Donoso en mi "buque" y estuvimos conversando una media hora. Me acuerdo que hablamos de Lastarria y su obra **Recuerdos Literarios**.

-¿Pero tuvo usted paciencia para leer ese libro? -me preguntó.

-Naturalmente. En México escribí una biografía de Lastarria.

Y nunca más.

Romeo y yo fuimos también -hay que imaginarse mi emoción -a ver a Neruda, que vivía con Tomás Lago y Rojas Giménez en un lugar muy pobre de la calle Padura. Mala suerte, no estaban y entonces caminamos hacia **El Mercurio** a visitar a dos críticos literarios amigos suyos y que andando el tiempo lo serían míos: Armando Donoso y Raúl Silva Castro. Trabajaban ambos en una oficina del segundo piso del diario, junto al quejumbroso y destartado ascensor.

Una mañana, justo frente a la Universidad, nos encontramos con un joven totalmente vestido de negro, con sombrero alón parecido al de Murga. Era Eugenio González, cuya historia de luchas estudiantiles había llegado hasta nosotros en Quillota no recuerdo cómo, tal vez a través de **Claridad**. ¿No había sido él quien colocara la bandera roja en lo más alto del edificio de la Universidad? Se mostró muy cordial, entonces y siempre que nos vimos, en el curso de los años. Lo encontré la última vez a fines de la década del 60, en el puerto de San Antonio, en los funerales de su primo, el juez Bacherini.

De regreso en Quillota, yo me sentía muy feliz de haber conocido a unos cuantos personajes de la vida literaria, pero Romeo parecía enfermo. Siempre había sido muy flaco y su color nada tenía de saludable. Organizó mi curso las fiestas de primavera, con el correspondiente concurso poético, del que Murga fue uno de los jurados. Habría sido inverosímil que yo no presentara

un poema. Salió segundo; el premiado fue un poeta de Valparaíso, Zela Díaz. Murga me contó que había peleado por mi poema, pero que los otros jurados, profesores más viejos, se inclinaron por el de Zela, que era de corte más tradicional.

Como uno de los actos de las fiestas montamos una obra teatral que por aquel tiempo emocionaba mucho: "Los payasos se van", de Hugo Donoso, escritor que había muerto muy joven, en forma trágica. Nos dieron los papeles principales a Blanca Cavada (años después frecuentó la SECH, donde se le conocía como Carmen Praga) y a mí, que hacía de pintor. Para aparecer más en la atmósfera de la bohemia, le pedí prestada su capa al profesor de religión del liceo, el cura Fernández, y él tuvo la debilidad de acceder. Era una hermosa capa negra de una tela muy buena, de una sola pieza. Claro que no sólo la usé en la representación sino hasta un par de semanas más tarde. Romeo se la puso alguna vez y con su estatura y su sombrero alón se veía muy bien. Pero según dicen, en lo ajeno reina la desgracia y así fue como una noche se me enredó en un clavo y resultó con un piquete en ángulo recto de unos ocho centímetros por lado. Sentí angustia y creo que esa noche no pude dormir. A la mañana siguiente la llevé en secreto donde un zurcidor que me la tuvo varios días y me cobró ocho pesos por el trabajo, suma astronómica si se considera que cada vez que invitaba a mi polola a comerse una rica empanada, en la pastelería, pagaba sesenta centavos por los dos. Tuve que conseguir prestados los ocho pesos y le fui a dejar la capa al señor Fernández, de noche. Nunca me dijo si había descubierto el zurcido dizque invisible. Lo más probable es que se diera cuenta y se callara por bondad.

No alcanzó Romeo a terminar el año en Quillota. Enfermo de tuberculosis, de pronto se agravó y fue preciso trasladarlo a un clima más adecuado: San Bernardo. En los exámenes de diciembre lo reemplazó su hermana Berta, profesora de francés también, y en marzo de 1925 llegó a hacerse cargo de las clases de francés otro bueno e inolvidable amigo: Luis Humberto Contre-

ras, mientras Romeo se cuidaba en San Bernardo. No le sirvió de mucho. Murió a la entrada del invierno y no puedo olvidar la impresión que tuvimos. Se convino en que dos profesores y un alumno concurrieran a los funerales y los compañeros del sexto año me designaron para cumplir esa tarea. Me sorprendió por su pobreza la capilla ardiente del poeta, instalada, nunca supe ni pregunté por qué, en una pequeña iglesia metodista de la ciudad. Muy poca gente en el cementerio, tratándose de un poeta, de un hombre joven, de espíritu despierto, lleno de amigos. Sólo un grupito de dolientes. ¿Dónde estaban Neruda, Eugenio González, Víctor Barberis, Tomás Lago, Gerardo Seguel? Tal vez no se enteraron entonces de su muerte. Era un día de sol en invierno y el profesor de castellano de Quillota, señor Ossandón y González, me dijo: "Qué lástima, porque yo iba a comparar en mi discurso la tristeza del día con la de nuestros corazones". Leí yo una breve hoja junto a su tumba. El único escritor que iba entre los dolientes era Norberto Pinilla, a quien conocí esa mañana, compañero de aulas de Romeo y prologuista, años después, de **El canto en la sombra**. Gerardo Seguel escribió en el número siguiente de **Claridad** una notita en la que decía, creo recordar, que "el cascabel" de las palabras que se oyeron en su tumba no apagaría la voz del verdadero poeta, o algo así, bastante desdeñoso para quienes fuimos a despedir a Romeo.

Casi un decenio más tarde, hallándome en Madrid, me sobresaltó de pronto el pensamiento de que iban a enterarse diez años de la muerte de Murga y empecé a escribir a amigos comunes sobre la conveniencia de hacer una romería al pequeño cementerio de San Bernardo para evocar allí la poesía y la persona de ese muchacho muerto antes de cumplir veintiún años. Después tuve la satisfacción de saber que unos cuantos de ellos se habían reunido junto a la tumba que hizo escribir a Angel Cruchaga el poema que comienza:

Aquí vino a morir Romeo Murga,
joven poeta de perfil herido...

QUILLOTA EN 1925

1925. Pepe Izquierdo seguía influyendo sobre mí con sus ideas anarco-comunistas y también en lo que yo leía. Me prestó muchos libros y los poemas que copiaba, así como la colección de **Claridad**, que había mandado empastar y que yo me devoré. Leí con pasión los “carteles” de Juan Gandulfo, cosas de González Vera, los poemas de Arturo Zúñiga y Pablo de Rokha y la página en que Raúl Silva Castro presentó en Santiago a quien iba a ser ese poeta que nos arrastraba: Neruda. Yo creo que de ese tiempo datan también mis primeras lecturas de Nietzsche, Gorki, Anatole France y Oscar Wilde, a quien Pepe admiraba mucho. Hasta escribía de vez en cuando reflexiones paradójales sobre el mundo, sobre los libros, sobre las mujeres, de clara raigambre wildeana.

Al liceo habían llegado nuevos profesores, como Edmundo Reyes, que enseñaba en preparatorias y seguía las aguas del rebelde magisterio primario agrupado en la Asociación General de Profesores. Nos hicimos muy amigos. A enseñar matemáticas llegó un hombre muy agradable, un tanto escéptico, que se llamaba Olivares, con quien solía yo tener largas conversaciones que me iban abriendo las ventanas del mundo. Y cuando digo del mundo quiero decir de las ideas, de los sucesos, de la historia, puesto que el mundo que me rodeaba, la ciudad de Quillota, no me preocupaba gran cosa. Tengo que mirarla a distancia para ver cuán bonita era, con sus grandes casas, sus patios llenos de paltos,

lúcumos y chirimoyos, el pequeño cerro Macaya, donde antes iba a menudo a pasear, el largo puente de madera bajo el cual corrían algunas ramas del río Aconcagua. Un día, en los finales de ese puente, cerca de un pueblo campesino que se llama Boco, me lancé en una pequeña laguna formada por el río, me fui al fondo y por más que sabía nadar y manoteaba de lo lindo, no podía subir a la superficie. Pensé que allí me iba a quedar, mientras los que estaban afuera, a orillas de la laguna, ni lo sospechaban. Por fin logré salir, medio asfixiado. Me parece que esa vez estuve muy cerca de la muerte, una muerte bastante estúpida, en una laguna de agua estancada.

Como reemplazante de Romeo Murga llegó Luis H. Contreras, con quien tuve igualmente muy buena amistad. Admiraba, como yo, a Anatole France, me prestaba libros y cuando había chicos de primero o segundo año atrasados en francés les recomendaba que tomaran clases particulares conmigo. Naturalmente les cobraba muy barato, pero entre pago y pago fui juntando mis pesos y un día me fui a Valparaíso y me compré el primer sombrero alón que tuve, gris, de magnífico fieltro. Era un borsalino italiano y creo que, proporcionalmente, es el sombrero más caro que he tenido en toda mi vida. ¡Y qué ufano me sentía de usar sombrero de poeta! Otro profesor amigo se llamaba Parra, admiraba a los rusos y un día escribió para nuestra revista un artículo en que hablaba, entre otras cosas, del aporte soviético a no recuerdo qué exposición universal.

Nuestra vida estudiantil no sólo era animada sino muy divertida. En sexto año teníamos tres profesoras, las tres jóvenes y atractivas: doña Clara Correa, de inglés doña Ruth del Canto, de historia, y doña Aída Jara, de química y física. Se había establecido también la coeducación y había tres muchachas en nuestro curso: Elianira, Filomena y Blanca. Existía gran intercambio sentimental con ellas y en cuanto a las profesoras, los grandulones de 18 años solíamos mirarlas a los ojos tan fijamente mientras disertaban, que las hacíamos ponerse coloradas.

Yo escribía y escribía. En el liceo no me faltaron estímulos, entre compañeros y profesores, aunque ser poeta principiante no era nada que enorgulleciera. Para cierta gente, la diferencia entre poeta y ocioso no era muy grande. Cuando un caballero quillotano oyó recitar un poema de Carlos Barella que en uno de sus versos decía “éramos cinco hermanos y los cinco poetas”, no pudo contenerse y dijo en voz alta: ¡Qué familia tan desgraciada! También las cosas dependían de la manera de expresarse y frente a la poesía nueva había algunas personas más cerradas que otras. Al escuchar un verso de **Crepusculario** que decía “el agua anda descalza por las calles mojadas”, le oí comentar al doctor Reveco, profesor de ciencias naturales: “¡Claro, cómo quieren que el agua se ponga zapatos!”

Recuerdo entre los maestros al señor Mardones, de historia.

Una mañana le preguntó delante de mí a Romeo Murga qué pensaba del fascismo, que acababa de sentar sus reales en Italia. La respuesta del poeta fue seca y contundente: “Muy malo. ¡Siniestro!”

Había también un curioso profesor de matemáticas, el señor Cardemil, a quien llamaban “el Pavo”, no sé por qué, pues era un hombre bastante vivo, bromista y socarrón, que se especializaba en “rajar” o reprobar a los alumnos del instituto de los hermanos maristas, que debían rendir sus exámenes ante representantes del liceo. Sacaba a uno a hacer la operación en la pizarra y so pretexto de ayudarlo, lo confundía, lo enredaba y si el muchacho no andaba vivo, lo “rajaba”. Los miércoles parece que hacía unas clases en Valparaíso y casi siempre llegaba apurado a tomar el tren. Un día que Perico Miller, un compañero del liceo, y yo, estábamos en la estación, llegó el Pavo con mucha prisa, cuando el tren ya iba a partir, y de paso nos preguntó: “¿Ese es el tren para Santiago?”. “Sí, ése,” respondimos riéndonos, porque lo conocíamos demasiado. Un caballero que había presenciado la escena, después de gritarnos que éramos unos malvados, corrió hacia el tren, al que el señor Cardemil ya había subido. “¡Señor, señor,

lo han engañado! Este tren va a Valparaíso". Sin inmutarse, el Pavo lo miró y respondió: "Sí, muchas gracias, yo también voy a Valparaíso".

Un día se me acercó un muchacho que estudiaba en la Universidad de Valparaíso y me dijo muy misteriosamente:

- Oye, ¿te gustaría entrar a una sociedad secreta de estudiantes? ¡Una sociedad secreta! ¡Qué me habían dicho! Yo tenía la cabeza llena de fantasías y acepté de inmediato, sólo porque se trataba de una sociedad secreta. Después supe que era una especie de masonería juvenil, para ayudarse en asuntos estudiantiles y cosas así. Pero era formidable tener ritos, santos y seña, fórmulas secretas y todo eso. Creo que todos los alumnos del sexto y algunos de quinto ingresamos a esa hermandad misteriosa, cuyo nombre no recuerdo, pero que se había originado en Valparaíso y por lo visto buscaba ramificarse.

Un día llegó de Valparaíso un muchacho llamado Solar, que pertenecía a la sociedad secreta y después de mostrarnos sus credenciales y hacernos los saludos misteriosos de rigor, nos planteó su problema: lo habían echado de su casa y no tenía dónde vivir. Alguien de la sociedad secreta le recomendó que se viniera a Quillota, donde había un buen núcleo de ella, y donde seguramente no le faltaría ayuda. Era un muchacho de nuestra edad, hasta donde recuerdo, bajo, algo gordo, con ojos muy claros y de carácter alegre. ¿Qué diablos íbamos a hacer con él? Nos reunimos los "carbonarios" quillotanos para deliberar y, claro, como ninguno podía llevar a su casa al "hermano" porteño ni teníamos un diez para pagarle una pensión, se nos ocurrió la peregrina idea de llevarlo a vivir en la biblioteca del liceo, que tenía dos puertas, una al interior y otra a la calle. El bibliotecario, Ponce, alias Schaunnard, era miembro de la sociedad secreta y accedió a dar alojamiento a Solar con algunas condiciones: en el día el huésped debía estar fuera, vagando por esa ciudad de iglesias y chirimoyas. A las 8 de la noche, Ponce lo introducía

clandestinamente en la biblioteca y lo dejaba encerrado con llave. Alguien le había llevado una frazada y Solar dormía sobre un colchón de diarios viejos y apoyando la cabeza en los diccionarios más gruesos. Tenía prohibido encender la luz eléctrica y se alumbraba con un cabo de vela. De bacinica, usaba una botella, que todas las mañanas tenía que sacar y vaciar por ahí. Solar comía poco, pero resulta que se guardaba en la biblioteca una gran cantidad de latas de sardinas y tarros de duraznos en conserva, que iban a servir de premios en una rifa de los boy scouts. Le conseguimos un abrelatas y en las noches el huésped secreto se daba sus panzadas de conservas. A las 8 de la mañana llegaba Schaunnard, le abría la puerta que daba a la calle, y ¡fuera! porque muy poco más tarde el mozo del liceo entraba a limpiar la biblioteca. Solar salía, se iba a sentar a la plaza o se perdía por las calles.

No recuerdo cuánto duró esto. Solar era ya nuestro amigo, un alegre y simpático amigo, y participaba en nuestras reuniones. Cuando alguno de nosotros tenía un peso, lo invitábamos a tomar un schop a un bar alemán. Un día llegó un emisario de Valparaíso, de la sociedad secreta. La familia de nuestro huésped lo había perdonado, su padre se había olvidado de los berrinches y molestias que éste les había causado y accedía a abrirle las puertas del hogar. Hicimos una "vaca", le juntamos tres pesos para el pasaje y Solar nos abandonó, agradecido y alegre como siempre. Creo que no volví a verlo, pero así como yo lo recuerdo, él debe recordar también esos días y nuestra solidaridad. Seguramente en toda su vida no volvió a probar sardinas ni duraznos en conserva. Lo que no sé es lo que dijeron los boy scouts cuando fueron a buscar sus latas de conserva y vieron que no quedaba ni una sola.

Yo frecuentaba mucho la plaza de Quillota, donde me juntaba a conversar con el profesor Olivares o con una fotógrafa de esas de cajón, una mujer simpática que me retrataba cada vez que yo tenía cincuenta centavos. El día que llegué con mi borsalino dio

un grito de entusiasmo y me fotografió sin cobrarme. Solía encontrar por ahí al viejo poeta y profesor de Santiago Escuti Orrego, tomando el sol. El liceo de hombres de Quillota lleva hoy con orgullo el nombre de quien fuera uno de sus rectores progresistas y un cumplido hombre de letras. Su hijo Santiago, flaco y larguirucho, escribía versos también, pero muy malos. Alone se burló cruelmente de un libro que publicó.

Un profesor que no me gustaba, y creo que tampoco a los otros muchachos, era el de castellano, señor Ossandón y González. La y entre los dos apellidos, tan inhabitual entre nosotros, nos parecía, desde luego, pura suficiencia. Era admirador de Núñez de Arce y Campoamor, poetas a quienes nosotros, nerudianos, repudiábamos olímpicamente. Publicó una revista literaria muy mala titulada *Alborada* y cuando supo que Pepe Izquierdo había hablado pestes de ella, respondió en el número siguiente con un soneto que comenzaba

Cuando un perro me ladra, me aparto del camino...

En política, en Quillota, donde no había fábricas ni industrias, dominaban los conservadores. Rara vez la paz de la ciudad se veía alterada por hechos insignificantes, pero que todo el mundo comentaba: un ex alumno del instituto de hermanos maristas que llegó medio borracho a una fiesta del colegio y le cascó a uno de los frailecitos; o el joven casadero E.A. que un domingo en la mañana, cuando todo Quillota daba vueltas y vueltas por la plaza después de la misa de once, pasó en una victoria exhibiéndose con la prostituta más notable de la ciudad. ¡Cómo lo admiré! O el joven R. R., experto del volante, que entre los barriales del invierno pegaba una frenada a su automóvil en cierta calle y dejaba totalmente llena de barro la fachada de la casa de unas solteronas a las que odiaba.

Recuerdo que un día llegó a Quillota un extraño predicador anti-religioso, el Pope Julio, cuyo nombre era Juan José Julio y Elizalde. Debe haber sido, como se decía entonces, "botado a poeta", seguramente un poeta mediocre, porque en *Selva Lírica*.

la gran antología aparecida en 1917, se le incluía entre los "simples versificadores". Era un cura renegado que después de colgar las sotanas, se dedicó a recorrer Chile dando conferencias contra la iglesia y sus representantes. No creo que fueran disertaciones de profundidad filosófica o ideológica, sino más bien, por una que escuché, cosas un poco ingenuas, en las que hablaba de exterioridades, los amores de los curas, lo que hacían al margen de sus actividades religiosas, el destino que se daba a las limosnas... Una de sus más socorridas conferencias se titulaba "Por qué no confiesan las monjas". Pero el caso es que el Pope Julio, que era un hombre viejo, alto y corpulento y usaba una levita de principios de siglo, más parecida a una sotana que a un traje de seglar, entusiasmaba con su inflamada oratoria a obreros y maestros, radicales, masones, comefrailes, estudiantes y otras gentes.

Esa vez el Pope decidió hablar al pueblo de Quillota en la Plaza de Armas, de noche, frente a la casa parroquial. El cura, don Rubén Castro, echó al vuelo las campanas de la iglesia para impedir que la voz del Pope Julio fuera escuchada. Pero los que asistíamos nos agrupamos más cerca del orador, que continuaba con sus desmedidos ataques al clero. Entonces, con gran asombro, vimos que se abría una de las ventanas del segundo piso de la casa parroquial y aparecía en ella el cura quien, levantando los brazos, gritó: "¡Viva María santísima!"

Como esas manifestaciones no frenaran la acción del Pope Julio, un conocido apagavelas quillotano, de apellido Pinochet, al día siguiente golpeó a bastonazos al ex sacerdote y le rompió la cabeza. Esto despertó la indignación entre la gente más avanzada. Recuerdo las protestas de una profesora, doña María Balbontín, madre de un amigo mío.

Germán Baltra se había ido a ocupar un cargo en Valparaíso, aunque más que despachar recetas en una farmacia, le gustaba dibujar y hacer grabados en linóleo, puestos de moda en Chile por

Georges Sauré y que para las revistas literarias, siempre pobres, eran mucho más baratos que los clichés corrientes. Baltra era un hombre que se calificaba a sí mismo como anarquista individualista y le gustaba estar en el corazón del movimiento cultural. Una vez que tuve que ir a Valparaíso, me alojé en la pieza que arrendaba en casa de un periodista. Me dio la mitad de su colchón y una frazada para taparme. No era muy cómodo pero qué diablos. Yo no tenía dinero para pagar el hotel ni me gustaba llegar donde parientes que vivían en el puerto. Cuando fui a dar bachillerato en Valparaíso, recuerdo que almorcé en un figón semisubterráneo en las vecindades de la Matriz, cuya clientela era tan hampona que las cucharas estaban sujetas a la mesa con una cadena, delgada pero firme. No sé cómo las lavaban. Tal vez no lo hacían.

Le organicé a Baltra en Quillota, en el taller de un pintor amigo, Bulling, una exposición de dibujos a tinta china titulada "Artistas y rebeldes", en la que había retratos de Nietzsche, Gorki, Kropotkin, Tolstoy, Barbusse, etc. Salvo una cabeza de Chopin que compró mi hermana Mirella, no creo que se vendiera nada más. Pero acudió gente, alumnos del liceo, en fin. Era lo que pretendíamos: mostrar algo, relacionar a la gente con el arte.

Y habrá que contar también algo de amor, que a esa edad era imposible que no existiera. Amores contrariados, variados, frustrados, a veces llenos de esperanza y otras de desesperación. Nuestras dulcineas eran las hijas del rector, pero ninguno de los pretendientes le caía bien a la señora Blanca, la mamá de las Cavada: ni Pepe Izquierdo, que se casó después con Blanca, la mayor; Edmundo Reyes, que se casó con la que seguía, Olga; ni René Balbontín, que se casó con Berta y fueron felices por largos años, hasta que un infarto acabo con él. El objeto de mis inquietudes era Lala, a la que en poemas y otros escritos le di el nombre de Lovna, pero como era colegiala tampoco la dejaban juntarse conmigo. Las entrevistas tenían que ser rápidas, en la plaza, cuando las chiquillas volvían del liceo o cuando los padres salían.

Entonces los enamorados nos acercábamos a los balcones, como clandestinos Romeos, para cambiar una palabras con ellas.

En política, repudio total. El año anterior, los militares habían dado un golpe de estado y expulsado de Chile al presidente don Arturo Alessandri. Hubo gente que adhirió a este brusco cambio en la política chilena, entre ellos algunos escritores, encabezados por Eduardo Barrios. Nosotros, en Quillota repudiábamos esas maniobras, atribuyéndolas a la baja politiquería propia de los burgueses.

Por otro lado, yo seguía entregado locamente a escribir poemas. Un año antes había hecho una serie titulada "Los poemas del liceo", en que hablaba del viejo portero, de algunos profesores, del gabinete de química y física (en que algunos instrumentos conservaban todavía plaquitas con los nombres de los establecimientos de educación de Lima a los que habían pertenecido); hablaba de la campana que llamaba a clases, a la que le atribuí un hipotético origen marino; de un patio trasero donde iban a parar las basuras y donde un día un compañero que se llamaba González se puso a orinar en una botella vieja. Pero algo pasó y luego no podía, por más esfuerzos que hacía, sacar el miembro del gollete.

-Es el vacío -dijo uno de los compañeros-. Te jodiste, huevón, se produjo el vacío y vai a tener que irte así para la casa.

Claro que eso no era posible. Nosotros cambiábamos ideas sobre lo que se podía hacer mientras el pobre González no podía librar su pene de la extraña prisión. Hasta que a alguien se le ocurrió quebrar la botella, poniéndole una piedra debajo y golpeándola con otra. Al quebrarse, el "vacío" desapareció y González pudo marcharse a casita como todos los días.

Por cierto que después de leer **Crepusculario** y los **Veinte poemas de amor** hice una pira con todos esos versos del liceo y muchos otros que sumaban cerca de ochenta y soplé las cenizas en el mismo viejo patio donde González casi se queda convertido en un castrado eunuco.

NERUDA, HUIDOBRO

En 1925 publiqué el primer poema en Santiago. Versos míos habían aparecido en **Thermidor**, **Floreal** y **Abanico**, una revista que fundamos en Quillota y que aparecía cuando podía. También en un diario de la tarde de Valparaíso, **La Estrella**. Pero publicar en Santiago, para los provincianos venía a ser como una especie de consagración. La revista **Zig Zag** había abierto, por iniciativa de Angel Cruchaga Santa María, una especie de concurso permanente. Cada semana se publicaba un poema y su autor recibía como premio una pluma-fuente, que entonces era un artefacto de cierta categoría, no al alcance de cualquiera. Mandé el poema y dos o tres semanas estuve esperando que se publicara. El día que llegaba **Zig Zag** a Quillota conseguía con un suplentero amigo que me dejara echarle una ojeada. ¡Con qué ansiedad volvía las hojas! Cuando el poema salió publicado, compré dos ejemplares de la revista y corrí a mostrarla a mis amigos. La pluma-fuente me llegó por correo. Mientras escribo estas líneas le he dado una mirada a ese poema, que aún conservo y que se llama "En la tarde de otoño". No está mal pero es nerudiano del primero al último verso. Era la avasalladora influencia de los **Veinte poemas de amor**, que por lo demás no se proyectaba sólo sobre mí sino sobre casi todos los poetas jóvenes, incluso en algunos que habían publicado libros y eran más o menos conocidos. Debe haber sido un par de años más tarde cuando se publicaron dos o tres poemas de amor, quizás los únicos que

escribió, de Manuel Eduardo Hübner. La influencia era tan notoria que recuerdo que le dije a Pablo: "Son iguales a los suyos". Sonrió con picardía y me respondió; "Sí, pero son mejores que los míos". Gerardo Seguel, que como Pablo Neruda había venido de Temuco, donde su padre era un carpintero de religión protestante (de ahí le venía a Gerardo su repudio por el alcohol, que le duró varios años), había publicado un primer libro muy nerudiano, **Hombre de otoño**, y al segundo lo tituló **Dos campanarios a la orilla del cielo**, un verso de Pablo, que luego éste cambió por "un campanario en las manos de un loco".

En Quillota yo conocía a un maestro primario que luego se transformó en el autor de tres novelas maestras, Carlos Sepúlveda Leyton, y él me aconsejó que mandara poemas el periódico **Nuevos Rumbos**, que publicaba la Asociación de Profesores, bajo la dirección de César Godoy Urrutia, un impetuoso dirigente del magisterio por cuyas batallas en favor de los niños y el profesorado yo sentía gran admiración.

-Los encargados de la página literaria son Salvador Fuentes Vega y Humberto Díaz Casanueva -me dijo.

¡Díaz Casanueva! Bueno, su nombre sonaba ya bastante como el de un original poeta joven. Lo recordé en los días del Liceo de Aplicación, unos siete u ocho años antes, donde habíamos sido compañeros en la preparatoria. Un muchacho alto, de frente ancha y prominente y de piernas flacas, que escribía ya poemas en una libretita de las que repartía como propaganda el agua mineral Jahuel, de propiedad del señor Carlos Délano, que debe haber sido pariente lejano mío. Alguna vez Humberto, que era bastante reservado, me dejó leer algunas de sus poesías en la libreta. Se me ocurre que debemos haber sido los únicos alumnos de preparatoria con tendencias literarias (después entró Julio Barrenechea). Yo hice por esos días mi primer (o segundo) intento literario: una composición escolar sobre Chaplin, que le gustó o le divirtió tanto al profesor, señor

Erazo, que me mandó a leerla a los alumnos de cursos paralelos y hasta superiores al mío. Yo llegaba muy ufano, leía el par de páginas que había escrito y salía entre aplausos que daba la cabrería, más por diversión que por otra cosa.

Fue, pues, a manos de mi viejo compañero que llegó ese poema. Me sentí muy feliz de verlo publicado en **Nuevos Rumbos**, que no era, como **Zig Zag**, una revista comercial sino un periódico sindical de combate, agresivo y revolucionario.

El año 1925 hice dos viajes a Santiago, uno a los funerales de Romeo Murga y el otro no sé con qué motivo. Lo que sí sé es que fue muy importante, porque se cumplió uno de mis deseos más fervorosos: conocer a Pablo Neruda. Mi hermana debe haberme visto muy agitado esa tarde que llegué a pedirle prestados dos pesos cincuenta. Horas antes me había encontrado con Gerardo Seguel, quien me dijo:

-¿Quieres comer esta noche con Neruda? Consíguelte dos pesos cincuenta y te vas a las 8 al Jote.

El jote era un restorán muy popular de la calle San Pablo. Cuando llegué, había una larga mesa ocupada por escritores y artistas. Allí vi por primera vez a Pablo Neruda y debo haberlo observado con mucha atención y además con la gratitud que se siente por quien es capaz de proporcionarnos tantos momentos de ensueño. Era muy alto y flaco, con cabellos oscuros. Las embestidas que la frente hacía en ellos indicaba que no iban a durar mucho. Sus ojos eran oscuros y penetrantes, bajo dos cejas gruesas que se juntaban en el nacimiento de la nariz prominente. Una mirada a ratos lejana, perdida. Es indudable que en la famosa fotografía que le hizo por esos días Sauré hay bastante idealización. Vestía un traje oscuro, el clásico sombrero alón y corbata negra larga y angosta. Esa noche no habló mucho. La conversación corría más bien a cargo de quienes lo rodeaban, una verdadera pléyade de poetas y artistas. Muchos ya lo imitaban y según un comentario de Alone, no sólo escribían sino que vestían, hablaban, caminaban y vivían como Neruda.

Muchas veces me he preguntado quiénes estaban ahí esa noche. He tratado de reconstruir la mesa donde se produjo para mí el milagro de conocer no sólo a Pablo sino a la plana mayor de la joven poesía de 1925. Veamos: estaba desde luego, Tomás Lago, pálido, con ese aire un poco desdefioso, falsamente desdefioso cuando uno llegaba a conocerlo bien. Estaban Gerardo Seguel, Humberto Díaz Casanueva y Rosamel del Valle, que formaban una especie de dúo poético, como dos eslabones de una misteriosa cadena de poesía. Rosamel publicaba por esos días la revista *Ariel*. Me acuerdo también de los hermanos Arce, Homero y Fenelón, quien fue muy amigo mío; murió joven, sin llegar a publicar un libro de vanguardia que había escrito, **Tita, Juan y sus películas**. Juan Florit, con sus grandes ojos claros. Otro poeta que andando los años desapareció, al menos públicamente, como tal: Moraga Bustamante. ¿Tal vez Diego Muñoz? Conocí también esa noche a Georges Sauré, que era un hombre muy simpático y lleno de iniciativas. Fue el creador de la fotografía artística en Chile, el introductor del cubismo, el iniciador del "vitrinismo" cuando empezó a darles un aire sofisticado a las vitrinas de la compañía de electricidad, etc. Un poeta joven, Eric Gouzi, que parece que no siguió escribiendo; el dibujante chillanejo Ricci Sánchez, Orlando Oyarzún... Y hasta ahí alcanzan mis recuerdos de esa noche memorable.

Repito que Pablo no habló mucho. Después de comernos el menú de dos pesos cincuenta, incluido el vino, Neruda nos invitó a ver una película al teatro Esmeralda, en San Diego con Avenida Matta, al lado de un cabaret que se llamaba El Gato Negro o algo por el estilo. Mientras iba toda la pandilla en el tranvía Matadero, que arrastraba por la calle Bandera y luego por San Diego su espeso ruido de ferretería, me preguntaba yo de dónde iba a sacar Pablo dinero para pagar tantas entradas. Nada de eso. Era amigo del administrador y a una señal de éste, el portero se hizo a un lado y entramos catorce personas a la platea de una sala no muy llena.

Estaban dando una de esas horrendas películas bíblicas de Cecil B. de Mille.

Si bien Neruda era el poeta que más entusiasmo despertaba, no por eso la gente de mi tiempo dejaba de admirar a otros, chilenos y extranjeros. Conocíamos en traducciones poemas de Apollinaire y de Reverdy; de Borges, Gironde y Molinari; de Vallejo, Hidalgo, Peralta y otros peruanos; de los estridentistas mexicanos Manuel Maples Arce, Germán Lizt Arzubide y Arqueles Vela. Circulaban libros como **Literaturas europeas de vanguardia**, de Guillermo de Torre y **La deshumanización del arte**, de Ortega y Gasset, y a veces algún número de la **Revista de Occidente**, de **Amauta** o de **Horizonte**, que los estridentistas publicaban en la ciudad de Jalapa, capital del Estado de Veracruz.

¿Y Huidobro? Claro que lo admirábamos mucho, pero la leyenda, el aura que lo rodeaba, era la de un poeta francés. Pasaba largas temporadas en París, donde se hacía llamar Vincent Huidobro y donde había publicado una media docena de libros de poemas en francés, **Tout á coup**, **Automne regulier**, **Hallali**, **Horizon carré**, etc. En las revistas chilenas se le incluía, naturalmente, pero más bien como a un huésped elegante y gentil.

Sin embargo, un día decidió instalarse en Santiago y dedicarse no sólo a la literatura sino a la política. La primera vez que lo vi fue en una velada literaria en la Asociación de Profesores, en el viejo local de la calle Rozas, donde supongo que Díaz Casanueva y otros maestros escritores lo habían invitado a dar una conferencia sobre el creacionismo. Era el poeta un hombre de color mate, con esa palidez de los aristócratas cuya sangre nunca se ha mezclado con la del pueblo; peinado al medio y vestido con elegancia. Tenía ojos de extraordinaria viveza y grandes, aunque no tanto como en el dibujo que le hizo Picasso, que le puso pestañas de estrella de cine. Se expresaba muy bien sobre su materia. A ratos traducía algunos trozos de un libro suyo

sobre el creacionismo y solía olvidársele una que otra palabra en castellano.

-Levier, levier... ¿Cómo se dice en español? -le preguntaba a Pablo Neruda, que estaba sentado en la primera fila.

-Palanca.

-Eso es, palanca... -Y proseguía la disertación.

La actividad política que empezó a desarrollar Huidobro se realizaba través de un periódico que él financiaba y que, si no me equivoco, se llamaba **La Epoca** y del cual era jefe de redacción Angel Cruchaga. **La Epoca** revolvió bastante el aletargado acontecer político, por la forma en que enfocaba ciertos problemas del país y la agresividad con que atacaba a gentes del gobierno, parlamentarios, oligarcas, financistas. Muchos no le creyeron, pensaron que era una forma que Huidobro acababa de descubrir para llamar la atención. Resultaba extraña esa posición en una persona que provenía de una de las familias más acaudaladas y aristocráticas de Chile. Pero a los jóvenes nos entusiasmó el valor que encerraba esa acción y cuando una noche alguien lo golpeó con un laque, protestamos en los tonos más airados. Hubo quienes sostuvieron que el atentado no era sino otro truco de Huidobro para que se hablara de él. Y recordaron al respecto que años antes, con motivo de la publicación de un folleto anti inglés, **Finis Britannia**, en París, Huidobro había sido acusado de fingir un secuestro por parte de dos scouts irlandeses.

Pero el caso es que la campaña política "sanitaria" del poeta siguió adelante y un día tuvimos la sorpresa de saber que se presentaba como candidato independiente a la Presidencia de la República, cosa que por efectos de la confusión política que yo tenía en la cabeza, me pareció maravillosa. Huidobro tenía en un pueblo vecino de Quillota un admirador apasionado en la persona de un farmacéutico de apellido Pizarro, hermano mayor del Mono Pizarro, mi compañero del liceo.

-Usted no tiene idea de su talento -me dijo.

-Bueno, soy gran admirador de su poesía.

-Yo también. Pero eso no es todo... Hay que conocer su voluntad, su audacia. Si Huidobro me dijera "Vamos a tomarnos la Moneda", créame que yo no vacilaría un instante, agarraría un arma y me iría con él.

Aunque yo no tenía derecho a voto, no me alcanzaba la edad, me plegué a la candidatura porque me parecía estupendo e insólito que un poeta se decidiera a hacer algo así. El farmacéutico debe haber pagado la impresión de centenares de volantes llamando al pueblo a votar por Vicente Huidobro, el hombre valiente, capaz de decir al pan pan y al vino vino, afrontando la muerte por la verdad. Volantes que el Mono Pizarro -que tenía una cabrita, un vehículo pequeño de dos ruedas, tirado por su caballo- y yo pegábamos en las paredes y repartíamos en Quillota y los pueblos vecinos.

Confieso que no he leído ninguna biografía de Vicente Huidobro y no sé por tanto si esta aventura política del autor de **Altazor** ha sido registrada. Pero es real, tan real que yo mismo fui agente de la propaganda electoral huidobriana. Tan real como fue, después que se hizo desaparecer el Congreso Termal de Ibáñez, la candidatura independiente a diputado por Santiago de Pablo de Rokha, cuyos carteles de propaganda decían, bajo la fotografía del poeta: "Yo voy al Congreso a defender el orden, pero no el orden/sino el orden".

Es casi innecesario decir que en un país como Chile, donde son los partidos lo que rigen y manejan la política, Vicente Huidobro obtuvo escasísimos votos, que no habrían alcanzado ni para elegirlo regidor por la comuna más pequeña del país.

EL PRIMER LIBRO: EL PESCADOR DE ESTRELLAS

En 1926 partí a Santiago provisto de mi flamante diploma de bachiller, dispuesto a matricularme en la asignatura de francés en el Instituto Pedagógico que se hallaba en la Alameda esquina de San Miguel, hoy Cumming, frente a la eternamente inconclusa iglesia de la Gratitude Nacional. Pero yo no había previsto que habría más postulantes que vacantes y quedé fuera. ¿Qué diablos hacer? No me gustaba la carrera de derecho, pero como quien dice para no perder el viaje, me matriculé en leyes. El que allí hubiera vacantes se debía tal vez a que Chile estaba empedrado de abogados. Tenía compañeros como Miguel Labarca, hermano menor de Santiago, el famoso Cojo Labarca, del año 20; Miguel Schweitzer, hermano menor de otro líder estudiantil, Daniel; Héctor Fuenzalida, que en las aburridas clases de derecho constitucional de don Alcibíades Roldán se dedicaba a escribir novelas pornográficas; Amalia Krug, el Gato Muñoz, Alejandro Alarcón, el Cojo Vergara, Daniel Amenábar Délano, Arturo Sepúlveda, chillanejo y hermano de un famoso trotsquista; Armando Quezada, después diputado y edecán civil de don Pedro Aguirre Cerda. En fin, tanta gente. ¿Y cómo podría olvidarme de un estudiante, tal vez aristócrata y muy orgulloso de su apellido, García de la Huerta? Cada vez que los ayudantes, al pasar lista, decían "García", este muchacho, en vez de responder "Presente" como todos, decía: "García de la Huerta será". Hay

que imaginarse las risas del curso. Los ayudantes, yo creo que intencionalmente, en la clase siguiente volvían a decir "García" y él a insistir: "García de la Huerta será". Todo esto era motivo de diversión y a veces, cuando dos estudiantes se cruzaban en la calle con el aristocrático compañero de curso, uno decía: "Mira, ahí va García de la Huerta será". Será pasó a ser como su segundo apellido.

Había también en el curso un muchacho valdiviano que se llamaba Ríos. Nos presentamos ambos como aspirantes a inspectores en un liceo particular que quedaba cerca de la Universidad y fuimos aceptados. Era una vida estrecha y pobre, pésima comida y el cuidado de una serie de grandulones más o menos tercios y porfiados. No teníamos sueldo. Sólo la mala comida y la covacha de cada cual, desde donde vigilábamos que los alumnos, que fumaban como chimeneas en sus camas, no fueran a incendiar el colegio.

Yo seguía escribiendo versos y procurando darlos a conocer. Leí un poema por la Radio Chilena, acto que parecía entonces muy moderno, y participé en una "Hora de Solveig", como se llamaban las veladas literarias periódicas de la Asociación de Profesores, que había abandonado su viejo local de la calle Rozas por una casa más clara y alegre, en la Alameda frente a la Universidad Católica. Tres poetas leímos esa tarde nuestros versos: Gerardo Seguel, Salvador Fuentes Vega y yo. Nos presentó Eleodoro Domínguez, que en esos días era literato de afición y un fogosísimo izquierdista.

La Asociación de Profesores fue durante esos años -digamos la segunda mitad de la década de los veinte- un motor cultural que a mí me parecía y me sigue pareciendo de la más alta importancia: ahí se hicieron originales exposiciones de pinturas y grabados, conciertos, recitales poéticos, periódicos, ediciones. Su obra fue en cierto modo una especie de continuación de la realizada por la Federación de Estudiantes en sus años heroicos. Yo creo que algún historiador o crítico de la literatura chilena, algún

Alfonso Calderón, debería estudiar la influencia que la Asociación de Profesores tuvo en su tiempo, antes que la dictadura de Ibáñez acabara con ese centro de progreso y mandara al exilio a destacados maestros y escritores, como Dfáz Casanueva, Seguel, César Godoy y otros.

Mis estudios de derecho duraron muy poco, a causa de la gran huelga universitaria de ese año, 1926. La huelga se inició con un discurso en el salón de Honor -que nos tomamos por la fuerza, porque se habían negado a prestárnoslo, para hablar de la muerte en París del estudiante Moisés Cáceres- de un quillotano, Oscar Hiriart, que reprochó a los universitarios que hubiera tenido que mediar ese suicidio para despertarles una rebeldía que debería ser consustancial a ellos. El movimiento terminó largas semanas después, luego de una interminable serie de asambleas, desfiles callejeros, apaleos de los pacos, que nos echaban los caballos encima, acuerdos, manifiestos, juramentos y qué se yo. Muchos compañeros de diversas carreras, Justiniano Sotomayor, Magallanes Dfáz Triviño, Alejandro Alarcón, etc., tuvieron que irse a continuar sus estudios en Ecuador. Yo volví a clases cuando los últimos carabineros, que habían llegado allí con la anuencia del rector, don Claudio Matte, salieron de la Casa Central, que era a la vez la Escuela de Leyes. Había sido borrado de las listas de alumnos y regresé a Quillota, donde iban a pasarme muchas cosas, pensando que al año siguiente podría entrar al Pedagógico si preparaba el ingreso con anticipación.

Una de las cosas más tremendas fue el suicidio de una amiga, Achélide Bontá, que había ido de Santiago a trabajar como farmacéutica en una botica de Quillota. Era una mujer dulce, suave, con cierta belleza italiana, hermana del pintor Marcos Bontá, a quien me presentó en una exposición que éste hizo en Viña del Mar. ¿Por qué se envenenó Achélide? Yo no sé, aunque por esos días se aseguró que estaba enamorada de Moisés Cáceres, el estudiante que se había suicidado en París. No conozco muy bien la historia pero lo que se dijo es que Cáceres

se hallaba en la miseria y había acudido a la Legación de Chile en busca de alguna ayuda, repatriación o qué se yo, y como no le hicieron caso, se había cortado las venas en unos baños públicos. Ignoro las relaciones que hubieran tenido él y Achélide porque ella, con quien hablaba de libros y de muchas cosas, nunca mencionó aquello. Tuve una amarga impresión con su muerte, que fue deliberada y preparada, pues Achélide se preocupó de pagar hasta el último centavo que debía, se tendió en su cama y tomó el veneno. Con su muerte, Moisés Cáceres no sólo provocó la huelga estudiantil que me dejó fuera de la Universidad, sino también la pérdida de una amiga querida.

Habían llegado a Quillota personajes nuevos con los que trabé amistad, como el profesor Alberto Arenas, un muchacho encantador, culto, simpático, con la risa siempre a flor de labios. Su único defecto, del que no era culpable, era tener un hermano menor llamado Braulio.

Había llegado igualmente un poeta con cierta nombradía, que provenía de las filas de la Asociación de Profesores: Alejandro Gutiérrez, llamado el Loco por sus amigos, porque solía hacer barbaridades increíbles. Había estado ligado al grupo nerudiano y un día me dijo: "Neruda dice que tus poemas son mejores que los de X e Y". Y me nombró a dos poetas que sonaban bastante. El juicio me llenó de alegría, aunque no estuviera muy seguro de que fuera real, de que Pablo hubiera dicho eso y no se tratara de una invención del Loco Gutiérrez. Naturalmente nos hicimos íntimos amigos. El vivía en la casa de su padrino, señor Solimano, que tenía un gran almacén de abarrotes frente a la estación de Quillota, y trabajaba como profesor en una escuela primaria en un pueblo vecino, no recuerdo si Charrabata o La Cruz. Por las tardes, el flamante poeta y maestro se transformaba en despachero y atendía al público desde detrás del mostrador de Solimano.

Fue entonces cuando con aportes de ambos, mucho más de Gutiérrez que míos, y con algunos anuncios, le dimos nueva vida a la revista **Abanico**, que enviábamos a los poetas de Santiago y

a algunos peruanos con los que manteníamos correspondencia, como Magda Portal, Serafín del Mar y el gran poeta indigenista Alejandro Peralta. A los dos primeros los perseguían a menudo y los encarcelaban por cuestiones políticas y nosotros publicábamos manifiestos de protesta, que llevaban las firmas de Neruda, Tomás Lago y muchos otros escritores. Seguíamos también la poesía de vanguardia de América Latina, aunque la verdad es que la conocíamos muy fragmentariamente: Borges, Molinari y Ghirardo, de Argentina, el cubano Juan Marinello, los peruanos ya nombrados, más Hidalgo y Eguren; los uruguayos Silva Valdés y Carlos Sabat Ercasty; el guatemalteco Luis Cardoza y Aragón y los tres más destacados estridentistas mexicanos.

Quizá yo seguía con la cabeza a pájaros, con ideas que se parecían vagamente a las anarquistas, aunque mis nociones no eran lo suficientemente sólidas para impulsarme a ninguna acción. Mis lecturas eran de un desorden ejemplar: pasaba de Anatole France a Oscar Wilde, de Edgar Poe a Vargas Vila, de Romain Rolland a Pérez de Ayala, relleno este guisado de novelas policíacas de Conan Doyle, Maurice Leblanc y Gastón Leroux. Los rusos eran los autores que más me gustaban de todos: novelas de Gorki, Tolstoy, Dostoyevski, Gogol, Andreiev, Archibachev (suponiendo que este nombre se escriba así). Nunca he podido olvidar un cuento de Turguenev que leí en un libro suyo que creo se llama **Humo**, a los 16 o 17 años. A Maiakovski, Essenin, Ehrenburg, Zamiatin vine a conocerlos varios años más tarde. Poesía leía en cantidades, de cualesquiera época y autores.

De las revistas literarias chilenas de esos años recuerdo **Ariel**, de Rosamel del Valle y Homero Arce; **Andamio**, de Pablo Neruda y Rubén Azócar, que en su segundo y último número cambió su nombre por el de **Caballo de Bastos**. Me parece que fue en ella donde se publicó por primera vez en Chile la traducción de un fragmento del **Ulyses** de Joyce, que causó tanto entusiasmo como estupor en la gente joven. Seguía saliendo

irregularmente **Claridad**, administrada por Carlos Caro. **Ngui-llatún**, que a pesar de su nombre araucano, se autodenominaba revista futurista, fue editada en Valparaíso por el musicólogo Pablo Garrido y el poeta Nefalí Agrella. Luego vino **Panorama**, de Rosamel del Valle y Díaz Casanueva.

La bohemia seguía atrayéndome mucho. La lectura del libro de Henri Murger y la amistad de Pepe Izquierdo, Baltra, Edmundo Reyes, el Loco Gutiérrez, me llevaban a vivir un poco despreocupado de lo normal, repudiando a los burgueses y sus costumbres, convencido de que el arte, las noches de largas conversaciones, el amor y la poesía eran lo mejor de la tierra.

Si miro hacia aquel tiempo en que tenía 18 o 19 años, tengo que ver a un muchacho muy flaco, sentimental e impreparado. Era exageradamente flaco, con las mejillas hundidas. No recuerdo mi peso en aquellos días, pero sí que una vez, en un pueblo llamado Quilpoco, al interior de Curicó, un huaso me miró y lanzó la risa ante el espectáculo de una persona tan sumamente delgada. Alejandro Gutiérrez tenía una semana de vacaciones y me había invitado a que fuéramos a su casa familiar. Ese día nos hallábamos en un almacén campesino de esos que venden desde pan amasado y vino pipiño hasta mantas de castilla y estribos, donde habíamos ido a comprar cigarros. No hizo más que verme el susodicho huasamaco cuando se puso a reír en mis propias barbas, aunque no las usaba. Me dio una comprensible ira y le pregunté qué le pasaba. Sin responderme directamente, le dijo riendo al almacenero: "Parece que lo va a volar el viento" y volvió a lanzar otra carcajada, como si yo hubiera sido Chaplin o Buster Keaton. El Loco arregló las cosas, calmó mi furia y volvimos a su casa.

- ¿Qué le pasaría conmigo a ese huaso de mierda?

El Loco, que era alto y grueso, se rio.

- Lo que tienes que hacer es engordar un poco y para eso lo mejor es la cerveza con huevo.

A las 8 de la mañana del día siguiente me despertó, en la pieza

de adobes que ocupábamos, con una de esas palanganas que se usaban para lavarse, llena de malta negra con huevo y azúcar, que batía con un cucharón. No sé cuántas botellas ni cuántos huevos contendría, pero sí que la mezcla era muy buena y un par de horas más tarde los dos estábamos borrachos. De esa semana en Quilpoco recuerdo a algunas gentes interesantes. Desde luego a un hermano de Alejandro Gutiérrez, que era telegrafista en la estación de ferrocarril. Al padre lo vi una sola vez: un campesino típico, de chamanto rojo y sombrero de alas planas, apeándose de su caballo. La madre había muerto unos años antes. A menudo iba a la casa un joven que era el jefe de estación y a la hora de almuerzo, él y el hermano del Loco se ponían a conversar en sistema Morse, golpeando en la mesa los mangos de sus cuchillos. Lo hacían con gran pericia y de vez en cuando, después de una serie de golpecitos, se reían a carcajadas mientras Alejandro y yo permanecíamos fríos, sin entender los misteriosos signos. A lo mejor se estaban contando chistes o quizás burlándose de nosotros.

Un día el jefe de estación nos prestó un carrito de mano y salimos el Loco y yo corriendo como desesperados por la línea. Pero de pronto vimos venir en sentido contrario una locomotora. Frenamos y como pudimos sacamos el carrito de la línea. Pudo habernos costado la vida.

Una noche fuimos los cuatro a un molino, a alguna distancia del pueblo. El molinero era un gringo, no recuerdo de qué nacionalidad, puesto que nosotros llamamos gringos a todos los extranjeros más o menos rubios. Era casado con una chilena delgada y fina, de grandes ojos, y tenían un niño de unos diez años, que había inventado un instrumento musical. Consistía éste en una tapa de caja de pasta para zapatos doblada en cierta forma. La soplabla de una manera determinada y le arrancaba sonidos semejantes a los del violín. Pasamos la velada cantando, recitando versos, escuchando discos y las melodías del niño. Un tiempo después supe por el Loco que se había producido un

descalabro en esa familia, cuando el joven jefe de estación se enamoró de la molinera.

Nuestra producción poética -me refiero a la de Alejandro Gutiérrez y a la mía- era copiosa y un día que habíamos ido a tomarnos una cerveza (el Loco era tan rangoso que pagaba con un billete de diez pesos dos shops que valían ochenta centavos y dejaba el vuelto de propina) empezamos a hablar de la posibilidad de publicar un libro en colaboración.

- Podemos poner unos quince poemas cada uno -dijo Gutiérrez-. Yo ya los tengo más o menos seleccionados y mi parte del libro se llamaría Erambe.

- ¿Cómo?

- Erambe. No me preguntes lo que quiere decir. ¿Cómo le pondrías a la tuya?

- Simbad el Marino- le respondí, pues yo también tenía una selección más o menos lista.

Gutiérrez tenía imaginación y fue él quien propuso el nombre común del libro, **El pescador de estrellas** y sugirió que nos consiguiéramos grabados de los mejores artistas, uno para cada poema.

Empezamos a juntar dinero para la edición, que iba a dirigir yo, y cuando tuvimos una suma para darla de pie, fui a Valparaíso y aconsejado por amigos traté el asunto en una imprenta. El libro se hizo en hojas cuadradas de papel grueso, casi cartulina, para que destacaran los grabados en linóleo y en madera, de Lucho Vargas Rozas, Pachín Bustamante, Norah Borges, Germán Baltra, Ricci Sánchez, los hermanos Aníbal y Lautaro Alvial, Manuel Briones y muchos otros artistas. **El pescador de estrellas** no fue cosido a la manera normal sino que las hojas iban prendidas por una esquina, con lo cual el pequeño volumen podía desplegarse como un abanico.

La impresión me demandó bastante trabajo y varios viajes a Valparaíso, donde dormía en la mitad del colchón de Baltra. Pero

tenerlo ya en las manos, hojearlo, releerlo y mirar los grabados fue para el Loco y para mí una gloria. La crítica no le hizo mucho caso, aunque recuerdo notas simpáticas de Ginés de Alcántara, Januario Espinoza y alguien más. Lo mandamos a mucha gente del continente y hasta a Gabriela Mistral, que vivía en Europa. Algunos de los que escribieron atacaron más a Gutiérrez que a mí, porque lo entendieron menos. Nadie vio que esos poemas, por descoyuntados y arbitrarios que fueran, encerraban un mundo de imaginación.

Llegó octubre, la primavera y las fiestas que se organizaban en todas las ciudades donde había estudiantes, con sus correspondientes concursos poéticos.

- Tenemos que sacarnos el premio en Curicó -me dijo el Loco-. Nos vamos para allá y lo vamos a pasar de maravilla. Además llevamos ejemplares de **El pescador de estrellas** y los vendemos.

Yo me había sacado el premio el año anterior en el concurso de Quillota y me pregunté si Gutiérrez no estaría sacando las cuentas de la lechera. De todos modos nos pusimos a escribir como desesperados poemas a la primavera y a la reina de las fiestas. Todos los que enviamos llevaban en el sobre como autor al Loco, porque el concurso estaba limitado a los poetas originarios de Curicó.

Una tarde llegó a verme.

- ¿Quién se murió ahora? - le pregunté, acordándome de que unas semanas antes había llegado llorando a comunicarme la muerte de Rodolfo Valentino.

- Nadie, huevón -me dijo- y sacando un telegrama del bolsillo me lo pasó: uno de los poemas enviados había ganado el premio y nos esperaban la semana próxima en Curicó.

Vestido con un traje negro con pantalones "Oxford", muy anchos en la bastilla y apretados en la cintura, Alejandro leyó su poema en el teatro lleno de gente, coronó a la reina y luego tuvimos una semana de fiestas y farras continuas, con estudian-

tes, profesores y literatos. Los organizadores nos habían instalado en un hotel donde comíamos como ogros; no recuerdo si los platos en la noche eran siete o nueve, pero sí que los dejábamos limpios y bebíamos litros de una chicha riquísima.

Un profesor y escritor provincial, hermano del poeta Antonio Bórquez Solar, hizo una crítica muy adversa a nuestro libro, que vendimos y regalamos a granel. El Loco contestó con su acostumbrada rudeza. Recuerdo que le dije a éste o a otro de nuestros críticos algo así como "con sus ideas sobre la poesía nueva hasta el turco de la esquina se va a reír de usted".

Esa semana de libertad y de alegría pasada en Curicó desató en Alejandro el deseo perentorio de acabar con la vida más o menos austera que llevaba en Quillota, prisionero de sus padrinos. Es verdad que tenía de todo, casa, comida y dinero, pero viviendo entre esas gentes, la bohemia y las noches de alegría y de poesía venían a ser para él sólo un recuerdo. Apenas salía del almacén para ir a hacer clases o para algo muy urgente. En el almacén, vestido con un guardapolvo blanco, vendía de todo, huesillos y tallarines, harina y duraznos en conserva. Además tenía que estar atento para desbaratar las intrigas que urdía contra él un empleado italiano de los Solimano. No sé por qué ese hombre lo vigilaba, pero estaba celoso de él y dispuesto a contarle a su patrón cualquiera salida de madre del ahijado. No podía, pues, resultarle satisfactoria la vida de encierro entre sacos, cajones y barricas de un almacén de ultramarinos a quien en Santiago había vivido la bohemia literaria y una libertad irrestricta. Tenía que serle asfixiante.

- ¿Comprendes que no puedo vivir más en Quillota?- me dijo. Vamos a hacer lo siguiente: yo me voy y tú me mandas mañana desde Santiago un telegrama diciéndome que he sido trasladado a Iquique y que debo ir a hacerme cargo de inmediato de mi nuevo puesto. ¿Entiendes?

Claro que entendía. Lo que me costaba comprender era que el Loco hubiera aguantado tanto tiempo de abstinencia entre sus

padrinos. ¿Qué esperaba de ellos? ¿Acaso heredarlos?

Se fue al norte con ese falso nombramiento, aunque después consiguió clases en una escuela. Como poeta, su nombre dejó de escucharse. Pasarían años antes de que volviera a saber algo de él.

1927. VIDA EN SANTIAGO

1927. Estoy en Santiago, estudiando francés en el Pedagógico, donde también mi permanencia fue irresonante y efímera. Recuerdo poco a mis maestros, salvo a don Pedro Aguirre Cerda, que nos hacía instrucción cívica. Vagamente recuerdo al profesor de literatura, creo que se llamaba Zapata, y a una francesa que nos enseñaba historia y geografía de Francia. ¿Para qué geografía de Francia? Quizás sean las clases más aburridas a que he asistido. Al profesor de latín, don Hipólito Galante, no lo queríamos: se le reprochaba que había escrito una oda en latín a Ibáñez, lo que nos parecía sencillamente repugnante. De los compañeros me acuerdo de Lautaro Torres que, como yo, tenía tendencias a la literatura. Lautaro y yo planeamos una revista, **Espigas**, que como tantas otras iniciativas semejantes, no pasó del primer número. Este trafa un dibujo que nos dio Laura Rodig, un caligrama de Lautaro Torres, con influencia de Huidobro, un artículo de Manuel Eduardo Hübner, unas pequeñas palabras más de salutación a Carlos Sabat Ercasty (después supe que habían llegado a sus manos) y no recuerdo qué otros materiales.

Alberto Arenas me había dado varias cartas de presentación, entre otras una para un caricaturista que se llamaba Raúl Figueroa pero a quien todo el mundo conocía por Chao, su seudónimo.

- Es un tipo estupendo -me dijo Alberto-, te aseguro que te va a abrir todas las puertas.

Éra un hombre estupendo, también físicamente, gordo como pocos otros que yo haya conocido. Pesaba por lo menos 150

kilos. Y era jovial, amistoso, buen bebedor. Inmediatamente me cubrió con sus alas protectoras y mientras dibujaba unos caballos (hacía muchas caricaturas relacionadas con la hípica), me dijo:

- Te voy a dar una carta para Roberto Aldunate. El es crítico teatral de *El Mercurio* y seguro que te encuentra trabajo.

Era lo que yo necesitaba para subsistir en Santiago, donde vivía con mucha pobreza. Para ganar algo, cobraba cuentas difíciles de un médico a sus pacientes duros. Tenía que caminar cuadras y cuadras, a veces bajo las tremendas lluvias frías del invierno, para encontrarme con que el cliente no estaba en casa y su esposa no tenía dinero para pagar. Total, en la noche llegaba hecho sopa y sin haber ganado un cinco de comisión. Ni siquiera existía entonces el recurso del teléfono. Tener uno en casa en 1927 habría sido como tener hoy una computadora en el living room. Un farmacéutico amigo a quien había conocido en Quillota y que administraba una botica en la calle Vergara, me dijo un día.

- Oye, tengo algo que te podría dejar algunos pesos.

- ¿A quién hay que asesinar? -dijo parodiando a siniestros personajes de novelas.

No, no era preciso matar a nadie, sino vender Budas de yeso.

Alberto Tello, mi amigo, había tenido algún negocio con el escultor Guillermo Mosella, de resultas del cual se quedó con varias docenas de Budas que guardaba en la trastienda de la botica.

Me invitó a verlos. Era una cantidad de Budas grandes y chicos, en la postura clásica, sentado sobre las piernas. Parecían de bronce gracias a una pátina que les había dado Mosella. Empecé, pues, a vender Budas y ése es tal vez el oficio más raro que he desempeñado en mi vida (el otro fue el de embajador). Los compradores eran por lo general gentes de esas que no han comprendido que Buda es un concepto sagrado para millones de hombres y no puede ser un simple objeto decorativo para adornar el salón de la casa. Como no lo puede ser Cristo. Y que las

imágenes de seres de tanta trascendencia social y religiosa deben gozar de mayor respeto. Pero en fin, vendí varias voces docenas de Budas, con lo que gané algún dinero y... también un Buda de tamaño grande.

Un tarde llegué a **El Mercurio** a ver a Roberto Aldunate, que me pareció una persona muy fina e inteligente. El escribía las críticas teatrales del diario, leía bastante y, como muchos otros periodistas, había dejado inconclusos sus estudios universitarios. Tenía también que ver con las notas sobre películas que se publicaban en el diario, como complemento de los avisos. Estas llegaban hechas desde las empresas distribuidoras, que contrataban escritores para tales tareas de propaganda. Salvador Reyes trabajaba para la Metro Goldwyn Mayer, Andrés Silva Humeres para la Paramount, Rafael Frontaura para la Fox Film Corporation y el propio Aldunate para la Universal Pictures. Naturalmente estas notas eran una colección de adjetivos: cada película una súper producción, cada actor un genio interpretativo y cada actriz la mujer más bella del mundo.

- Su tarea- me dijo Roberto Aldunate- consiste en cortar de lo que llegue toda exageración, todo adjetivo laudatorio. Hay que convertir estos párrafos en notas informativas muy sobrias.

No era nada del otro mundo, bastaba armarse de un lápiz y tachar palabras. Creo que en dos o tres días hacía ya el trabajo a gusto de mi jefe y del diario. Otro tremendo atractivo que tenía para mí esa tarea era el de ser compañero de oficina no sólo de Aldunate sino del poeta Daniel de la Vega.

Iba, pues, al diario todas las tardes por un par de horas, escuchaba, conversaba y cumplía mi tarea. El sueldo que me había fijado Aldunate era de 150 pesos mensuales. Cuando se acercaba el fin de mes, yo pensé que había escuchado mal, que no podían ser 150 pesos por ese trabajo tan sencillo y rápido. Pero sí, Roberto me pagó esa suma y me dio además una tarjeta que permitía entrar gratis cualquier día a un cine de barrio.

La oficina de Aldunate y Daniel de la Vega era muy concu-

rida. A menudo llegaba Rafael Maluenda, uno de los principales redactores del diario, muy engolado y rotundo en sus opiniones. A veces se embarcaba en largas partidas de ajedrez con Daniel, que estaba siempre fumando unos cigarrillos muy raros hechos con papel amarillo, le llamaban trigo, y que se iban quemando por dentro mientras la envoltura permanecía casi incólume. Iban también Alejandro Flores, que venía llegando de largas temporadas en Argentina y escribía artículos para *Ultimas Noticias*, y Rafael Frontaura, que hacía dibujos de artistas para el mismo diario. Se sabía que estaban planeando la formación de una compañía teatral. Y en fin, escritores, gentes de teatro y de vez en cuando algunas mujeres sensacionales.

Fuera de allí, yo continuaba mi amistad con poetas y empezaba a introducirme poco a poco en la vida literaria. Un día fui a ver a Pablo Neruda, en una de las oscuras piezas de la calle García Reyes donde vivía. Vi allí, entre otras cosas curiosas, un casco de paco, trofeo arrebatado a su dueño en quien sabe qué gresca nocturna, y una botella de un hermoso color azul. Me hallaba allí cuando llegó a buscar al poeta un hombre de cara redonda, muy bien trajeado y con esos guantes color pato nuevo que eran el sumun de la elegancia. Era Raúl Silva Castro que iba a hacerle una entrevista que luego se publicó en *El Mercurio*, con un dibujo cubista de Pablo hecho por Georges Sauré. Pablo exponía allí algunos conceptos sobre la poesía que el tiempo se encargó de cambiar y que si bien podían aplicarse a ciertos poemas de *Residencia en la Tierra*, nada tenían que ver con la poesía que empezó a escribir en España, aun antes de la guerra. Esos nuevos conceptos podrían tal vez encontrarse en los prólogos de la revista *Caballo Verde para la Poesía*.

Ese año partió al Oriente designado cónsul en Rangoon. Antes de irse me regaló una mesa pequeña y una silla negra, alta de respaldo, que le había hecho Pachín Bustamante, que además de gran pintor era tallador, ebanista, carpintero, etc. Andando los años le regalé la silla a un amigo. La mesa, que todavía conservo,

ha resistido varias capas de pintura. Le dieron a Pablo un gran banquete de despedida en un quinta de los alrededores, del que existe una divulgada fotografía. No pude ir por una razón muy simple: no tenía dinero para pagar la cuota.

Solía encontrarme con los poetas, con Rosamel del Valle y Humberto Díaz Casanueva, con Gerardo Seguel y Juan Florit. Con Fenelón Arce y Moraga Bustamante. Diego Muñoz, que había pintado decoraciones cubistas en el Zeppelin, un cabaret de la calle Bandera, hablaba de reclutar gente para marcharse a Nicaragua a pelear en las filas de Sandino. El proyecto no cuajó y Diego se fue a Ecuador.

Un día que entré a la Biblioteca de la Universidad de Chile, que estaba en la Alameda con Arturo Prat, me encontré a Tomás Lago que, ayudado por María Magallanes, se entregaba a una extraña ocupación: de unos originales escritos a máquina eliminaba trozos y trozos y a veces, sin piedad, páginas y páginas.

- ¿Qué diablos hace, Tomás?

- Es una novela..Me la va a publicar Gallay en la colección Lectura Selecta, pero le sobran como cien páginas...

¡Qué mutilación! Cuando la vi publicada -se llamaba **La mano de Sebastián Gáinza**- la compré y la leí lleno de doble curiosidad. La verdad es que Tomás había hecho los cortes tan adecuadamente que no se notaban. No parecía una novela reducida o mutilada.

Pensé que yo podría llevarle algo a José S. Gallay, que era un argentino colorín, de cara redonda y ojos claros. Había empezado a escribir cuentos y tenía también una novelita de unas treinta páginas. Gallay, bonachón y simpático, leyó mi producto, que se llamaba **Rumbo hacia ninguna parte**, y me dijo que estaba dispuesto a publicarlo siempre que yo consiguiera un buen prólogo de algún escritor conocido.

- ¿Por qué no se lo pide a Ginés de Alcántara? -me sugirió-. Ella lo trató bastante bien cuando publicó ese librito... ¿cómo se llamaba?

- **El pescador de Estrellas.**

- Exacto. Vaya a verla. Dicen que es muy buena persona.

En la vida civil esta dama se llamaba Juana Quindos de Montalva. Una noche fui a visitarla a su casa. Me habló largamente de muchas cosas y me mostró algunas piezas de su colección de autógrafos y de fotografías autografiadas. Algunas eran muy hermosas, como la de León Tolstoy, dedicada a ella. Por la fecha, me dijo, parecía la última foto que el viejo maestro ruso firmó. De su afición a los autógrafos había nacido en doña Juana su dedicación a la grafología. En **El Mercurio** mantenía un consultorio sobre esta materia con el seudónimo de Profesor Tagore. Para sus críticas literarias usaba el de Ginés de Alcántara. Doña Juana declinó muy finamente la petición de apadrinar a un escritor joven, diciéndome que en el relato había algunas irreverencias religiosas que ella no podía avalar.

Llegué desolado a contarle a Gally mi fracaso pero el buen editor me dijo que no importaba, que de todos modos saldría mi *nouvelle*, con prólogo o sin él. Apareció, sí, con una flamante portada de Alfredo Molina La Hitte, dibujante y escritor, que había publicado en la misma colección *Lectura Selecta* una novela breve muy buena, **Las cuatro actitudes de Lucía Alba**. Más tarde abandonó el dibujo y las letras y se dedicó a la fotografía. Mi alegría fue grande cuando Gally, junto con darme unos cuantos ejemplares de **Rumbo hacia ninguna parte**, me pagó 150 pesos, lo mismo que pagaba a los escritores hechos y derechos que habían publicado allí. Nada menos que Joaquín Edwards Bello, Mariano Latorre, Alberto Romero, Marta Brunet, Manuel Rojas, Salvador Reyes. Se decía en esos días que **El Habitante y su esperanza** estaba destinado a esa colección, pero que como Pablo Neruda no llegó a acuerdo con Gally se la entregó a Nascimento.

Por aquellos días llevé algunos cuentos al suplemento dominical de **El Mercurio**, que fueron publicados. Pagaban 100 pesos y aparecían en la primera página del diario. Un día el director,

don Carlos Silva Vildósola, me encargó un cuento sobre medida: se les había perdido el original y no querían desaprovechar una bonita ilustración hecha por el dibujante ecuatoriano Arévalo. Escribí una historia algo melodramática y algo anarquista que ocurría a bordo de un transatlántico. Ya no recuerdo ni el nombre y aunque en **El Mercurio** salió con mi firma, nunca la recogí en ningún libro, precisamente por tratarse de un encargo, de algo no espontáneo sino prefabricado para ilustrar una ilustración.

SALVADOR REYES Y EL "IMAGINISMO"

Empecé también a leer a los novelistas y cuentistas chilenos; los poetas me eran ya muy familiares. Así fue como cayeron en mis manos los tres libros publicados hasta entonces por Salvador Reyes: **Barco Ebrio**, poemas con un aire marino y título pedido prestado a una conocida poesía de Rimbaud; los cuentos de **El último pirata** y una novela corta muy atractiva: **El matador de tiburones**. Era sin duda una nueva veta para la literatura chilena, que hasta entonces parecía sustentada exclusivamente en el criollismo y en la vida de la alta burguesía. Esto de Reyes -en cierta forma y con las diferencias del caso (él era un escritor hecho y derecho y yo un principiante)- ofrecía ya fuera en los temas, los personajes, la libertad y el aire libre, alguna similitud con lo que yo empezaba a escribir. No recuerdo dónde conocí a Salvador Reyes, pero sí que una noche me invitó a visitarlo en su casa, en la calle Lira. Estaba con una **robe de chambre** y la pipa encendida. Hablamos mucho, me prestó libros y terminamos por ser grandes amigos. Sabía yo, aunque nunca me habló de ello, que existía una fuerte enemistad entre él y Pablo Neruda por algún incidente ocurrido cuando ambos comenzaban a destacarse en las letras. Más o menos cuarenta años más tarde, Tomás Lago me contó el motivo de tan larga y profunda desavenencia. No estoy muy seguro si Tomás me dijo que en un libro de memorias que estaba escribiendo por esos días relataba aquello. En todo caso, y por si así fuera, me abstengo de ahondar más en esa enemistad, que más tarde se hizo mayor por cuestiones

políticas. Salvador se manejó muy discretamente conmigo; conocía mi admiración por Pablo y nunca me habló mal de él.

Pronto Salvador, que se había casado con Inés Luna, sobrina del gran pintor Pedro Luna, y yo fuimos inseparables. Vivían ellos con la madre de Salvador en Recoleta y yo era huésped casi diario de esa casa. La mamá de Salvador seguía viviendo en el pasado y nos contaba cosas increíbles. Una noche, por ejemplo, nos relató los primeros vuelos de aeroplanos en el norte (debe haber sido en 1910 ó 1912). La gente había salido a las calles llena de curiosidad y los más prudentes decían que era peligroso subirse a los cerros, porque los aviones podían golpearlo a uno con la cola.

Iban a esa casa otras personas, escritores en su mayor parte, con quienes llegué a tener buena amistad: Hernán del Solar, Angel Cruchaga Santa María, Manuel Eduardo Hübner y un muchacho muy simpático, Juan Marcó, primo de Salvador, que después se transformó en un próspero minero en el norte chico. Eran las nuestras unas veladas sabatinas de lo más chistosas. Una de las diversiones consistía en hacer en versos tan improvisados como disparatados (una estrofa cada uno) biografías de gentes conocidas, escritores por lo general:

Nació este buen caballero
en tierras de Cachapoal
donde se compró un sombrero
que le quedaba muy mal...

Pasábamos horas enteras disparateando así. El peor versificador era Hübner, que no tenía el menor sentido de la métrica y a menudo rimaba un verso de seis sílabas con uno de treinta y cinco.

En 1928 tuve la suerte de encontrar editor para mi primer libro de cuentos, **La niña de la prisión**, que se publicó con un generoso prólogo de Salvador Reyes y portada e ilustraciones de

Molina La Hitte. Hubo algunos críticas halagadoras, entre otras la de Alone, que ocupaba media página de *La Nación*; me dolió, sí, que comenzara hablando de un libro "con prólogo e influencia" de Salvador Reyes. Ahora pienso que quizás el crítico tuviera razón, pero cómo negar que me sentí un poco humillado.

Ese mismo año planeamos y comenzamos a publicar la revista *Letras*, que duró largos años. Se editaba con mucha constancia, mes a mes, y reflejaba en cierta medida las tendencias y preferencias literarias del grupo, que estaba formado por Reyes, Cruchaga, del Solar, Hübner y yo. Se financiaba *Letras* con avisos que Salvador conseguía en librerías y empresas distribuidoras de películas y con la venta. Quiénes más trabajaban, en realidad eran Reyes y Hübner, acostumbrado éste en su trabajo periodístico a redactar a alta velocidad. Hernán y Angel hacían traducciones del francés. Yo buscaba cuentos y trozos literarios propios y ajenos. La revista hizo encuestas, entrevistas, planteó problemas de la literatura y la cultura, tuvo la colaboración de las más importantes firmas nacionales, dio a conocer a autores extranjeros que en Chile casi nadie había leído y abrió las puertas a escritores jóvenes que no tenían dónde publicar. Desempeñó, en fin, un prolongado y útil papel en la literatura.

Se habló mucho del grupo de los "imaginistas" que manejaba la revista *Letras*. La verdad es que nosotros no nos llamábamos imaginistas ni éramos un grupo propiamente tal. Eramos simplemente un conjunto de amigos cansados del criollismo, sin desconocer el valor de los escritores de esa escuela, que eran colaboradores de *Letras* y con quienes teníamos buena amistad. Lo que queríamos era hacer algo más refrescante, algo como quitarle a la literatura el cuello duro, el bastón y las polainas. Recuerdo haber escrito un artículo sobre este tema en la revista de la Sociedad de Escritores de Chile durante la presidencia de Rubén Azócar.

En rigor, los que hacíamos una literatura "imaginista", llamémosla así, éramos Salvador Reyes y yo, que más que tratar con

gentes de la realidad circundante inventábamos personajes como marinos, gitanos, ladrones, vagabundos, prostitutas, etc. Angel Cruchaga continuaba escribiendo con la dignidad de siempre los mismos poemas amorosos y místicos que caracterizaban su obra; Hernán del Solar en ese tiempo sólo hacía crítica literaria y Hübner escribía artículos periodísticos en *La Nación* y *Los Tiempos*. En este último diario firmaba Juan Babel.

Es verdad que hubo algunas polémicas entre imaginistas y criollistas o mejor dicho entre sus promotores y defensores. A nosotros nos apoyaba Hernán Díaz Arrieta, Alone, y nos atacaba Manuel Vega en *El Diario Ilustrado*. No sé quién le contó a Vega que celebrábamos extraños ritos ante una mandíbula de tiburón, en casa de Reyes. Lo único cierto es que esa mandíbula existía, con tres corridas de formidables dientes, sobre una repisa con libros. Reyes replicó que era preferible eso a usar como tótem un ejemplar de *El Almanaque Parroquial*.

¿Es "imaginista" Manuel Rojas, nos preguntábamos, que por aquellos días publicó, como folletín en *El Mercurio*, una novela llena de fantasías, lo más lejos posible de la vida real, como *La Ciudad de los Césares*?

Hernán del Solar, no obstante su apariencia espinuda de campeón de lucha greco-romana, sus anchas espaldas y su cara habitualmente seria, a lo Buster Keaton, era un hombre con mucho sentido del humor. En nuestras veladas sabatinas contaba historias divertidísimas y cuando improvisábamos largas corridas de versainas era el que aportaba las estrofas más cómicas. Trabajaba en la revista *Zig Zag* y a veces nos contaba cosas increíbles. Un día, uno de esos directores que la empresa nombraba nadie sabe por qué, pues no tenían la menor relación con el periodismo, le dijo:

- Hombre, la revista no ha publicado nada sobre el hecho de sangre ocurrido en el Parque Cousiño.

- No, nada -respondió Hernán .

- Pues hay que poner algo. Siéntese a la máquina, yo le voy a

dictar-. Y comenzó el dictado. -En el Parque Cousiño acaba de ocurrir un hecho de sangre que nos demuestra que en el Parque Cousiño ocurren hechos de sangre que no deberían ocurrir en el Parque Cousiño. Este hecho de sangre ocurrido en el Parque Cousiño...- Y una vez terminado este genial comienzo, el director agregó -Bueno, ahora siga usted, ya lo dejé encaminado...

Un día nos pusimos de acuerdo Salvador, Inés, Hernán y yo para ir a pasar el fin de semana en el puerto de San Antonio. Salimos muy temprano en tren y en el puerto nos volvimos niños; jugamos en la arena de la playa y en las rocas, nos metimos en increíbles tabernas, salimos al mar en un barquichuelo a la vela que había construido con sus manos un finlandés que después de una naufragio se quedó allí; visitamos un viejo velero, el "Dharma", que tuvo una avería en la proa y se quedó por largos años al ancla, en la bahía de San Antonio, mientras armadores y aseguradores arreglaban su conflicto. En la cabina del capitán, con caobas, bronce relucientes y muebles tapizados de cuero nos bebimos una botella. Fueron dos días felices, realmente, que no sé por qué no volvimos a repetir. Yo escribí unas páginas muy sentimentales sobre el "Dharma", que están recogidas en el libro **Viaje de sueño**. Mariano Latorre escribió también sobre ese velero, pero eligió como tema las interminables desavenencias entre aseguradores y navieros que siguieron al accidente.

Entre las muchas cosas que le debo a Salvador Reyes figura el haberme dado a conocer a un poeta que ha sido uno de los que más que he admirado y sigo admirando: El lituano Oscar de Lubicz Milosz. La traducción de sus poemas del francés, lengua en la que escribía, había sido hecha por Augusto D'Halmar y se publicó en Madrid, en 1922, en una edición muy restringida de cien ejemplares, que hizo el escritor y pintor español Gabriel García Maroto, después muy amigo mío. D'Halmar creyó que una poesía tan profunda, mística y nostálgica jamás podría popularizarse. Pensó, como dice en el prólogo, en una edición "para iniciados". "Por eso -escribe D'Halmar- esta edición es

corta y numerada, acaparándola para nosotros. Nos apenaría que un ejemplar se extraviase en las manos de un indiferente. Amamos demasiado al maestro para exponerlo a la incomprensión; le comprendemos lo suficiente para saber cuán raro es el estado de gracia de su palabra”...

De esa limitadísima edición llegaron no más de dos o tres ejemplares a Chile, a mediados de la década del 20. Algunos poetas sintieron la fascinación de esa poesía que parecía venir como una letanía desde el fondo del tiempo, e hicieron copias a máquina de los treinta y un poemas, basados en elementos esenciales y que resonaban como una extraña y misteriosa música. Salvador me prestó una de esas copias dactilografiadas, que leí con una sensación parecida a la angustia, y a mi vez, copié. Creo que desde entonces me acompañan los poemas de Milosz (desde 1948, en una nueva edición, que se hizo en Chile) y a menudo los tomo y releo la “Sinfonía de noviembre”, “La reina Karomamá”, “La berlina detenida en la noche” o “Lofoten”, uno de los más extraños, nostálgicos y hermosos poemas de esta antología:

Todos los muertos están ebrios de lluvia vieja y sucia
en el cementerio extraño de Lofoten.

El reloj del deshielo tictaquea lejano
en el corazón de los féretros pobres de Lofoten.

Ustedes podrán reírse de mí, pero ese lugar, Lofoten, se me metió en el corazón y muchos años después, precisamente en el verano del fatídico 1973, cuando yo vivía en Suecia, hice un largo viaje para pasar una semana de mis vacaciones en Lofoten, un pequeño archipiélago que queda en el norte de Noruega, dentro del círculo Polar Ártico. Un tétrico lugar de rocas negras, pájaros que graznaban en costas desoladas y pescadores de bacalao. Lo preferí a cualquier lugar de Europa donde pudiera haber ido. Vi el extraño cementerio y los féretros pobres de

Lofoten (donde Milosz nunca estuvo) aparte de muchas otras cosas. Pero eso es harina de otro costal.

Es la de Milosz una poesía que destila amor y piedad por los desesperados, por las muchachas de los suburbios tenebrosos, por los que aguardan algo que no llega jamás, por los suicidas, por las "viejas que tiritan en el dintel de los mausoleos", por las mujeres que vienen de brumosas ciudades lejanas. Desde entonces -y ésta es una de las deudas que tengo con Salvador Reyes- siento a Milosz como un ser capaz de expresar lo que los hombres hubieran dicho si pudieran sacar del corazón todo lo que allí se acumula oscuramente y extenderlo en forma de estrofas, con claridad y belleza, dando a las palabras el orden misterioso que sólo los poetas saben disponer.

¿Influencia de Milosz en Chile? Yo creo que sí la hubo. Hay uno que otro poema del libro *Las Mareas del Sur* de Salvador Reyes donde yo diría que podría reconocerse. También en la poesía de Jacobo Danke, en la de Victoriano Vicario y en ciertas partes de *La ceniza y el sueño*, de Nicomedes Guzmán. Yo mismo guardo un poema escrito por aquellos lejanos días donde me parece que hay resonancias miloszianas. Y relejendo hace poco una novela breve escrita en Nueva York en 1946, que aún permanece inédita, *Los bajos fondos del corazón*, he notado que cuando menos en su primera parte están presentes las nostalgias del maravilloso poeta lituano.

También me prestó Reyes los libros de D'Halmar en ediciones españolas y leí con encanto *La sombra del humo en el espejo*, *Nirvana*, *Mi otro yo*, *Pasión y muerte del cura Deusto*. Por cierto que le mandé mis libros a Madrid y recibí de él un par de cartas llenas de simpatía. Con Salvador tenía una correspondencia más regular y en los días de la revista *Letras* envió dos fotografías en que estaba con Lubicz Milosz en el castillo de Villebon, tomadas por Jean Víctor Hugo, que publicamos en la revista. Recuerdo que en una de sus cartas hablaba vagamente de volver a Chile formando parte de una compañía teatral. D'Hal-

mar era como un actor cuando leía sus poemas, sus cuentos o sus conferencias. Para nosotros, en aquellos días, era sólo una leyenda nostálgica y lejana.

Autores que leí en esos días por consejo de Salvador, y en los cuales vacié toda mi admiración, fueron Lord Dunsany, cuyo libro **Cuentos de un soñador** me conmovió mucho; Conrad, de quien leí **El negro del "Narciso"**, **Lord Jim**, **Cuentos de inquietud**, **Tifón**, **Victoria** y otras novelas. De Stevenson leí **El reflujó** y del francés Mac Orlan **El Canto de la tripulación**, que según Tomás Lago era un plagio de **La isla del tesoro**, y **A bordo de la estrella matutina**. Conocí a casi todo Jack London. De Cendrars leí un par de novelas y sus hermosos poemas, traducidos para **Letras** por Angel Cruchaga.

¿Una literatura propia para "imaginistas"? Como puede verse, eran obras en el escenario de la naturaleza, en el ancho espacio del mar, no con personajes cuyas pretinas sujeta el novelista sino con seres libres, desprejuiciados, lo más lejanos posible de los personajes de salón de las novelas de Proust (que también leí más tarde). A aquellos autores se inclinaban decididamente mis preferencias y a través de los años, aunque en ciertas épocas me he familiarizado con otro tipo de libros, sigo admirando furiosamente y leyendo de vez en cuando a Joseph Conrad, a Jack London, a Robert Louis Stevenson. Gran parte de esos libros me los recomendó Salvador Reyes. Otros los descubrí por mí mismo.

Un día me preguntó un editor si creía en la grafología de doña Juana Quindos de Montalva que se publicaba en **El Mercurio**. Le respondí que nunca había pensado en eso.

- Fíjese, por ejemplo -me dijo- en las conclusiones que saca de la firma de Salvador Reyes. Que esa rúbrica redondeada que sube por encima del nombre es como la vela de una goleta y cosas así. Ese no es el verdadero carácter de Salvador Reyes. Todo su "marinismo" no es más que una actitud literaria.

Aunque por esos días yo no intimaba aún con Salvador,

protesté de semejante juicio, que era erróneo del todo. Un escritor vacía en sus libros lo mejor, lo más verdadero de sí mismo y a mí no me cabía la menor duda de que aquello que Reyes escribía correspondía enteramente a su temperamento, a su vocación, a su afición marina, que venía desde su niñez en un puerto del norte. Quizás también una tendencia aventurera ancestral. Su abuelo, de su mismo nombre, había sido cónsul de Chile en Antofagasta, cuando esta ciudad pertenecía a Bolivia. No había, pues, tal pose literaria y doña Juana Quindos o el Profesor Tagore, como se firmaba, había acertado al definir el carácter de Salvador por su letra y su firma, aunque es posible que en su juicio la hubiera ayudado la lectura de los libros de Reyes.

Lo cierto es que esta adscripción a la aventura, a los puertos, a lo irreal, a lo fuera de lo común, le duró a mí entender demasiado tiempo. Yo, sin dejar de adorar el mar, los barcos, los puertos y a los marinos, di una vuelta de timón antes de los 30 años y empecé a meterme más con la vida, con mi contorno, con la lucha del pueblo, de algún modo, tímidamente al principio, con más decisión después. Salvador Reyes se quedó amarrado para siempre a los viejos temas de la juventud. Publicó **Valparaíso puerto de nostalgia**, **Mónica Sander** y otras novelas, tal vez con mucho encanto, pero que a mí ya no me hablaban de la misma manera que en 1930. Ambos viajamos y vivimos en distintos países. Una noche anduvimos juntos en Nueva York. Rosamel del Valle y yo lo llevamos al Village, a Times Square, a la Quinta Avenida, al Central Park. Venía de París, que era una ciudad oscura desde los días de la guerra y se quedó deslumbrado. Habría de pasar mucho tiempo antes de que nos volviéramos a ver.

Andando el tiempo, del grupo de Letras todos, salvo él, tarde o temprano adoptamos una actitud progresista frente a los problemas de Chile y del mundo, algunos desde los partidos de izquierda, otros independientemente. Salvador Reyes terminó por afiliarse al más reaccionario de los partidos políticos y un día tuve la penosa sorpresa de leer en un diario el anuncio de una

conferencia suya titulada "Por qué pertenezco al Partido Nacional".

La última vez que lo vi fue a fines de 1958. Nos encontramos en la calle Moneda y le conté que dos o tres días después partiría a China. A ayudar de algún modo a la construcción del socialismo. No me respondió nada. Me deseó buen viaje y se perdió entre la gente de la calle.

CHITA

Todas las tardes llegaba a **El Mercurio** y me encontraba a Daniel de la Vega, rubio, pálido, fumando uno tras otros sus cigarrillos que sólo se quemaban por dentro. Escribía cuando menos dos o tres artículos diarios, todos muy bien hechos, graciosos, finos, sentimentales, agradables y periodísticamente perfectos. Ese tren lo sostuvo larguísimo años sin que jamás alguien pudiera decir que sus artículos perdían encanto. A diferencia de otros periodistas que se sientan a la máquina y producen y producen, Daniel era muy cuidadoso. Lo veía sacar del bolsillo sus artículos escritos en borrador, con una letra grande y angulosa; los corregía y luego los pasaba a máquina. En ese trabajo constante residía en parte su perfección como columnista.

Naturalmente yo había leído mucho tiempo atrás sus poesías. En una época fue el poeta más popular de Chile y cuando la revista **Zig Zag** hizo una encuesta entre sus lectores, sobrepasó muy holgadamente a todas las voces poéticas del país. Por otra parte, influyó en muchos poetas chilenos de la segunda década. Hasta al propio Neruda en sus comienzos, según lo confesó en su discurso cuando la Universidad de Chile le dio un grado honorario.

Daniel de la Vega sabía estas cosas, las valoraba y a veces se jactaba un poco de ellas. Un día me dijo que era tal la admiración con que lo consideraban los poetas jóvenes, que uno de ellos,

Rosamel del Valle, había elegido ese seudónimo por él: Rosamel por Daniel y del Valle por de la Vega.

- ¿No estará equivocado? -le dije-. Yo soy amigo de Rosamel del Valle y estoy seguro de que se llama así.

No me respondió nada. Fue una mentira y una maldad de mi parte, porque en realidad yo sabía que el verdadero nombre de Rosamel era Moisés Gutiérrez. La verdad es que lo hice porque no me gustó la forma jactanciosa que Daniel de la Vega usó para decir aquello que, a lo mejor, era verdad. Nunca me acordé de contarle eso a Rosamel.

Yo conocía a de la Vega, como a otros poetas chilenos, desde niño, cuando en mi casa oía hablar de ellos a mi tío político Enrique Munizaga, periodista que convivía con la gente de letras y compartía la bohemia de la época. Le había oído contar por ejemplo, y mi memoria de elefante lo ha registrado hasta hoy, que Pablo de Rokha le había declarado su amor a su esposa, Luisa Anabalón, en el cerro Santa Lucía, arrodillándose ante ella y besándole el ruedo del vestido; que Gabriela Mistral y Juan Guzmán Cruchaga habían iniciado un idilio que no llegó a concretarse; que Pedro Sienna sufrió el mayor dolor de su vida cuando su hermano el joven poeta Marcial Pérez Cordero se suicidó por motivos amorosos, antes de cumplir 20 años; que Vicente Huidobro se había fugado con Teresa Wilms Montt... Yo escuchaba todo eso que Enrique Munizaga les contaba a mis hermanas mayores, muy interesadas en la poesía (tenían un ejemplar de *Selva Lírica* que leían a menudo y que hoy está en mis manos), sin soñar siquiera que algún día escribiría un verso y conocería y hasta llegaría a ser amigo de esos hombres casi míticos. Daniel de la Vega siempre fue muy gentil y hasta alguna vez escribió una crónica sobre mi persona, encantadora como todo lo que hacía.

Se aproximaba el estreno de la compañía que habían formado Alejandro Flores y Rafael Frontaura y que iba a debutar en el

teatro Comedia. La noche inicial, Roberto Aldunate, por alguna razón que no me dio a conocer, no podía ir y me pidió que después de la función escribiera yo la crítica, lo que procuré cumplir en la forma sobria y mesurada que empleaba él para sus comentarios teatrales. Pusieron una comedia del propio Flores, "A toda máquina", y otra de Armando Mook. Debutó como primera actriz una joven que llegó a tener mucho cartel: Ventura López Piris. Flores era el galán ideal y Frontaura hacía los papeles humorísticos con gran propiedad. Esa función marcó, en realidad, un renacimiento del decaído teatro nacional y la compañía se fue a las nubes.

Después de unos meses de trabajar con Aldunate en el diario, me cambié a otro trabajo que él me cedió: la propaganda de las películas de la Universal Pictures. El no tenía tiempo de atenderla. Un día Rafael Frontaura me preguntó si podía reemplazarlo por un par de semanas en la Fox, donde hacía la propaganda. Acepté, naturalmente, y al cabo de esos quince días me pidieron que me quedara allí de planta.

- ¡Cómo! No puede ser... ¿Y Frontaura?

Me respondieron que a causa de su trabajo en la compañía de Flores, Frontaura había renunciado a la Fox. Comprendí entonces que todo había sido una manera elegante de ponerme a prueba y que mi trabajo no los había defraudado.

Tuve, pues, que adquirir cierta familiaridad con el cine, tendencias, directores, actores. Tenía que ver en una pantalla poco más grande que las de la televisión actual todas o la mayor parte de las películas que la empresa llevaba a Chile. Entre la Fox y la Universal me ocupaban toda la mañana y dejé de ir al Pedagógico, donde la geografía de Francia seguía siendo un peso abrumador para mí. Tanto que lo único que hoy sé de ella es que la capital es París y Marsella el puerto más hermoso y con más tradición marinera. ¿Por qué demonios, me preguntaba, tengo que meterme en la cabeza la división administrativa de un país que quizás no conoceré nunca? Veía, pues, cantidad de películas,

malas y buenas, mediocres en su mayoría. A veces sugería algún corte o un cambio de título. Luego debía hacer un plan de avisos en los diarios, de acuerdo con el presupuesto que la compañía destinaba a la propaganda de cada filme, diseñar los avisos, elegir las fotografías que los acompañarían y redactar los párrafos que se mandaban a las redacciones y que éstas podaban de la adjetivación exagerada. Cuando se trataba de una gran película, no se podía usar las fórmulas corrientes: producción de ambiente de gran lujo y sana picardía. Había que estrujarse un poco más los sesos. Me tocó por ejemplo hacer la propaganda de una joya del cine mudo: "Amanecer", la primera producción en Estados Unidos del famoso director alemán Murnau, con Janet Gaynor y George O'Brien. Hicimos una exhibición privada a la que invitamos a críticos, escritores, periodistas y gentes a cuyas opiniones se le pudiera sacar provecho publicitario.

Hacia 1929 tengo que reconocer que no vivía muy ordenadamente. Mi amigo Alfredo Molina La Hitte me había cedido una pieza con ventana a la calle en una pequeña casa que alquilaba en Maruri, donde Neruda escribió parte del *Crepusculario*. Allí vivía Alfredo con su mujer, María Cristina Peláez, que había publicado en la colección Lectura Selecta una bonita novela corta, *El corazón bajo la máscara*, y su hija recién nacida, a la que llamábamos Pirula. Alfredo hacía entonces sus primeros ensayos como fotógrafo, con una camarita barata y un foco de cien bujías. Yo le serví de conejillo de Indias, pues me fotografiaba en una y otra pose. Conservo de ese período un bonito retrato que tiene como fondo un afiche del "Normandie", el barco mercante más grande de la época.

En la casa del lado, pared por medio con mi pieza, vivía un egresado de leyes, que trabajaba en uno de los juzgados del crimen, Guillermo Toledo. A menudo tenía unas fiestas exageradamente sonoras, y yo protestaba porque los bailes, los discos a todo volumen y las voces de los convidados no me dejaban

dormir. Para arreglar la situación, Toledo decidió invitarme en adelante a sus fiestas, pero creo que no fui nunca. Cuando más tarde trabajé como reportero policial, solía darme noticias exclusivas en casos de crímenes sensacionales. Se recibió de abogado con una tesis bastante original en esos días para nosotros prefreudianos: **El problema sexual de los penados**, lo que le significó muchas investigaciones en las cárceles. Había sido periodista y escribía con soltura. Durante la lucha electoral de 1931, entre Montero y Alessandri, recibió una bala loca mientras pasaba frente a casa del "León de Tarapacá" y estuvo varios días en el hospital. El era partidario de Montero, su profesor en la Escuela de Derecho.

A mediodía almorzaba yo en restaurantes baratos, lo más baratos posible, porque mis ingresos habían disminuido. Alguien me recomendó un lugar en la calle Ahumada frente a la librería Nascimento, donde uno compraba un abono que le permitía almorzar veinte veces: una comida familiar y sencilla. No dejaba de ser inteligente tener asegurado el almuerzo para más de una quincena.

En esos restaurantes conocí a dos personas interesantes: una fue Antonio Acevedo Hernández, un escritor de origen campesino y de formación anarquista. Tuvimos largas relaciones de amistad. En su juventud escribió versos, pero luego se decidió por el teatro y produjo una serie de obras de tesis, algunas con intenciones muy trascendentales. Hizo muchas comedias breves, en un acto, que eran infaltables en las funciones de los cuadros dramáticos obreros o sindicales que, estimulados por Luis Emilio Recabarren, tuvieron su auge en los años 20. Muchas gentes recogieron en esas veladas culturales materiales ideológicos que sencillamente determinaron el curso de sus vidas. Juan Vargas Puebla me ha contado que en su adolescencia le gustaba mucho recitar versos y solía participar en las veladas de los conjuntos proletarios. De allí paso al Partido Comunista y se transformó en dirigente sindical, en parlamentario y en un notable orador de masas.

La otra persona que conocí almorzando en ese lugar, gracias a que un día nos sentamos en la misma mesa, fue una mujer muy inteligente y sensitiva, que no dejó de ejercer influencia en mí: Chita Yáñez, que vivía en el tercer piso de un edificio de departamentos de la calle Bandera, donde se hallaba el cabaret Zeppelin. Pertenecía a una familia de importancia en la vida política: era sobrina de don Eliodoro Yáñez, en esa época deportado en Europa por Ibáñez, quien además le había expropiado el diario *La Nación* para convertirlo en el órgano periodístico de su gobierno. Mina Yáñez, hermana de Chita, vivía asimismo en Europa. Estaba mi amiga emparentada con familias de la clase alta, pero no parecía tener muchas relaciones con ellas.

Chita era una mujer de unos ¿45 años? No sé, no hay que confiar demasiado en los jóvenes cuando calculan la edad de sus mayores. Una muchachita de escuela, vecina mía el tiempo que viví en Cartagena, al hablar de su profesor lo llamaba siempre “el viejo Sepúlveda”. Un día el profesor fue a verme para pedirme prestado un libro.

- ¿Qué edad tiene usted? -le pregunté.

- Veintiún años.

Entre nosotros quedó bautizado como “el viejo Sepúlveda”. A lo mejor la Chita tenía menos años, no sé. Era gordita, baja, de cabellos ensortijados y cortos y ojos oscuros, vivos y luminosos. Era divorciada y tenía un hijo que no vivía con ella. Lo conocí años más tarde, cuando llegó a Santiago a estudiar en la Universidad.

Chita hablaba mucho, pero a mí no me cansaba escucharla. Pudo haber escrito pero no lo hizo, salvo algunas pequeñas greguerías que una vez me mostró y que revelaban sentido del humor. Recuerdo aproximadamente una: La motocicleta con sidecar fue inventada por un hombre que quedó viudo con un hijo de cortos meses... Pero sabía apreciar lo que escribían los otros y a mí me estimuló muchísimo. Una vez que tuve que hacer un

viaje me regaló un bonito cuaderno para que llevara un diario, en cuya tapa decía: **Notes de route.**

- Si no anota cada noche lo que va viendo, luego lo va a olvidar.

Seguí su consejo y esas anotaciones fueron publicadas y luego las recogí en **Viaje de sueño.**

Su departamento, de una sola estancia, estaba lleno de cojines, grabados, pinturas, cosas antiguas y sugerentes. Teníamos largas conversaciones, que a veces duraban cinco o seis horas, en las que aprendí muchas cosas sobre la conducta humana, a través de sus recuerdos, de la gente que había conocido y también de su pesar por tener que vivir lejos de su hijo. Nunca me dijo por qué y naturalmente yo no se lo pregunté. Una vez le aseguré que ella hablaba con la técnica de un novelista.

- ¿Cómo es eso?

- Bueno, me empieza a contar una historia, aparece una persona y habla de ella, de su físico, de su carácter, de su pasado, y luego vuelve al suceso que estaba relatando... Más o menos como en una novela.

Un día se desocupó un departamento al lado del suyo y lo arrendé. Chita me ayudó a decorarlo. En el tercer departamento de ese piso vivían dos francesas, una de ellas rubia y bonita.

A veces la encontraba deprimida pensando en su hijo. Por eso me gustaba que llegaran amigos a verla. Tenía muchos. Solía ir el dibujante Víctor Bianchi, la bailarina André Haas, su hermano Manuel Yáñez, que era un hombre muy gracioso; el pintor Camilo Mori y su esposa, Maruja Vargas Rosas, que ocuparon más tarde un departamento en el mismo piso. Conocí también allí a un ingeniero, Santiago Aguirre, padre de mi amigo el arquitecto del mismo nombre. Santiago padre era inventor y una noche nos amanecimos oyéndolo hablar de sus inventos que ciertamente parecían mucho más poéticos que prácticos. Durante la Primera Guerra Mundial, Santiago vivía en París y conoció los primeros bombardeos aéreos de los alemanes. Entonces propuso que

cuando aparecieran los aparatos teutones, los parisienses, en vez de refugiarse en los sótanos de las casas, subieran a las azoteas provistos de un fusil y dispararan todos hacia el cielo unas balas atadas a un hilo fino y resistente. Se formaría así en el aire una red tan compacta y espesa que los aviones alemanes, enredados en ella, caerían a tierra envueltos en llamas. Ni el mismo von Richtofen se salvaría.

Inventó también un dispositivo para que los pasajeros de tercera clase pudieran viajar acostados en los trenes y un día que Camilo Mori tenía que ir a Marsella o no sé dónde, fue a despedirlo, subió el vagón y le instaló el dispositivo.

- Me costó un mundo -me contó Camilo- bajarme y desembarazarme de esa especie de hamaca en que me había colgado y donde no pude dormir ni una pestañada.

Conocí, pues, donde Chita a artistas y personas de mucho interés. Cuando Lola Falcón volvió de Chonchi, donde nos habíamos conocido, a la primera de mis amistades que le presenté fue a Chita Yáñez. Pedimos por teléfono unos platos al "Huaso Adán", que estaba a la vuelta de la esquina, y pasamos una buena velada.

Después, la vida, los viajes, me apartaron de Chita. Tuve una gran pena un día en Nueva York -debe haber sido a fines de la década del 40-, cuando Lucho Figueroa, el Chico Figueroa, me contó que había muerto.

LOS ESCRITORES, HOMBRES POBRES

En 1930 Santiago era una ciudad pequeña, tranquila, sin grandes estremecimientos políticos, bajo el férreo control de la dictadura de Ibáñez. El movimiento obrero, bastante desarrollado unos años antes, había sido desarticulado y los líderes se hallaban relegados en pequeñas aldeas del sur o en islas lejanas, como Pascua y Juan Fernández. Había una central sindical artificiosa y prefabricada para uso del gobierno, la CRAC, y un parlamento elegido a dedo por el dictador, de acuerdo con los partidos legales. Como la elección de diputados y senadores la hizo Ibáñez durante una temporada pasada en unas termas, se le llamó el "congreso termal".

Todo lo que vino después, aglomeraciones, exigencias, tránsito intenso, cesantía en masa, escasez de habitaciones, en fin, aquello que Ortega y Gasset llama la rebelión de las masas y atribuye en gran parte a fenómenos demográficos, apenas se notaba.

Las capas más pobres de la población vivían en insalubres lugares llamados conventillos (véase **Vida mínimas** de González Vera) donde existía una llave de agua y un excusado para todas las familias, cada una de las cuales ocupaba una pieza. Comenzaban a construirse poblaciones populares más decentes y la clase media no carecía de habitaciones. Si uno se quería cambiar de casa, lo hacía tranquilamente: no faltaban viviendas.

Los imponentes de las cajas de previsión -el caso mío-

gozaban de grandes facilidades para construirse casa. Yo llegué a ser propietario de una pequeña porque un agente de una empresa constructora me venció por aburrimiento. La primera vez que fue a verme, lo despedí con un rotundo no.

- No pienso comprar ni construir nada -le dije-. Soy enemigo de la propiedad privada.

El vendedor volvió varias veces a **El Mercurio** a tratar de convencerme.

- Pero es que usted tiene derecho...

- No quiero usar de él.

- Además, no tiene que desembolsar ni un solo centavo. La Caja de Periodistas aporta la suma inicial para comprar el terreno y sólo cuando la casa ya esté construida, usted empezará a pagar los dividendos.

Tanto me asedió el hombre que acepté y firmé los papeles necesarios, de muy malas ganas. Ni siquiera fui a ver el terreno donde la casa se iba a construir. Lo único que supe es que estaba a pocos metros de la calle José Miguel Infante. Me marché a España y no me acordé más del asunto, hasta que un día mi apoderado, Roberto Aldunate, me escribió para contarme que la casa estaba construida y arrendada en una suma que permitía pagar los dividendos. Terminé de leer la carta y me puse a reír.

- ¿Algo muy cómico? -me preguntó Lola.

- Más o menos. Somos propietarios de una casa y ya está alquilada.

Cosa que en realidad me pareció muy rara, pues yo no había hecho para ello sino firmar unos papeles.

Era Santiago una ciudad con pocos automóviles, pero con un número suficiente de tranvías, que llamábamos carros, y de autobuses, que llamábamos góndolas. Yo conocía muy bien los tranvías desde mi niñez, cuando los usaba para ir a la escuela. En "carro arriba" o "imperial", como se le decía al segundo piso fresco y aireado que tenían los tranvías y al que se subía por una escala de caracol, viajé miles de veces. El pasaje costaba cinco

centavos y se permitía fumar. Abajo, en cambio, había letreros que decían "Se ruega no fumar". Cuando yo era niño, iba un día con mi padre y un amigo suyo y éste encendió un cigarrillo. La cobradora -usaban unos extraños sombreritos de hule negro y tieso, parecidos a los de la Guardia Civil Española- se acercó y le pidió que apagara el cigarrillo, señalándole el letrero. El humorista amigo de mi padre respondió:

- Ahí dice "Se ruega no fumar". Bueno, ruégume.

El diálogo se prolongó y al final la pobre conductora, así las llamaban, dijo:

- Le ruego que no fume, señor -ante lo cual el caballero tiró la colilla y la aplastó con el pie.

Las conductoras eran muy populares y aparecían a menudo, con sus sombreritos negros y sus delantales, en las caricaturas de la época y hasta en las cuecas:

Una ficha negra
y otra colorá
y una conductora
que no vale na.

Entre los escolares de mi tiempo era cuestión de honor saber de memoria el número, denominación y destino de los tranvías. 1 Alameda, 2 Catedral, 3 Ñuñoa, 4 Parque, 5 Yungay y así hasta el 36 Matadero.

Entre los escritores, nadie en 1930 tenía automóvil. Bueno, me refiero a mis amigos. No sé si Pedro Prado, Vicente Huidobro y los ricos. Hasta que Augusto Iglesias compró uno. Un día me llevó desde la Librería Francesa, donde acudía el literataje a medio día, hasta un lugar de la calle San Isidro donde vendían unas empanadas muy buenas. Conducía muy lento y me dijo:

- No soy ningún imbécil para matarme o para chocar el auto, que me ha costado bastante caro.

Después, Tomás Lago compró un De Soto, en el que hicimos

paseos al campo o a la playa con nuestras novias, las hermanas Falcón. Una vez que fuimos a Cartagena, de regreso nos quedamos en pana. Tomás no sabía nada de automóviles, yo creo que ni siquiera había mirado jamás un motor de auto. Nos sentamos, pues, a la orilla de la carretera a fumar, esperando que pasara alguien que pudiera ayudarnos. De pronto vimos venir un camión y nos paramos en el camino.

- Por favor, ¿no podría echar una miradita a ver si puede ayudarnos?

El hombre trató de hacer andar el De Soto.

- ¿No se le habrá acabado la bencina?

- No, acabo de llenar el estanque en San Antonio.

El chofer levantó el capó, movió algo, no sé qué, y el De Soto volvió a funcionar normalmente.

En general, los escritores eran gentes pobres, que debían trabajar esforzadamente en el profesorado, en la administración pública, en el periodismo, para poder subsistir y escribir. Tuve poetas amigos que vivían en conventillos, de a dos en una pieza, y que comían poco. En esos tiempos la tuberculosis, enfermedad de pobres, se ensañaba con los poetas. Romeo Murga murió de ella y a Gerardo Seguel lo salvó Juan Gandulfo. Nadie, absolutamente nadie, vivía de derechos de autor. Algunos tenían fortuna, pero ella no provenía de las letras. Alberto Romero, para citar un ejemplo, trabajaba como cajero en la Caja de Crédito Hipotecario. Una tarde me pidió que lo acompañara a ver a un hacendado, no a su hacienda, no, no, sino a una lujosa casa de la Avenida República. Ninguno de esos grandes latifundistas vivía en el campo. ¡Qué esperanza! ¡En Santiago, cuando no en Europa! Sólo iban a sus tierras a veranear. Alberto me explicó que al cajero se le daban cien pesos mensuales para cubrir posibles pérdidas, errores y cosas así.

- Creo que a este señor, que fue en la mañana a pagar unos dividendos, le di de vuelta cien pesos de más.

Naturalmente quería recuperarlos. El agricultor, llamémoslo

así, reconoció que había recibido cien pesos adicionales y los devolvió cortesmente, dando excusas.

Alberto Romero provenía de una familia patricia, que en otra época fue pudiente. En su casa paterna, donde estuve varias veces, había hermosos muebles de caoba y cuero, grandes pinturas antiguas y otras muestras de un pasado rico. Pero trabajaba mucho para vivir y escribir no dejaba tampoco de costarle bastante, pues era un realista muy escrupuloso, acostumbrado a documentarse convenientemente para sus novelas. De un minucioso proceso de observación e investigación, lo que le significaba penetrar en medios muy diferentes del suyo, surgieron **La viuda del conventillo**, **La mala estrella de Perucho González**, **Un milagro Toya** y sus otros libros.

Algunos escritores usaban seudónimos. ¿Por qué? ¿Sólo por un poco de fantasía o de búsqueda de lo sonoro, de lo eufónico? Es posible en algunos casos. Pero hay que pensar también que la burguesía chilena tenía cierto desprecio por los escritores, los consideraba chiflados, personas más o menos ociosas que no aportan nada a la producción social. Cuántas veces no se escuchaba el término "botado a poeta" para designar a alguien que escribía versos. Neruda ha dicho que adoptó su seudónimo para que su padre no supiera que escribía versos.

Hubo escritores de quienes la gente creía que los seudónimos eran sus verdaderos nombres, sin sospechar siquiera que detrás de ellos había una ficha que decía otra cosa en el registro civil, como en el caso de Pedro Sienna, que se llamaba Pedro Pérez Cordero. Pablo de Rokha se llamaba Carlos Días Loyola y su esposa Winet era Luisa Anabalón. Vicente Huidobro abrevió su nombre: Vicente García Huidobro Fernández. El de Juvencio Valle (¡nunca he visto un seudónimo más adecuado al tipo de poeta y de hombre!) es Gilberto Concha. Tomás Lago, tal vez por indolencia, se limitó a quitarle la s final a su apellido. Es muy conocido el nombre de Gabriela Mistral, Lucila Godoy. ¿Cuál es mejor, más bonito? Tal vez el Mistral resuena más, es más

radiante, más internacional. Pero una poetisa colombiana adoptó como seudónimo el nombre civil de Gabriela, Lucila Godoy. D'Halmar se llamaba Augusto Goemine Thompson y Santiván abrevió su verdadero apellido, Santibáñez.

JUVENCIO. LORD JIM

Un día me invitó a conversar en su oficina un escritor viejo, o por lo menos así me parecía entonces, Tomás Gatica Martínez. Era de una generación muy anterior, del tiempo de Víctor Domingo Silva, Pedro Prado, Gabriela Mistral, de los que habían tenido un período de auge en la segunda década del siglo. Había empezado, como casi todos, escribiendo poemas líricos y derivó hacia la prosa. Era un novelista tal vez demasiado realista en ciertas descripciones, de aquellos que se complacen en pintar escenas escabrosas y pasiones agitadas, un poco a la manera de José María Carretero, un español muy en boga por aquellos tiempos, monárquico militante que escribía con el seudónimo de El Caballero Audaz. Su audacia no llegaba más allá de las semidesnudeces de alcoba. Título de algunas de las novelas de Tomás Gatica Martínez: *La Cachetona*, que causó mucho escándalo porque se trataba, al parecer, de una narración en clave; *Adelita*, *Fifi*, etc. Gatica me había dado algunos trabajos, como a casi todos los compañeros de *Letras*, en una revista que le encargaron dirigir; trabajos que nosotros no podíamos rechazar, comentarios de libros, descripciones turísticas y cosas así. Ya he dicho que los escritores ganábamos muy poco con las letras propiamente tales.

Recuerdo que llegué a su oficina despotricando por una errata muy notoria aparecida en mi primer libro de cuentos, *La niña de la prisión*. Tomás Gatica se echó a reír.

- Eso no es nada -me dijo-. Cuando dirigí la revista *Zig Zag*,

una vez escribí un artículo que se titulaba: *Influencia del romanticismo en la literatura latinoamericana. ¿Quiere saber cómo le pusieron? Influencia del reumatismo, etc., etc.*

En un sillón de la oficina estaba sentado un viejito a quien Tomás Gatica me presentó:

- ¿No conoce a Ignacio Vives Solar?

- Oh, usted es...

Sí, él era. El autor de un precioso librito con leyendas pascuenses que había recogido en un período en que estuvo trabajando en la gobernación de la solitaria Isla de Pascua, la isla de las grandes estatuas de lava volcánica, situada entre la Polinesia y el continente. Habría dado cualquier cosa por ir ahí -lo que hasta ahora no he hecho- y se me ocurre que ese deseo era y es común a muchos escritores. Sin haber estado allí, Pedro Prado escribió una hermosa novela titulada **La reina de Rapa Nui**. Yo mismo, en mi libro **Luces en la isla** tengo un cuento inspirado por Pascua: "El hombre de la lepra". El hecho de que Vives Solar hubiera vivido un período largo en ese peñón solitario me parecía admirable. Yo había leído su libro y me sentí muy honrado de conocer al autor, que al parecer era hombre pobre, vestido con modestia. Tomás Gatica sacó de un cajón de su escritorio varias cajetillas de cigarros baratos y se las dio. Vives Solar las guardó ávidamente en sus bolsillos. Debe haber sido unos cuarenta años más tarde cuando escribí una nota sobre ese libro en mi columna de **Ultima Hora**. Poco después recibí una carta del profesor Alejandro Lipschutz que se interesaba, como buen antropólogo, por conocer ese libro, publicado varios años antes de que él llegara a Chile y agotado por completo. Hice un paquete y se lo mandé por correo a Santiago, desde Cartagena, donde yo vivía. Más o menos veinticinco días después recibí otra carta del sabio Lipschutz acusándome recibo del libro, que había tardado dieciocho días en llegar a sus manos. Dieciocho días para recorrer los 107 kilómetros que separan ambas ciudades. ¡Cosas de nuestro correo!

Pero hasta ahora, perdón, no he dicho para qué iba yo ese día a la oficina de Tomás Gatica Martínez: el hombre estaba haciendo un libro de biografías y siluetas de escritores chilenos, jóvenes y viejos, y a los de *Letras* los había entrevistado de un modo agotador. Ahora me tocaba a mí. Asistí a la entrevista que le hizo antes a Hübner, en la que éste habló mucho de las enfermedades sufridas por él. ¡Qué manera de enfermarse! Cuando comenzamos a dialogar ese día, me di cuenta de que yo no tenía mucho que contar, carecía de historia, como las naciones jóvenes y las mujeres honestas... Traté de hablar de libros, de escritores, de ideas literarias, pero Tomás Gatica se empeñaba en que le contara mi vida. ¿Qué vida? Tenía poco más de 21 años, ninguna experiencia, ningún viaje, nada notable.

Un poco acosado, tomé sobre la marcha la decisión de contarle algunas fantasías y estuve un par de horas hablando de mis fugas del hogar, aventuras náuticas, compañeros de viaje y cosas así, cuando a los 18 años me embarqué como sobrecargo en un barco mercante de cabotaje (no me atreví a más) y de otras mentiras semejantes.

Después me arrepentí de haber engañado en esa forma a un amigo de buena voluntad y me propuse hablarle para destruir toda esa improvisada mitología. Pero me ganó la inercia y nunca lo hice. Por fortuna Tomás Gatica no terminó ni publicó ese libro, que yo sepa, en el que yo habría aparecido nada menos que como un personaje de mis propios cuentos de entonces.

Muchos escritores de provincias, cuando llegaban a Santiago buscaban a la revista *Letras* como un puerto de recalada natural. Ni qué decir que no teníamos un local, ni oficinas, ni redacción, ni nada de eso. Nos reuníamos para hablar de la revista en casa de Salvador Reyes o a la hora de once en un café de la calle Huérfanos, al que le llamábamos, en homenaje a una novelcúcula de Salvador Reyes, el Café del Puerto.

Del norte, de tierras de Salvador Reyes llegó un muchacho

que escribía poesías y venía a estudiar medicina, Eduardo Agrella. Inmediatamente le abrimos las páginas de la revista. Del sur llegó un joven que me impresionó profundamente, un poeta que procedía de Nueva Imperial. Pequeño, fino, delgado, he dicho alguna vez que cuando lo conocí sus ropas olían a la harina fresca del molino en que trabajaba y sus zapatos a las hierbas húmedas de la fértil comarca en que habitaba. El poeta, que se llamaba Juvencio Valle, se confundía, se mimetizaba en el ramaje compacto de los bosques australes, los que cantaron Ercilla, Augusto Winter, Neruda y el propio Juvencio, de un modo no igualado. Era un perito en selvas del sur, un técnico en espesuras. En ninguna mano, en ninguna poesía el campo chileno ha alcanzado la rica frescura, la majestuosa presencia que cobra en sus versos.

En aquella su primera incursión en Santiago, a donde lo llevaba el deseo de publicar un libro, Juvencio no encontró a su viejo compañero de banca del liceo de Temuco, Pablo Neruda. Este se hallaba entonces en el Oriente Lejano, tal vez en Singapur, huyendo de la venganza de Jossie Bliss.

Desde ese lejano día de 1928, a Juvencio Valle lo encontré muy a menudo a lo largo de mi vida, cuando compartíamos las esperanzas y las luchas del pueblo chileno. Fue a vivir la guerra de España con los poetas de ese país y estuvo preso de Franco algunos meses. Hace poco cumplió 84 años en plena producción. Después de haber bebido en la Fuente de Juvencia, Juvencio es el más joven de todos nosotros, incluso de algunos que nacimos después que él.

De Europa volvió, con desenvoltura y aire montparnassiano, el poeta Alberto Rojas Giménez, fundador en 1920 de la gran revista *Claridad*, bohemio, cliente cotidiano de los cafés de París, donde le aprendió a don Miguel de Unamuno a hacer pajaritas de papel. Escribía crónicas, trabajaba esporádicamente en diarios de Santiago y provincias. Allí donde se sentía a gusto, se quedaba un tiempo hasta que la nostalgia de los amigos y de

la bohemia santiaguina lo traían de nuevo a la capital. Vivía muy pobremente y se decía que en las noches de invierno no tenía para taparse en su cama sino una bandera chilena. En una época nos veíamos a menudo, pues mantenía amistad con la familia Falcón a la que había conocido en París. La atracción que ejercían sobre nosotros las tres hermanas Falcón era causa de que en la casa de ellas, en Vicuña Mackenna, nos encontráramos casi diariamente Rojas, Tomás Lago, que se casó con Irma, la menor, y yo.

El amor, sin embargo, no logró arrancarlo del espantoso desorden en que vivía. En el crudo invierno santiaguino de 1934, un cantinero desalmado, como Rojas no tuviera con qué pagar la botella que se había bebido, lo obligó a dejar en prenda su chaqueta. Salió, pues, en mangas de camisa, en medio de la noche fría y una semana más tarde moría de bronconeumonía.

Cuando Pablo Neruda supo la noticia, por una carta de Tomás Lago, se hallaba en Barcelona y fue con el pintor Isafás Cabezón a poner una vela en la catedral marinera de Santa María del Mar, en el barrio gótico de la ciudad. Su nombre de poeta maldito volvió a las letras de molde un año más tarde, al publicarse en Madrid la elegía de Neruda "Alberto Rojas Giménez viene volando", en el segundo tomo de **Residencia en la Tierra**:

Vienes volando solo, solitario,
solo entre muertos, para siempre solo,
vienes volando sin sombra y sin nombre,
sin azúcar, sin boca, sin rosales,
vienes volando.

Otra de las personas que se acercaron al grupo de Letras fue María Rosa González cuando llegó a Santiago alrededor de 1930. Era una rubia muy bonita. De muchacha, en Concepción, había tenido un idilio con Alfredo Molina La Hitte. Publicaron un libro de versos de ella con dibujos de él, del que ambos se avergonzaban, menos por el contenido que por los seudónimos,

que habían encontrado Dios sabe dónde: Miss Colombine y Harrison Young. Después María Rosa se casó con un médico y profesor de la Universidad de Concepción, de quien se divorció años más tarde. No vivió mucho tiempo en Santiago. Se fue a Buenos Aires donde se casó con el gran pintor cubista argentino Emilio Petorutti. Los vi por última vez en México, en los 40. Ya María Rosa había abandonado la poesía y las narraciones (publicó una novela breve titulada **El caso de Blanca Luz**) y escribía ensayos y artículos sobre cuestiones artísticas.

En los días de la revista **Letras** conocí, puede decirse, a la plana mayor de la literatura chilena. La revista organizó una comida a Joaquín Edwards Bello y allí estuvo todo el mundo. Jenaro Prieto, que hacía oposición a Ibáñez con artículos escritos con sordina, ofreció la manifestación, en la que no faltaron Latcham, Melfi, Armando Donoso, Durand, Latorre... Con Mariano Latorre, padre del criollismo, fui muy amigo. Un día, después de almorzar juntos, me dijo:

- Acompáñame al Pedagógico. Tengo que hacer una clase.

La clase era sobre literatura chilena y con asombro, sentado en las últimas filas de las aulas de las que había desertado un par de años antes, lo oí decir:

- Y aquí está con nosotros uno de los buenos cuentistas jóvenes-. Me sentí avergonzado, con muchas ganas de no hallarme allí.

Solía ir a medio día a la calle Huérfanos esquina de Estado, donde se hallaba la Librería Francesa. Llegaba el poeta Carlos Préndez Saldías con su bastón, sus quevedos y su sombrero de amplias alas, "más alón que Díaz Arrieta", como se decía en esos días. Augusto Iglesias, de seudónimo Julio Talanto, caía asimismo a esas tertulias de mediodía, en las que peroraba con su gran vozarrón. Salvador Reyes le escribió en letras un epigrama que decía:

Con talento y con talante
su vida lleva Talanto.

Dicen que un alto parlante
ante su parla incesante
casi se murió de espanto.

Muchos de los epigramas aparecidos en **Letras** fueron obra colectiva: Cruchaga, Reyes, del Solar y yo.

En 1930 publiqué un segundo libro de cuentos, **Luces en la isla**, encarrilado en el mismo rumbo de **La niña de la prisión**, con marinos, gitanos, vagabundos y gentes exóticas como protagonistas. Otros escritores que seguían la huella "imaginista" eran Juan Marín y el poeta de Valparaíso Jacobo Danke. Hernán del Solar escribió por esos días un hermoso libro de cuentos, **Viento verde**. Entre sus relatos hay uno que nunca se ha borrado de mi memoria: "La primera mujer".

Yo había empezado a trabajar de planta en **El Mercurio**, como reportero de policía. Esto me significó conocer un medio muy especial, el de la delincuencia y el de la policía que la combatía. El jefe de ésta, Ventura Maturana, era muy impopular por su cargo, que no sólo se relacionaba con ladrones, asesinos y fauna de esa especie, sino también con los políticos y no políticos a quienes la dictadura de Ibáñez vigilaba. Una tarde que estaba yo conversando con el prefecto de investigaciones, de pie frente a su escritorio, leí, al revés, porque el documento estaba frente a él, sobre la carpeta, un "parte" de algún detective que se refería a Carlos Préndez Saldías. Daba cuenta de la hora a que había salido de su casa y llegado a su trabajo, en la Caja de Crédito Hipotecario, de su entrada a medio día en una confitería de la calle Estado, donde solía jugar un cacho, de las visitas que había hecho en la tarde y de la hora en que se recogió. Daba la idea de que un hombre había estado destinado especialmente a seguirlo, todo el día. Mientras leía, al revés y en la forma más disimulada, fingía oír lo que el prefecto me estaba diciendo y de vez en cuando hacía una señal de aprobación, pero, claro, no entendí ni una palabra. Me interesaba mucho más el "parte"

sobre Préndez Saldías, a quien fui a ver al otro día para contarle el asunto.

¿Por qué a Préndez Saldías?, me preguntaba. Naturalmente no era ibañista pero, que se supiera, no desarrollaba tareas políticas ni conspirativas. Otro de los favoritos de Investigaciones era Alberto Romero sobre quién también se pasaban “partes”, no obstante que Alberto muchas veces consiguió con los detectives que lo dejaran acompañarlos, en plan de documentación, en expediciones a los lugares más sórdidos de Santiago.

Conocí, pues, un mundo nuevo, pero de él no recogí gran cosa para lo que escribía entonces: a una realidad tan repugnante seguía prefiriendo las inventadas sagas de marineros nostálgicos, vagabundos con un pasado a la rastra y exploradores sin fortuna.

Junto con mi trabajo de reportero, escribía artículos para el suplemento dominical y también en **Zig Zag** y otras revistas.

Con Salvador Reyes se había producido cierto distanciamiento, la verdad es que no sé debido a qué, y que duró tal vez un par de años. Cuando nos “reconciliamos”, ni siquiera hablamos de eso. El alejamiento determinó que me alejara también de **Letras**, que cambió de formato. Un día, al comprarla, encontré que mi nombre había sido reemplazado en la lista de redactores por el de Rosamel del Valle.

El director de **Últimas Noticias**, Byron Gigoux, que andando los años se reveló como un escritor con su novela **El cerro de los Yale**, y como pintor, manifestaba en su diario buenas disposiciones con la gente de letras. Publicó, como folletín, los recuerdos teatrales de Pedro Sienna, una novela breve mía, **La expedición maravillosa**, que está contenida en mi libro **Viejos relatos**, las memorias de Meza Fuentes en la Isla de Más Afuera y otras cosas. Entre los colaboradores cotidianos del periódico había escritores y poetas: Daniel de la Vega, Diego Muñoz, Alejandro Flores, Diego Barros Ortiz, Oscar Lanás.

De mis compañeros de **El Mercurio** recuerdo a muchos, pero

en especial, a mi viejo amigo Hugo Ercilla y a Manuel Gandarillas, a quien llamábamos el Loco. Con éste nos peleábamos mucho, casi diariamente, pero nos teníamos cariño y mutua estimación. Por las noches, mientras los demás reporteros jugábamos al póker o comentábamos las aventuras del día, Manuel, pegado a su máquina, escribía y escribía una novela que creo que no llegó a terminar.

- En este país no hay novelistas -decía, cosa que yo le rebatía de inmediato.

- ¿Y Blest Gana será bosta de caballo, huevón? ¿Y Joaquín Edwards Bello?

Al otro día volvía a la misma canción. Que yo sepa, nunca terminó esa obra que, por fin, iba a producir un novelista chileno. Le he leído infinidad de crónicas, reportajes y poemas (incluso uno de ellos lleva por título mi nombre), pero no la famosa novela. Estoy convencido de que no llegó a terminarla.

Había surgido una serie de poetas jóvenes, algunos de los cuales se apagaron con el tiempo. Recuerdo los primeros pasos de Eduardo Anguita, de Carlos Poblete, de Oreste Plath. Se formó un grupo llamado runrunista, en el que estaban Santana, Alfonso Reyes Messa, Clemente Andrade, Benjamín Morgado, Julio Barrenechea y alguno más. El afán de originalidad los llevaba a escribir de manera desorbitada y a acciones más o menos estrafalarias. Anunciaron, por ejemplo, que se autoerigirían un monumento en el Parque Cousiño al que después le prenderían fuego. Todo eso había sido hecho en Europa años antes por los dadaístas y otras personas. ¿Quién no sabía, por ejemplo, que Ramón Gómez de la Serna había dado una conferencia en un circo, desde el lomo de un elefante? ¿Que los poetas franceses escribían sus poemas en los espejos de los cafés de París? ¿Que Rafael Alberti, mientras daba un recital, había soltado una rata en el Lyceum Club de Madrid, donde las señoras huyeron aterrorizadas? El runrunismo era un movimiento sin destino y murió sin gloria. Clemente Andrade publicó un libro de

poemas titulado **Un montón de pájaros de humo**. Reyes Messa se dedicó al periodismo y publicó un par de libros de cuentos, **La señorita de gamuza** y **Animal de costumbre**. Subsistió Barrenechea que perseveró en la poesía, se mezcló desastrosamente en la política y llegó a obtener el Premio Nacional de Literatura. Era sin duda el menos runrunista de todos.

Debe haber sido en 1930 cuando regresó a Chile, después de varios años de vivir y estudiar en Europa, Benjamín Subercaseaux. La leyenda que lo rodeaba hizo que rápidamente fuéramos amigos. Para darse a conocer, comenzó con una conferencia en francés sobre Rimbaud, **Propos sur Rimbaud**, en un bar que se llamaba El Castillo, en la Alameda cerca de la Plaza Baquedano. Los choferes y otras gentes que frecuentaban el lugar deben haberse quedado atónitos cuando vieron llegar a un grupo de literatos que escuchaban a ese joven que hablaba en una lengua extranjera. La conferencia fue publicada en un folleto, pero no bajo el nombre de Subercaseaux sino con el seudónimo Lord Jim, que usó también para una pequeña colección de versos donde había cuando menos un poema con rasgos homosexuales. El conjunto, escrito en francés, se titulaba **Le voyage sans but et sans fin** y circuló en edición restringida y secreta. Su tercera publicación, una crónica a ratos poética, a ratos realista, de un viaje al extremo sur de Chile, **60 degré latitude sud**, fue, según parece, lo último que escribió en francés.

Era un hombre extraordinariamente agradable. Muchas veces me contó sus viajes por Europa y el norte de Africa. Me impresionaba esa tendencia de Benjamín hacia el exotismo y me habría gustado haber hecho esos viajes. Me gustaba también su seudónimo, el hecho de que un aristócrata como él hubiera tomado su nombre de letras de un vagabundo, un personaje desdichado de Joseph Conrad. Más tarde Lord Jim hizo un viaje a Turquía, desde donde me mandó unas postales.

- Hola, Pirata (así me decía).

- Hola, Mincho.

Lo veía algunas veces en un estudio que tenía en el edificio Arizta de la calle Nueva York, entonces la casa más alta de Santiago, donde no había habitaciones sino sólo oficinas. Guardaba allí tapices, máscaras africanas de ésas que se compran en Marruecos o Casablanca, collares, cuadros, una gorra marinera, libros y un pequeño armonio, que por cierto tocaba. Un día que lo fui a ver, me dijo:

- Mira, Pirata, te voy a regalar algo que te va a gustar mucho, pero no lo uses.

Y me dio una pipa para fumar opio, en un precioso estuche de madera. La tuve mucho tiempo sin usar, limitándome a mostrarla a los amigos. Pero cómo le ocurre al que tiene un revólver, que de pronto siente deseos de disparar, pasó que me vinieron ganas de usar esa exótica pipa. Un día conocí a un marinero que vendía tabaco inglés de contrabando y... un pomo de opio, una sustancia como una miel oscura y espesa, con un olor extraño e inolvidable. Le compré el opio en cuarenta pesos, pero como tenía dudas, se lo mostré a un amigo, Renato Valenzuela, escritor de teatro y periodista, que había tenido alguna experiencia con esa droga.

- Sí, es opio- me dijo después de mirarlo y olerlo-. Necesitas una pipa.

- La tengo- le respondí y una noche fuimos Roberto Aldunate y yo a su casa para que nos enseñara a manipular el opio. Me sentía un personaje de Claude Farrère cuando nos tendimos sobre unos cojines y Renato fue amasando bolitas de opio, que ponía en la pequeña hornalla de la pipa y encendía. Nosotros aspirábamos como si nos fuese en ello la vida, pues había que consumir cada bolita con una sola aspiración. Después de cuatro o cinco pipas empecé a sentir que el cuerpo se me alivianaba, como si fuera a levitar. ¿Cuándo llegarían las visitas maravillosas del opio?, pensaba yo. Pero no llegaron. Fue sólo eso y nos levantamos después de diez pipas cada uno.

- ¿No sienten mareo o algo así? -nos preguntó Renato. No

sentíamos nada-. - Lo sentirán cuando salgan al aire.

A medianoche abandonamos la casa de nuestro instructor, que vivía cerca de Bellavista, y nos fuimos caminando por la orilla del río. No hubo mareos ni ninguna clase de malestar, sólo esa efímera e ilusoria pérdida de peso. Y ésa fue mi única experiencia. No sé qué se me hizo la pipa. La perdí con el tiempo. Habría sido una buena cosa, un buen recuerdo de Lord Jim conservarla hoy.

En la conversación de Subercaseaux, como en la de D'Halmar, predominaba una mezcla de fantasía, exotismo y realidad. Benjamín había estudiado psicología en París. Su literatura iba de la poesía a los viajes, de la novela a los ensayos y el análisis de pueblos y de tierras. El más difundido de sus libros fue **Chile o una loca geografía**, cuya primera edición apareció ilustrada con dibujos de su primo el pintor Nemesio Antúnez. Fue un libro con mucha crítica y mucha polémica, un análisis osado y original de nuestra tierra, antichovinista y profundo. Hay en él algunas afirmaciones que no me gustan, que creo que corresponden a una falta de sensibilidad social, pero no se podría dejar de reconocer su calidad y el ejemplo que propuso a los escritores: buscar la realidad del país y mostrarla a través de análisis directos. Otro de sus grandes libros es la novela **Jemmy Button**, sobre una experiencia del capitán Fitzroy en el sur de Chile, esto es en el sur del mundo, con tres indígenas que llevó a Inglaterra para incorporarlos a la ley de Dios y que luego, reconociendo su fracaso, que en este caso consiste en el triunfo del ambiente natal, debió devolver a su lugar de origen. Uno de los personajes bien conseguidos en esa novela tan fantástica como histórica, es el naturalista Charles Darwin.

Finalmente la actividad literaria de Benjamín Subercaseaux -que al parecer recordaba lo de Lord Jim como pecados de juventud- se encarriló hacia la antropología. Escribió libros y dio muchas conferencias. Se le invitó a sustentar algunas en el puerto de San Antonio en la década de los 60. Allá tuvimos largas

conversaciones, después de muchos años en que apenas nos veíamos. Le gustaba que en sus presentaciones públicas le formularan preguntas sobre cualquier tema. Las contestaba de inmediato, mostrando cultura y sabiduría. Recuerdo que un día discutimos.

- Cuando yo vivía en París, como un estudiante pobre...

Me sonó a demagogia y salté:

- ¡Qué estudiante pobre ni qué nada! Cuando llegaste a Chile, hacia el año 30, me mostraste fotograffas de un yatecito que tenías en Francia... ¿Eso es ser estudiante pobre?

- No era mío, Pirata, sino arrendado por un día o dos.

- Y luego tus viajes por Africa.

- Viajes de estudiante pobre, que se sacrifica juntando unos francos, vende sus libros y todo lo demás... Conocí el norte de Africa a fuerza de sacrificios.

Por esos días se había dejado crecer una pequeña barba entre rubia y canosa. Prefiero que me tomen por un viejo joven y no por un joven viejo, me dijo. Era orgulloso y aficionado a llamar la atención. Recuerdo que en un congreso de escritores que celebramos en los 30, dijo a alguien que rebatía sus opiniones: "Soy sicólogo y sé lo que digo", lo que hizo sonreír a muchos, incluso a Manuel Rojas, que estaba presidiendo los debates. A veces se ponía un chamanto campesino y otras un gorro de piel, estilo ruso, más o menos innecesario en Chile. Un tiempo le dio por desplazarse en motocicleta. En fin, de un modo u otro, le cortaba la cola al perro.

En cierta época, Benjamín tuvo preocupaciones religiosas y hasta se convirtió al protestantismo, lo que debe haber disgustado a su aristocrática familia, católica por tradición.

- Me hice protestante en Roma, en las propias barbas del Papa -me dijo riéndose. Fundó una especie de secta llamada algo así como Los discípulos de Emaús y creo que llegó a ser pastor. Después abandonó todo eso, que a mí me dejaba perfectamente frío.

El país le dio una distinción poco común: se le nombró **cónsul vitalicio** por una ley especial -como antes se había hecho con Gabriela Mistral-, que le permitía fijar por sí mismo su sede consular. Pero no fue fácil sacar el proyecto adelante. Hubo parlamentarios a los que costó mucho convencer. Recuerdo que escribí en **Ultima Hora** un artículo de apoyo a Benjamín dirigido a ablandar al senador Maurás, uno de los más empeñados en oponerse. Cuando la ley salió, Benjamín estuvo primero en Grecia, donde escribió páginas muy profundas. Luego quiso acercarse a Chile y se radicó en Mendoza. Salió muy disgustado de esa ciudad porque en la universidad, donde daba algunos cursos, le prohibieron hablar sobre la teoría de la evolución de las especies, igual como hacían los yanquis en tiempos del macartismo. Se trasladó entonces a Tacna, en la frontera de Perú y Chile.

Benjamín Subercaseaux murió el mismo día que Manuel Rojas. Eran dos escritores profundamente diferentes. Como antes habían muerto en un mismo día, otros dos tan distintos como González Vera y Salvador Reyes.

OTROS ESCRITORES. ROBERTO ALDUNATE

Aunque por esos días, absorbido por la literatura y la vida literaria mi interés por la política no era muy intenso, sentía repudio, como una buena parte de los chilenos, por el gobierno dictatorial de Ibáñez. Varios de mis amigos habían sido deportados: El poeta Díaz Casanueva, César Godoy Urrutia, Gerardo Seguel, Roberto Meza Fuentes, Eugenio González, Alberto Romero y otros. En mi calidad de reportero de *El Mercurio*, había visto de cerca toda la farsa que se presentó como el "complot del puente del Maipo", a raíz de la cual algunos amigos fueron a parar a las islas del sur. Incluso durante el viaje que hice a Chiloé en los primeros días de 1931, me tocó compartir el camarote con un abogado -he olvidado su nombre- que iba a la relegación por el inmenso delito de haber defendido ante los tribunales a dos de los acusados. Uno de ellos iba también en ese barco.

Estábamos en Puerto Montt, a bordo de ese barco, el "Inca", que nos iba a llevar a Chiloé, a punto ya de zarpar, cuando un cargador subió con la maleta de este abogado, que no tenía ni siquiera cabina (yo le ofrecí la litera de arriba de la mía), y la dejó en cubierta. El abogado le dio algunos pesos que el cargador se quedó mirando, como sugiriendo que era muy poco. El abogado sacó dos pesos más, se los dio y le dijo:

- Mire, mi amigo, yo no he subido a este barco por mi gusto. Quien debe pagarle su trabajo es el gobierno que me deporta, y

no yo. De todos modos, guárdese esos dos pesos, hasta luego y muchos saludos a su familia.

El hombre se guardó las monedas, lo miró a la cara y le respondió socarrón:

- En su nombre, patrón.

Las islas estaban llenas de deportados que, en Juan Fernández, por ejemplo, tenían que vivir en promiscuidad con los presos comunes. No los dejaban pescar y estaban sometidos a un régimen cuartelario bastante siniestro. Hubo una fuga de cuatro o seis deportados, entre los que se contaba Castor Vilarín, en un bote que acondicionaron en secreto. Se los tragó el mar y nunca más se supo nada de ellos. Los que estaban mejor eran los deportados en Pascua, a pesar de la lejanía. Los naturales los querían, les regalaban caballos y caracoles y nunca les faltó la comida. En Chonchi conocí a un deportado de Ibáñez llamado Ambrosio Montt. Estaba feliz de que hubiera llegado gente de Santiago con quien conversar.

En fin, existía un gran cansancio de ese gobierno, y la oposición creció mucho a raíz del desastre económico provocado por la crisis mundial del capitalismo hacia 1930, que se reflejó brutalmente en Chile. En Estados Unidos se suicidaron algunos inversionistas arruinados y abogados y banqueros hacían cola para un platito de sopa, en pleno Wall Street, pero en Chile el cierre de las oficinas salitreras del norte llenó a Santiago de cesantes, que deambulaban por las calles en busca de un pedazo de pan. A mediados de 1931 la situación hizo crisis y gremios y estudiantes universitarios se levantaron contra el gobierno. Lola, mi novia, era muy aficionada a meterse en los tumultos y todas las tardes tenía que hacer tiempo dentro de mi trabajo periodístico, para ir a rescatarla de los alborotos que se armaban frente a la Universidad de Chile, donde los estudiantes se habían encastillado. Publicaban un periódico, que redactaba el poeta Rojas Giménez, encerrado allí también, y proclamas contra el gobierno que se lanzaban desde las ventanas y que el público se arrebatava.

Los carabineros, armados de unas lanzas que tenían una feroz punta de metal -y al lado de ella una banderita chilena triangular- atacaban a los grupos más exaltados. A fines de julio, una huelga general de brazos caídos, el repudio general a la dictadura militar y su desastrosa política y la situación económica, determinaron la renuncia de Ibáñez y su viaje, entre gallos y media noche, a la Argentina. Los chilenos se abrazaban en las calles de felicidad. Otro país parecía surgir de lo que había sido el oscuro caos ibañista.

Caído Ibáñez, la libertad entró como una racha, como una ventolera que todo lo sacudió. Desde luego, se inició un proceso periodístico y político a la dictadura. Mucha gente tenía cosas que decir. Alberto Romero escribió un libro autobiográfico, **La novela de un perseguido**. Se formó una Asociación de Perseguidos por la Dictadura, de la que muchos se sirvieron para conseguir empleos de gobierno.

- ¿Tú perteneces a la Asociación de Perseguidos por la Dictadura?- le pregunté un día a Roberto Meza Fuentes.

- Sí, pero no ejerzo- me respondió.

Por esos días Meza Fuentes publicó como folletín en **Últimas Noticias**, sus memorias tituladas **Más Afuera, 1929**. En una parte de ellas había algo desagradable para Eugenio González, su compañero de relegación en esa desolada isla: reprochaba Meza Fuentes a Eugenio que hubiera abandonado la barraca en que vivía con los demás deportados para ocupar una pieza en la casa del oficial de carabineros al mando de la dotación. Eugenio González se sintió ofendido, dio su propia interpretación de los hechos y mandó los padrinos a Meza Fuentes, quien no tuvo más remedio que designar a los suyos. ¡Duelo más absurdo no se podía soñar! Un profesor y escritor de categoría contra un poeta de extensa nombradía. Hombres que vivían en la abstracción, en el mundo de las ideas y los sueños, enfrentados en un desaffo. Además, ¿cómo dos ex anarquistas y libertarios podían creer en esa mamarrachada del código del honor? Han pasado muchos

años y todavía no logro explicármelo.

Yo era compañero de trabajo y gran amigo de Meza Fuentes. Todas las noches salíamos juntos y pasábamos largas horas hablando. Sufrí verdadera angustia pensando en el resultado del duelo, no sólo por Meza Fuentes sino también por Eugenio González. Los padrinos de éstos eran Ricardo Latcham y un joven abogado, Víctor Celis. Los que nombró Meza Fuentes, Raúl Silva Castro y el abogado Abel Valdés, ambos redactores de *El Mercurio*. Reunidos los padrinos, tuvieron el tino de someter el asunto a un tribunal que tendría que establecer si, según el famoso código del honor, procedía o no el desaffo. Este tribunal iba a estar formado por tres personas: una nombrada por cada contendor o duelista y una designada por ambos. Roberto Meza eligió a Clemente Díaz, director de *El Mercurio*, y Eugenio González al profesor Pedro León Loyola. Y ambos a Carlos Alberto Martínez, que por esos días era ministro del Trabajo del gobierno provisional que había sucedido al de Ibáñez. Recuerdo que pasé una noche en vela esperando el fallo del tribunal. Este, basándose en que, después de la designación de los padrinos habían seguido produciéndose cargos en la prensa de un contrincante a otro, determinó que no cabía el duelo, de acuerdo con las leyes del así llamado código del honor. ¡Respiramos!

Para suceder a Ibáñez fue elegido un abogado tímido y súper legalista, sin solidez ni respaldo político, don Juan Esteban Montero. No dio ni un solo paso para mantenerse en el poder, que por lo demás no le gustaba, cuando el 4 de junio de 1932 lo derribó la revolución "socialista". Al respecto le oí decir algo muy gracioso, pero que era un verdadero retrato psicológico, a Byron Gigoux, que dirigía *Ultimas Noticias*: Don Juan Esteban no se defendió porque no tenía permiso para cargar armas.

Confieso que el golpe no me entusiasmó gran cosa, porque desde el primer día se vio que no tenía nada de socialista, pero en fin, hubo gran entusiasmo y movilización de masas. La "repúbli-

ca socialista" duró doce días y sucedió un periodo de tres meses de dictadura del periodista Carlos Dávila, quien a partir de su caída se hizo llamar (en Estados Unidos) "ex presidente de Chile". En Nueva York, donde se marchó después de ser desalojado, solía llevar a comer a sus huéspedes a un hotel donde los mozos lo llamaban **His Excellency**.

El gobierno de Dávila no le gustaba a nadie o casi nadie. Todo el mundo conspiraba de algún modo y los que eran sorprendidos iban a parar a las islas del sur. En la Isla de Pascua se hallaban unos cuantos deportados, encabezados por el comodoro Marmaduke Grove. Pablo Neruda, que había regresado poco antes del Asia, redactó una declaración, que no podía publicarse en Chile donde había una estricta censura, pero que circuló en el extranjero, donde numerosos escritores condenábamos a la dictadura davilista.

Todo el mundo repartía proclamas contra Dávila. Yo me conseguí en la Moneda un paquete de sobres con el membrete de la presidencia de la República y en ellos repartí una cincuentena de copias de un poema contra Dávila que había escrito Carlos Barella (entonces no se supo, naturalmente, quién era el autor), una de cuyas estrofas decía:

Y mientras el pueblo se muere de frío
y agoniza de hambre la hija del peón,
tú sigues mintiendo, mintiendo, mintiendo
con tu socialismo de realización.

Nadie podía estar satisfecho de ese gobierno y había infinitos grupos de conspiradores. Se estableció el toque de queda a las 10 de la noche y una vez que me quedé sin cigarros salí y me encontré con un Santiago muerto, absolutamente desierto. Yo tenía pase como periodista, de modo que andaba sin temor. Me encontré con varias "parejas" y patrullas antes de hallar un lugar abierto, en las proximidades de **La Nación**, un bar que segura-

mente había conseguido esa situación excepcional gracias a que era el lugar de refugio de los periodistas del diario oficial. Encontré cigarrillos pero además me encontré a dos amigos que no se conocían entre sí: los poetas Jacobo Danke y Pedro Sienna.

- Hola, Jacobo. ¿Conoces a Pedro Sienna?

Los ojos se le iluminaron.

- ¡Cómo! ¿Usted es Pedro Sienna? Lo conozco y lo admiro desde hace mil años. ¡Qué suerte me ha tocado!

Pasamos esa noche de toque de queda fumando, bebiendo y hablando de poesía.

- ¿Tú tienes salvoconducto? -le pregunté a Pedro cerca de las 4 de la mañana.

-No.

-No importa. Te vas conmigo, yo te paso a dejar.

Vivíamos cerca, más allá de la Avenida Matta, y un taxi nos llevó sin percances.

Creo que el primer periodista que se decidió a publicar un artículo que condenaba abiertamente a la dictadura de Dávila, fue Fernando Orrego Puelma. Supongo que lo deportarían. Era la regla. No lo recuerdo.

Entre los conspiradores más activos había un trío formado por Juan Bautista Rosetti, Pedro León Ugalde, que fuera famoso líder estudiantil, Isaac Echeagaray, que solía escribir artículos en **El Diario Ilustrado**. De pronto, de la noche a la mañana, sin que nadie supiera qué extrañas maniobras mediaron, uno de los miembros del grupo, Rosetti, fue nombrado por Dávila ministro del Trabajo. Ese mismo día o muy poco después, otros de los conspiradores, Ugalde, fue detenido. El sobreviviente Echeagaray se fue de inmediato al ministerio del Trabajo a ver a Rosetti y darle la noticia: había que gestionar rápidamente la liberación de Ugalde. No pudo hablar con él. El ministro estaba demasiado ocupado y no tenía tiempo para recibirlo. Como lo mismo le sucedió en la tarde, desesperado, medio muerto de angustia, se fue en la noche a la puerta de la casa de Rosetti decidido a

esperarlo hasta que regresara. Cerca de las dos de la madrugada se detuvo un auto ministerial y bajó Rosetti. Echegaray se precipitó hacia él.

-¿Sabes que tomaron preso a Pedro León?

El flamante ministro respondió.

-Bien hecho, por dedicarse a conspirar .

Cuando Alberto Romero me contó por esos días esta historia, que había escuchado de labios del propio Echegaray, reflexioné sobre la lealtad de los políticos. Si antes no me gustaban gran cosa, ahora se me volvieron más y más remotos.

Durante el gobierno de Dávila fue asesinado por la policía un maestro primario comunista, el profesor Anabalón. Después de muchos esfuerzos y protestas, su cadáver fue encontrado en el fondo de la bahía de Valparaíso, atado y con un peso a los pies. Lo habían matado para detener la tarea de agitación que desarrollaba en el norte. Este crimen político causó gran conmoción y hubo una fuerte movilización popular cuando Anabalón desapareció y más tarde, cuando fue hallado su cuerpo, para que se castigara a los culpables. El jefe de Investigaciones, responsable de tan brutal asesinato cometido por sus subordinados -se llamaba Rencoret- ingresó años más tarde a la Iglesia, se hizo cura y parece que alcanzó cierta posición en la jerarquía eclesiástica. Naturalmente la leyenda atribuyó esta decisión a su arrepentimiento por la muerte de Anabalón.

Ahora bien, en el norte, Anabalón había trabado gran amistad con Alejandro Gutiérrez, mi compañero de otra época, quien seguramente bajo su influjo había ingresado al muy clandestino Partido Comunista. Después que mataron a Anabalón, el Loco Gutiérrez (todo esto lo supe por Gerardo Seguel y por algunos maestros) quiso ahogar su desesperación desarrollando un intenso trabajo político ilegal, hasta el extremo de que algunos pensaron que era un provocador por la forma tan audaz en que desafiaba a la policía. Pero todo esto no bastó para calmar su de-

sesperación por la muerte de su amado amigo y supimos que Alejandro se había suicidado. Unos dicen que se pegó un tiro, otros que se ahorcó. Ese fue el triste fin de mi compañero en la primera aventura literaria, **El pescador de estrellas**.

Derribado Dávila, vino un período de reajustes constitucionales y el hábil Arturo Alessandri Palma fue elegido presidente a fines de 1932. El famoso León de Tarapacá insistía en que era "el mismo del año 20", pero lo cierto es que la oligarquía le había limado del todo las garras y reducido a cero sus arrestos de antaño. Gobernó con la derecha y para la derecha, en medio de una fuerte oposición y de facultades extraordinarias que pedía al Congreso para librarse de sus adversarios políticos. Estuvo en la Moneda hasta 1938, cuando un vigoroso movimiento que se llamó Frente Popular eligió para reemplazarlo al maestro Pedro Aguirre Cerda sobre el candidato oficialista, el banquero Gustavo Ross.

Poco después de la caída de Ibáñez llegó a Santiago, invitado no sé por quién, Ramón Gómez de la Serna. Bajó del avión sin sombrero, cuando aún el sin sombrero no prendía en Chile: en el invierno todos usábamos un "calañé" y en el verano una "coliza" de paja, como las que lucía en sus películas Maurice Chevalier. En la mano llevaba un rollo de tela que cuidaba mucho: el retrato cubista que le había pintado Diego Rivera.

Gómez de la Serna tenía mucha fama en Chile. Sus novelas, sus biografías, sus greguerías se conocían bastante, así como sus continuas originalidades. ¿Quién no sabía que había dado una conferencia sentado en el trapecio de un circo? Los escritores y más que ellos los snobs, lo festejaron. Yo asistí a una de sus conferencias, en que habló sobre los "medios seres", invento suyo, e ilustró a estas personas presentándose con su ropa dividida verticalmente: la mitad blanca y la mitad negra. Confieso que no me gustó mucho la parte circense, pero hablaba con gracia y humor. Siempre he creído que es uno de los mejores

escritores españoles contemporáneos.

Entre los festejos que se le ofrecieron en Santiago hubo un almuerzo al que lo invitó un grupo de médicos y que Gómez de la Serna tuvo la debilidad de aceptar. (Se me ocurre que entre los organizadores del festejo debe haber estado Juan Marín, que no sólo era escritor sino médico, aviador y otras cosas). Fueron a buscarlo al hotel algunos doctores con sus delantales, las mascarillas, y los gorritos blancos que se ponen para operar, lo tendieron en una camilla, lo metieron en una ambulancia y lo llevaron a comer en la sala de operaciones de un hospital. En la mesa, el vino esperaba en probetas de laboratorio y los cuchillos eran bisturíes.

En su tertulia del café de Pombo, en Madrid, Ramón solía hacer bromas originales a sus huéspedes. Tomás Lago me habló con indignación de esta falta de respeto de los médicos chilenos. Lo cierto es que éstos frieron a Ramón en su propio aceite.

Otros escritores extranjeros a quienes conocí por esos días fueron el poeta peruano Alberto Hidalgo, el dramaturgo norteamericano Ben Hecht, autor de "Scarface", entre otros sensacionales argumentos de películas; al escritor viajero Paul Morand, que venía de Argentina y escribió después su libro *Aire Indio*, y a Waldo Frank, profundamente interesado en asuntos latinoamericanos. A este último le ofrecimos una comida en el restorán La Trinchera, que organizaron Vicente Huidobro y Julio Walton. Para *El Mercurio* entrevisté, muy de paso -él siempre parecía de paso- a Paul Morand y a Ben Hecht. En esta última conversación me acompañó como intérprete un poeta nicaragüense que vivió y murió aquí: Miguel Angel Rivas. A Hidalgo le dimos una cena en la Quinta Normal. Después, algunos comensales decidieron mostrarle algunos lugares santiaguinos de mala vida y en uno de ellos apareció de pronto un matón armado de un afilado cuchillo y les cortó las corbatas a todos los escritores, sin excluir al festejado, dejándoles sólo el nudo.

Quando Lola y yo nos casamos, a fines de 1932, nos pusimos a buscar un lugar donde vivir. Yo llegaba en la tarde a El Mercurio y le pedía a la empleada que recibía los avisos económicos que me dejara ver los que ofrecían casas en arriendo. Los leía, pues, horas antes que se publicaran y en caso de que algo me conviniera, podía ir temprano a la mañana siguiente. Así fue como encontramos ese departamento de dos dormitorios en Inés Matte, una callecita corta que daba a Bellavista, no muy lejos de Zig Zag, donde yo también trabajaba, y en las proximidades del cerro San Cristóbal. Era una casita de dos pisos: el de abajo, al parecer una *garçoniere* de gentes a quienes jamás vimos.

Por debajo de la casa pasaba un siniestro canal de unos cuatro metros de ancho, que corría a tajo abierto, sin ninguna protección para la gente. Desde la ventana del comedor o del dormitorio veíamos las aguas chocolatosas, a la orilla de las cuales, al otro lado de la calle, se alzaban pequeñas viviendas y rancherías. Yo no sé cómo no se caían a cada rato los niños de esos pobladores. El canal arrastraba toda clase de cosas: ramas, basuras, animales muertos, perros, gallinas... Un día vimos un pato que se deslizaba alegremente por las aguas. Otra vez traté de salvar a un perro al que arrastraba la corriente, pero no fue posible: el agua se lo llevó. Para nosotros, el canal ofrecía cierta ventaja: la basura de la casa se tiraba desde la ventana de la cocina, sin intermediarios.

Más de una vez, de las aguas habían sacado cadáveres de ahogados o asesinados y llegaban jueces y policías a reconstruir los crímenes. Esto constituía verdaderas fiestas para los vecinos, que seguíamos todos los detalles del proceso. No muy lejos de allí, en las faldas mismas del cerro, en una población de trabajadores gráficos, en casas estandarizadas, vivían algunos amigos nuestros, como Roberto Meza Fuentes con su esposa Clarita Kogan, Aníbal Alvial y otros.

Por las noches no era, indudablemente, un lugar muy seguro y había que tomar precauciones. Yo, como buen periodista, llegaba tarde. De día era alegre, con sol, buen aire y reconstruc-

ciones de crímenes... Un día estábamos almorzando con los Mori cuando se oyeron gritos, al otro lado, en las rancherías: iba un cadáver por el canal. Todos corrimos a la ventana a mirar. ¿Todos? No, miré para atrás y vi a Maruja comiéndose una albóndiga del plato de Camilo. Me pareció raro, pero luego me olvidé de eso. Años más tarde, Camilo me explicó riéndose que una de las cosas que jamás pudo comer eran las albóndigas y que entonces, para "salvarlo", mientras nosotros corríamos a ver al muerto, Maruja se había comido la de su plato.

A esa casita de Inés Matte iban a veces algunos amigos: Fernando Santiván, Luis Durand, que me gustaba por su carácter ingenuo y su torpeza miope. En un libro de memorias que escribió años más tarde dice que yo cambié mucho desde que volví de España y me interesé en la política. Pero está equivocado: los que cambiaron fueron mis intereses, mi espacio de acción, no mi carácter. Yo sí podría decir con toda propiedad que soy el mismo del año 20...

Iban también a nuestra casita, muy a menudo, el pintor Arturo Pacheco Altamirano y su mujer, Juanita, a veces Pedro Sienna y Victorino.

Victorino, que se llamaba Víctor Bianchi Gundián, era hermano de un diplomático e hijo de un famoso ministro de la Corte de Apelaciones. Era muy inteligente y su capacidad se proyectaba hacia donde él quisiera llevarla. Buen dibujante, periodista, caricaturista con mucha gracia, bailarín (había estudiado con un miembro del conjunto de Anna Pavlova que se quedó en Chile), todo lo sabía hacer y lo hacía bien. Durante varios años se dedicó a trabajos relacionados con la tierra, bosques, montes, praderas. Cuando Pablo Neruda tuvo que salir de Chile clandestinamente, en tiempos de González Videla, a caballo, por misteriosos boquetes cordilleranos, Victoriano fue uno de los guías del viaje. A fines de los años 60 lo vi por última vez en Antofagasta, donde se había radicado. En pocas horas de conversación con él supe más sobre el desierto que si hubiera leído diez libros. Murió

trágicamente en un accidente de carretera, mientras andaba trabajando por la reforma universitaria que empezó a ser realidad en 1968.

Era también a veces nuestro huésped Roberto Aldunate. Roberto había abandonado, sin titularse, la carrera de leyes, absorbido por el periodismo. Luego dio los exámenes finales y se convirtió en flamante abogado. Era hombre de una sólida cultura y leña muchísimo. En esos días era soltero y tenía gran partido entre las mujeres, de las cuales a veces debía defenderse. Tenía en los ojos hundidos algo extraño, no sé qué. Daniel de la Vega habló una vez en una crónica de "los ojos de bebedor de láudano" de Roberto Aldunate. Claro que no bebía láudano ni nada de eso. Acaso una copa de vino o un licor que servían en el casino de **El Mercurio**, más sobre hielo machacado, que se llamaba "carabanchel frappé". Era nuestro "bajativo" después de las comidas, que a veces se volvían tan estruendosas y demolidoras que no quedaban ni un vaso ni un plato enteros.

Era un hombre de temperamento tranquilo. Rara vez se exaltaba. Todo el mundo lo apreciaba mucho en el diario y en el ambiente del teatro. Sus críticas eran como él: nunca aplastantes ni colmadas de elogios, sino serenas, medidas, valorando lo bueno, señalando lo malo, sin exclamaciones de entusiasmo ni alaridos de indignación. En eso era bastante diferente de otras gentes que escribían sobre teatro -no creo que se les pudiera llamar críticos- que acostumbraban dar terribles "palos" y se dejaban llevar por simpatías y antipatías. A Nathanael Yáñez Silva, por ejemplo, los de la compañía de Alejandro Flores no lo podían ver y cada que se presentaba la oportunidad, alguno de los actores lo ridiculizaba. Rafael Frontaura hizo una vez el papel de oficial del registro civil y habló todo el tiempo con una especie de seseo que era característico de Yáñez Silva. Todo el mundo se dio cuenta de la pesada broma al viejo y espectacular periodista, a quien llamaban "don Nata". A Aldunate nunca le ocurrió nada semejante.

Ligamos a Aldunate con algunos amigos nuestros y la vida pareció ser mejor, más alegre e interesante. Cuando Lola y yo nos fuimos a España, le dejé un poder y fue mi apoderado. Naturalmente yo no tenía ni un centavo que Roberto pudiera administrar. Pero en fin, él cobraba un pequeño sueldo que me daba el diario por mis colaboraciones desde Madrid y de vez en cuando me mandaba un giro, que siempre llegaba a tiempo para sacarnos de nuestros eternos apuros. Sostuve, pues, con él, por amistad más que todo, correspondencia constante. Nunca perdimos la amistad, ni siquiera en épocas de profundas diferencias políticas.

Vivimos, pues, en esa casita de Inés Matte, hasta marzo de 1934 en que nos fuimos a España.

EL TRABAJO LITERARIO

Cuando me pregunto qué pensaba de la literatura en aquella época juvenil y precipitada, me pongo en aprietos a mí mismo, porque me es difícil encontrar una respuesta adecuada. No puedo jactarme de que me interrogara alguna vez para qué y para quién escribía. Lo hacía por un impulso natural y una vez que producía algo, quería verlo publicado, con urgencia propia de la juventud. (Andando los años, la publicación dejó de preocuparme: escribía libros y echaba los originales en un cajón.) ¿El lector? No creo que me importara gran cosa y ni siquiera pensaba en él. Confieso que me interesaba lo que opinarían de mis escritos los compañeros de letras y los críticos. Ya he contado que me produjo un choque aquello que escribió Alone: "con prólogo en influencia de Salvador Reyes". Como vi ese suplemento dominical de *La Nación* tres días antes que se publicara, pues Manuel Eduardo Hübner lo llevó a casa de Salvador Reyes, habría dado no sé qué porque el domingo no apareciera.

No tenía tampoco un pensamiento muy claro sobre lo que quería hacer. Pretendía tal vez que mis cuentos reflejaran la vida y la conducta de ciertas personas. ¿De cuáles? Las novelas de los criollistas que intentaban penetrar en la sicología de los campesinos, de Ño Peiro o de María del Carmen, no me convencían, en general. En cambio ¿por qué me gustaban aquellas obras de Gorki en que hablaba de las brutalidades entre los aldeanos de Nijni Novgorod, o las páginas de Panait Istrati sobre los pesca-

dores de esponjas o, finalmente, los cuentos de Baldomero Lillo sobre el dolor colectivo de los mineros del carbón? Creo que la primera novela en que fueron tratados en Chile, no ya los enredos psicológicos sino los problemas sociales y económicos de los campesinos fue **Tierra fugitiva**, de Manuel Guerrero, publicada un cuarto de siglo más tarde.

Quizás sin saberlo yo mismo, tenía entre manos un problema y era el de que no me atraía la realidad cotidiana, lo que ocurría en mi propio contorno, ni me llamaban la atención como personajes literarios mis vecinos de la calle Maruri o las niñas del lado de mi casa en la calle Vergara. No, yo buscaba tipos en sectores de gentes raras, lejanas, exóticas, a veces inaccesibles. El cuento más comentado de mi primer libro se titula "Al punto mayor" y se basa en una mujer hermosa pero que carga con una especie de fatalidad que aleja de ella a los hombres. Un capitán mercante la embarca en su nave y luego la deja abandonada en su cabina. Dos marineros la salvan de un naufragio y se la juegan a los dados, pero el ganador igualmente la abandona antes de conocerla, de conocerla en el sentido bíblico. ¿Por qué le ocurre eso? Ah, no me lo pregunten porque no lo sé. La cosa es así y se acabó. Otros de los personajes de mis cuentos de esa época eran gitanos, piratas, marineros, vagabundos, fumadores de opio y gentes así, a quienes indudablemente yo no conocí. Gentes que inventé. Todo menos personas comunes de las que nos encontramos en la calle a cada momento.

¿Y era esto sincero? Por cierto que sí. Yo creía decididamente en ese mundo y si no me incorporé a él fue quizás por falta de valor, porque las amarras del medio son demasiado fuertes. Una mañana salió en la sección Día a Día de **El Mercurio** un articulillo en el que el autor se deshacía en elogios a un congreso de vagabundos que iba a realizarse en no recuerdo qué lugar de Europa y se lamentaba de no poder asistir por falta de dinero para el pasaje.

- Eso lo escribiste tú- me dijo Hernán del Solar.

No llevaba mi firma, pero tuve que reconocer mi paternidad, que había descubierto Hernán no por el estilo sino por el carácter de lo que se decía.

En cuanto al estilo, creo que carecía de una preocupación seria, como la tienen los jóvenes de hoy. Aún no se hablaba de la corriente de conciencia, a Freud lo habían leído sólo algunos médicos, Faulkner no había sido traducido, que supiéramos. Lo primero que leí de él fue una novela corta, **Todos los aviadores muertos**, en la **Revista de Occidente**, en Madrid, hacia 1935. A Freud lo leí durante los meses de una larga enfermedad, en 1938. Y a Joyce muchos años después. Lo que en la poesía había constituido un problema, buscar la originalidad a base de imágenes audaces, en la prosa se limitó simplemente a procurar una expresión correcta, adecuada y fresca, evitar las larguísima descripciones de los criollistas, pintar el paisaje con cuatro pinceladas y retratar a los hombres a través de sus acciones. Un poco de poesía distribuida en la expresión no estaba de más. Gabriela Mistral dijo, comentando un libro mío, que la poesía no podía estar ausente en las narraciones contemporáneas.

¿Cree tal vez que el fin último de la literatura era proporcionar ese momento de encanto, de distracción y de olvido que el hombre parece necesitar? ¿Lo que le da el teatro, el cine y hoy la televisión? Es posible que fuera así hasta que comprendí, unos pocos años más tarde, que el escritor tiene algunos deberes con la gente, debe influir de algún modo en su conducta, dejar un testimonio de su tiempo. Lo comprendí de una manera dura, a palos, por la fuerza, cuando vi caer en Madrid las bombas franquistas sobre las mujeres que hacían cola en las puertas de las panaderías.

En 1940, tres años después de haber regresado de Madrid, la editorial Zig Zag publicó mi libro **Viejos relatos**, donde junté dos libros, **La niña de la prisión** y **Luces en la isla**, otras novelas **cartas**, **La evasión** y **La expedición maravillosa**, a una serie de

cuentos no contenidos en libros, como quien dice, todo lo "imaginista". Fue como una especie de despedida a una época a la cual la dureza del mundo había puesto fin. Cosa curiosa: Zig Zag, veintiocho años más tarde, en 1968, reeditó **Viejos relatos**. ¿Por qué? Me imagino que se trataba de tener algo que ofrecer, una muestra de lo que fue el "imaginismo", a los estudiantes, o algo así.

Yo no sé qué quedará, qué va a quedar de eso, lo mío y lo de los demás, si es que el viento no se lo lleva todo. Si se miran las cosas históricamente, los criollistas sostuvieron un movimiento importante, una literatura en la cual, nos gustaran o no sus fatigosas descripciones, estaba un sector de Chile, el campo, su cielo, su flora, su fauna y también, parcialmente, sus hombres.

Digo parcialmente porque su vida social, sus terribles problemas económicos, su miseria y su opresión, las instituciones creadas para aprovecharse de su trabajo no les interesaron gran cosa a los criollistas.

Y más o menos lo comprendo si se piensa que durante mucho tiempo se creyó que una cosa es la literatura y otra es la política. Mentira. La política es tan parte de la vida como el amor o como cualquiera de los otros temas que elegían entonces los novelistas. La novela chilena está llena de ejemplos de ellos, a partir del propio Blest Gana. Lo que no les gusta a ciertos críticos, si es que podemos llamar así a todos lo que escriben sobre libros en los diarios, es determinada política, la política del pueblo o de la izquierda, si se prefiere llamarla así. Y si hablamos de poesía, el ejemplo de Pablo Neruda, al que algunos consideran como el más importante poeta de la lengua en el siglo, es una respuesta bastante elocuente.

Y a propósito de descripciones literarias, tengo una buena anécdota que contar. Creo que fue durante un paseo a la costa central que hicimos Salvador Reyes, Hernán del Solar y yo, cuando nos encontramos en Llo-Lleo con Mariano Latorre, que estaba allí como huésped de un amigo común, Lisandro Santeli-

ces. Iba Mariano conmigo por un camino rural cuando de pronto vio en el suelo a un insecto de una especie que al parecer no conocía. Se inclinó a mirarlo, estuvo unos minutos observándolo y luego sacó una libreta del bolsillo e hizo algunas anotaciones. No sé, es posible que la descripción de ese bichito haya ocupado más tarde un par de páginas entomológicas en alguno de sus relatos.

Ya por esos años algunos escritores habían adoptado en política actitudes militantes. No me refiero a los anarquistas, desde luego, que lucharon unos años antes. En 1920 el poeta Domingo Gómez Rojas murió en la Casa de Orates, después de un brutal encarcelamiento en un proceso llamado de los "subversivos". González Vera, Manuel Rojas, Meza Fuentes, Eugenio González y otros habían tenido su parte en la agitación que alcanzó su auge el año 20. Hablo más bien de la política organizada. Gerardo Seguel, después de su regreso de España, a fines de 1931, ingresó en el Partido Comunista. Julio Walton, que tenía una pequeña librería en la calle Teatinos, vendía libros marxistas, muy escasos entonces, textos soviéticos, revistas de vanguardia política y literaria y otros materiales. Yo era amigo de Julio, que había llegado de Valparaíso, y ciertas noches iba a verlo a su casa, allende la Avenida Matta, que siempre estaba llena de amigos, poetas, pintores, artistas. Su mujer, fuerte y recia, era capaz de hacer comida para todos. Julio se jactaba de que el mismo día que ella daba a luz a un hijo, en la noche estaba lavando los platos.

Pero puede decirse que fue unos pocos años más tarde, en los días del Frente Popular, cuando una buena cantidad de escritores, encabezados por Neruda, Cruchaga y otros, ingresó en los partidos marxistas y empezaron a luchar organizadamente desde las filas de la Alianza de Intelectuales.

Otro de los grandes amigos de mi juventud fue González Vera, a quien siempre quise y respeté. Después de trabajar en una peletería, decidió hacerse comerciante independiente. Como

buen anarquista, prefería no tener patronos. En esa época los anarquistas procuraban ser zapateros, carpinteros, plomeros, desempeñar, en fin, oficios en los que nadie les diera órdenes. González Vera se jactaba de haber sido, cuando muchacho, lustrabotas en el Club de Septiembre. Solíamos encontrarnos en cafés del centro a la hora de once, sagrada para los chilenos.

Una mañana, a poco de iniciar sus actividades de vendedor independiente, fue a verme a la Empresa Letras, donde yo trabajaba. Llevaba un portafolios bastante abultado.

- Me han dicho que se casa. ¿Es cierto? -Le respondí que sí, a pesar de que yo no había dado la noticia a mucha gente. Entonces quizás le interese comprar cosas de las que traigo aquí.

Y sacó de su portafolios algunas piezas de cuchillería. Le compré, baratísimos, seis portacubiertos, unos pequeños artefactos de metal que se usaban en esa época, para apoyar las puntas de los cuchillos y tenedores entre plato y plato. No deja de ser ridículo pero antes de pensar en camas y sillas, la primera adquisición prematrimonial fue esa media docena de portacubiertos. Cuando se los mostré a Lola, casi se murió de la risa.

- Hoy me he ganado seis pesos- me dijo González marchándose muy contento del "negocio"- . Estoy muy satisfecho.

Así eran los anarquistas chilenos, empeñados en repudiar la política en bloque, como tal, pero honestos hasta la pared del frente. Así vi siempre a González Vera y a otro escritor de origen anarquista, de quien fui buen amigo: Manuel Rojas. En los días que publicó *El delincuente*, que me parece que fue su primer libro de cuentos, era un hombrón de pelo tieso y unas anchas cejas negras que Georges Sauré destacó mucho en un dibujo que le hizo. Pero esas cejas, no sé por qué, desaparecieron. Las últimas veces que lo vi me dieron deseos de preguntarle: Manuel, ¿qué se te hicieron las cejas?

Los días sábados solíamos reunirnos a comer en restaurantes curiosos como Las tres B, en las proximidades del Matadero, la

Posada del Corregidor u otros, algunos amigos, escritores, gente de prensa, artistas. Entre los que acudían recuerdo a Esteban Rivadeneira, la cantante Lila Cerda, Vicente Huidobro y su mujer, Ximena; Pilo Yáñez, que más tarde publicó algunos impactantes libros con el seudónimo Juan Emar, y la suya; Salvador Reyes e Inés, Valentina Ruiz y otras personas.

Al final del año, a Huidobro se le ocurrió, a la usanza francesa, celebrar el aniversario del armisticio de la Primera Guerra Mundial, el 11 de noviembre, y los que organizaron la cena tuvieron la peregrina idea de elegir un restorán alemán de la calle Esmeralda. Las canciones que cantamos, algunas caricaturas de Victorino que colocamos en la pared y el ambiente en general de esa celebración disgustaron a los dueños del restorán. Después de comer, nos dedicamos a bailar en el patio, entre muchas otras parejas. A los alemanes se les ocurrió que uno de nuestros compañeros bailaba apretando demasiado a su pareja, su esposa, cosa que en ese restorán "decente" no podía hacerse. Fue esto tan ridículo que todas las parejas de nuestro grupo se dedicaron a bailar separadas lo menos por un metro, como en los vales vieneses que se ven en las películas cursis. Entonces los alemanes, después de un altercado, optaron por echarnos, lo que nos causó la indignación que puede comprenderse. Salimos profiriendo insultos a gritos contra esas gentes. En el fondo, lo que les había disgustado era que se celebrara el armisticio, el aniversario de su derrota.

La empresa editora Zig Zag fundó una revista cinematográfica de gran formato, que se llamó Ecrán y que iba a tener simultáneamente dos directores: uno en Hollywood, Carlos Borcosque, y otro en Santiago, Roberto Aldunate, que me llamo a colaborar como secretario de redacción. La revista funcionaba bien, salvo cuando el correo aéreo se atrasaba y no llegaba el material de Hollywood. Era preciso inventarlo, escribirlo como si hubiera sido elaborado allá, cosa nada fácil porque Borcosque,

que había dirigido algunas películas, vivía en Los Angeles desde largos años, conocía muy bien el ambiente hollywoodense, era amigo de los artistas y hablaba de todo eso en sus artículos dejando una sensación de seguridad y familiaridad. Era difícil, pues, imitarlo.

Yo hacía varias secciones en la revista, entre otras una de poesía, en la que se daba cabida a poetas jóvenes que se iniciaban y no tenían dónde publicar. Allí se dieron a conocer no pocos escritores y no se crea que gentes del montón. Nicomedes Guzmán y Victoriano Vicario, entre otros, solían decir que sus primeros versos publicados lo fueron en *Ecrán*. Después, le encargamos a Meza Fuentes que hiciera una selección de poetas nacionales y extranjeros y juraría que la primera vez que apareció en Chile el nombre de Federico García Lorca fue en esa revista, al pie de uno de sus romances.

Años más tarde yo dirigí un tiempo *Ecrán*, pero a disgusto y bajo controles que no me agradaban nada. Pero en fin, uno tiene que comer. Mi colaborador más íntimo fue Reinaldo Lomboy, autor de varios libros. Precocemente, a los 16, había escrito una bella novela breve, **Cuando maduran las espigas**, que se publicó en la colección *Lectura Selecta*, de Gallay. Trabajábamos juntos cuando me dijo que quería ir al sur, a Lonquimay, para recoger materiales sobre la matanza de campesinos perpetrada cuatro o cinco años antes. "Claro que necesitaría prolongar un poquito más mis vacaciones", me dijo. Prolóngalas todo lo que sea necesario", le respondí. De ese viaje nació ese libro rico, macizo y emocionante que se llama **Ránquil**.

Ni a Lomboy ni a mí nos gustaba ese *Ecrán* que hacíamos y el dueño de la empresa, don Gustavo Helfan, jamás consiguió, a pesar de que me lo dijo varias veces, que pusiera mi nombre como director. Pero la cosa tenía también lados divertidos: por ejemplo una colaboradora que inventamos y que se llamaba Malva Valery. Escribía elogios sobre los artistas de cine más famosos de la época, como Charles Boyer, Clark Gable, Gary Cooper. Llegó

a ser una figura popular en la revista y a veces Malva Valery recibió hasta cartas de amor de jóvenes que no sabían que esa señora no existía y que una semana escribía el artículo de Malva Lomboy y la otra yo. Otra bonita fue la que hicimos una vez en que *Ecrán* salía el 28 de diciembre, día de los inocentes, en que la prensa acostumbraba a publicar informaciones falsas para impresionar a los lectores. Acompañada de una fotografía trucada, publicamos una amplia información sobre el matrimonio de Boris Karlof con Greta Garbo. Inútil decir que se recibieron cientos de llamados de gentes que querían saber más y que hasta el propio gerente de la empresa Zig Zag se engañó con ese matrimonio imposible.

En 1933 trabajé también en una editorial, la empresa Letras, que fundó y dirigió Amanda Labarca y que dio cierto impulso a la publicación de libros chilenos. La directora (que era inversionista junto a Agustín Edwards Mc. Clure y otras personas) me escuchaba bastante, a pesar de mi juventud, y así lo hizo cuando le propuse la creación de una colección a la que llamamos Cuadernos de Poesía, para agregarse a la serie de novelistas chilenos y a otras. Estos cuadernos se iniciaron con *Palabras de amor*, de Roberto Meza Fuentes y *Afán del corazón*, de Angel Cruchaga Santa María.

Pero yo tenía un plan secreto y sin decirle nada a nadie, me fui una mañana a ver a Pablo Neruda, que trabajaba en la biblioteca del Ministerio del Trabajo, y le propuse que publicara en esos cuadernos un libro inédito, *El hondero entusiasta*, que yo sabía que existía, escrito entre *Crepusculario* y los *Veinte Poemas de Amor*. Se había negado a editarlo porque reconocía en él, según lo explicó en el prólogo, una fuerte influencia del poeta uruguayo Carlos Sabat Erceasty. Al principio me dijo que no, pero volví a hablarle y a insistir "con cansada insistencia". Un día llegué triunfante con los originales a la editorial. No quiero decir que de todos modos, tarde o temprano, ese libro no habría tenido que

salir a la luz. Claro que sí. Pero tengo cierta razón para sentirme orgulloso de haber convencido al poeta.

Creo que fue Letras la primera editorial que pagó por un prólogo en Chile. Quien lo escribió, Antonio Acevedo Hernández, para la novela *Timor*, de Manuel Astica Fuentes, profesor y uno de los dirigentes de los marinos sublevados en 1931, se asombró mucho cuando se le dio un cheque por su trabajo.

La editorial publicaba también una revista, *Lecturas*, dirigida por Amanda Labarca y en la que yo trabajaba como secretario de redacción. Era una publicación quincenal, entre literaria y magazinesca. Publicamos cuentos de Lord Dunsany, de D'Halmar y unos recuerdos de infancia de Guillermo Labarca Hubertson, que después de escribir una hermosa novela, *Mirando al océano*, se dejó tragar por la política y enmudeció como narrador. Cuando lo nombraron alcalde de Santiago, pensó en un escritor para secretario. Y según me contó Amanda, los candidatos que tenía en mente éramos Roberto Meza Fuentes y yo. Se decidió por Roberto, lo que sin duda fue una buena cosa para mí. Publicamos también en *Lecturas* cuentos de Apollinaire traducidos por Adriana Ponce, dibujos de Laura Rodig, fotografías de La Hitte y relatos de autores que comenzaban, como Enrique Bunster y otros.

Más tarde, al terminarse las actividades de la editorial, algunos amigos y yo continuamos la publicación de *Lecturas*, bajo mi dirección y cargándola un poquito a la izquierda. Me ayudaron de un modo increíblemente generoso los hermanos Aníbal y Lautaro Alvial, que eran excelentes grabadores. No teníamos dinero para mandar a hacer los clichés, de modo que los grabados en linóleo de los Alvial, que eran dos mellizos de trato encantador, nos venían de perilla. Uno de los méritos de esta revista es haber acogido y publicado el primer recio cuento de Francisco Coloane, "Hombres, caballos, perros", que me fue enviado desde Punta Arenas por Juan Marín, y que había sido premiado en un concurso regional. Ciertamente yo conocía a Pancho Coloane,

pero no como escritor. En 1930 habíamos sido compañeros de profesión y nos tocó reportear juntos, él para **Ultimas Noticias**, yo para **El Mercurio**, el famoso "complot" del puente del Maipo.

HACER MALETAS

Como reportero de educación, toda las tardes me daba una vuelta por el ministerio del ramo, donde tenía algunos amigos. A veces conversaba con el subsecretario, don Enrique Bahamondes, que era un lector apasionado pero no leía a autores chilenos. Un día le dije: "Don Enrique, hay muchos libros chilenos que usted debería leer, Neruda, Huidobro..." Me respondió que él leía sin ningún otro interés que el de distraerse después de su pesado trabajo burocrático y que no tenía interés en conocer esta literatura o la otra. Bueno, me dije, allá él. Don Enrique llegó a tener un cargo muy importante en la burocracia: Contralor General de la República y tengo entendido que fue un cumplido y honesto funcionario.

En el ministerio, a veces había noticias y otras no. Con Luis Henríquez Acevedo, que era el reportero de **La Nación**, solíamos cambiar informaciones. Un día, el funcionario que atendía a los periodistas, Julio Arriagada Augier, me dijo:

- Ahora sí que hay una noticia y puede ser muy interesante para ti: becas de la República Española para un periodista y para un pintor.

Ya lo creo que era interesante y empecé a juntar antecedentes para presentarlos al Ministerio de Educación, que fallaría en concurso público. Nos presentamos, pues, unos cuantos periodistas y no sé cuántos pintores. Yo tenía dos competidores serios: Marta Brunet, escritora consagrada y en esos días directora de la

revista **Familia**, de **Zig Zag**, y Eleazar Vergara, que aunque no era propiamente periodista sino agente de avisos del diario oficialista **La Nación**, vivía inmerso en el ambiente de los literatos y la gente de prensa. El peligro provenía de que antes había sido secretario privado del Presidente, don Arturo Alessandri.

El ministerio me eligió y cuando la noticia me fue comunicada, estuve a punto de gritar de alegría. Me fui donde Lola y le dije: Listo, nos vamos a España.

Pero surgieron dificultades cuando desde la Moneda se ordenó paralizar todo lo referente a la beca. Aunque se trataba de un asunto insignificante, de una beca muy modesta de 300 pesetas mensuales, sin derecho a pasajes, el Presidente quería favorecer a su ex-secretario, mientras yo iba tomando poco a poco mala fama política, esto es, fama de izquierdista. Pero todo el mundo sabía ya que el ganador en el concurso público era yo.

Una tarde, al llegar como siempre al Ministerio, en busca de noticias, Arriagada me dijo:

- Prepárate. El Ministro quiere hablar contigo por lo de la beca... Piensa bien lo que vas a decirle.

Don Domingo Durán, el ministro, me dijo más o menos: Quiero pedirle que renuncie a esa beca. Yo le prometo conseguirle más adelante un buen trabajo en Europa en las oficinas del Salitre. Le respondí que no tenía nada que ver con el salitre, que había ganado la beca en un concurso público de antecedentes y que haría uso de ella. Me suplicó. Que cómo, por un asunto tan poco importante iba a verse obligado a renunciar, porque el Presidente estaba empeñado en favorecer a Eleazar Vergara.

¿Qué puede hacer uno en un caso así? La verdad es que me dio pena ver a un hombre viejo rogándome de esa manera y le dije que sí, que renunciaba, que se quedara tranquilo.

Había tenido algún trato con este caballero, que una vez dijo en un discurso, yo creo que demagógicamente, que había nacido en una carreta. Era ministro de Educación y Justicia, ministerios

que yo no sé por qué misteriosa razón iban en ese tiempo juntos, servidos por la misma persona. Una noche llegamos Luis Henríquez Acevedo y yo a su despacho cuando don Domingo Durán salía.

- ¿Se va, ministro?

- Sí, voy a hacer una visita sorpresiva a la cárcel pública.

¿Quieren acompañarme?

Ya lo creo que queríamos. Visitamos con él algunas salas y celdas y confieso que fue algo horrible y vomitivo. Quince o veinte presos se aglomeraban en un calabozo no muy grande, que hedía. En una esquina, los excrementos formaban montón. Salimos asqueados de la visita, dispuestos los periodistas a escribir sobre esas miserias. Al retirarnos, el ministro le dijo al alcaide:

- Pase mañana por mi despacho. Voy a destinar una suma para que se compren bacinicas.

¡Toda una solución!

El asunto de la beca seguía parado, porque, a pesar de mi carta de renuncia, que le entregué a don Domingo Durán, no se nombraba a Eleazar Vergara. ¿Qué estaría pasando? Un día Lola, mi mujer, y yo nos encontramos en la calle con Daniel Schweitzer, a quien ella había conocido en París, y nos detuvimos a hablar con él. Lola le contó el asunto de la beca y Schweitzer, abogado famoso, escuchó con atención.

- ¿Pero usted renunció? -me dijo- ¿Por escrito?

- Sí, me vi obligado a hacerlo.

- Entonces, despídanse de la beca- fue su sentencia.

Sin embargo, las cosas no fueron como las quería el Presidente. Un grupo de periodistas y escritores -sin que yo lo promoviera porque la verdad es que ya me había sacado de la mente el asunto del viaje a España- envió una petición a don Arturo Alessandri: que se hiciera justicia. Hubo publicaciones en los diarios y un poco de alboroto, cosas que deben haber molestado a don Arturo. Un día Julio Arriagada me llamó al ministerio y me dijo que todo

estaba arreglado, que se había comunicado a España que el periodista designado era yo. Comenzamos a preparar el viaje.

Desde luego necesitábamos dinero para pagar los pasajes a España. Hay un hombre, le dije a Lola, que ha embarcado gratis los menos a media docena de escritores. Vamos a verlo. Se trataba del viejo poeta Zoilo Escobar, de Valparaíso, ácrata en su juventud, funcionario en esos días de Aduanas o de la Capitanía del Puerto, no estoy seguro, pero sí de que tenía mucha relación con los barcos mercantes. Bohemio, gran amigo de los escritores, los de Santiago cuando llegaban al puerto encontraban inmediato refugio en su casa o en los bares donde el viejo Zoilo concurría, aunque sólo bebía refrescos.

Había escrito versos muy combativos, entre otros un famoso poema titulado "Clase Media", en el que ponía de oro y azul a ese sector de la sociedad:

Hoy ya no era ni el águila, ni el reptil, ni el gusano.
No eres señor ni siervo, no hay quien te dé la mano...
Eres la mezcla informe de impotencia y de ensueño.
Percibes y no alcanzas... ¡Tu ambición es un sueño!

Por muchos años Zoilo estuvo hablando de un violín Stradivarius que poseía o decía poseer. A los amigos suyos más cercanos le oí decir que nunca habían visto tal instrumento. A mí me contó que preparaba un viaje a Nueva York donde tenía una oferta de 20 mil dólares por su violín.

Fui a hablar con Aníbal Alvial y éste me dijo que a Zoilo lo habían trasladado al puerto de San Antonio.

- Si quieren yo los llevo -me ofreció Aníbal, que acababa de comprar un automóvil.

Fue un viaje, por una parte frustrado, porque Zoilo ya no tenía ninguna influencia ni relación con la marina mercante. Me contó que, efectivamente, en otra época había embarcado a Nefalí Agrella y a otros escritores que quisieron viajar, pero que ya no

podía hacerlo. Por la otra, fue un viaje peligroso, porque a poco de partir me di cuenta de que Anfbal apenas estaba aprendiendo a manejar, el coche corría de tumbo en tumbo y varias veces creí que íbamos a zozobrar. Fueron unas horas en que Lola y yo temimos que no llegaríamos a España y ni siquiera a Santiago. Pero quiso la suerte de Anfbal Alvial nos depositara sanos y salvos en la puerta de la casita de Inés Matte, muy cerca de la suya en la falda del San Cristóbal.

Nos dedicamos entonces a buscar el dinero para los pasajes. Fuimos a P.S.N.C. y averiguamos los precios en tercera clase de sus barcos, cuyos nombres empezaban todos por Or: "Orcoma", "Orduña", "Orbita", "Orpoesa", etc. Nos interesó el "Orduña", que zarpaba en marzo. Fue la mejor tercera en que he viajado, con una pequeña y muy agradable cabina para los dos y comida abundante y hasta con vino.

Bueno, ya no recuerdo cómo ni con qué sacrificios reunimos la suma necesaria, vendimos todo lo que no podíamos llevar y buscamos acomodación a los tres animales domésticos que poseíamos: un mono tití, una gata, y un perro pequinés llamado Waikiki. Y por cierto, tuvimos que participar en las incontables comidas con que en Chile se despedía en esa época a los viajeros.

México, 1981- Santiago, 1984.

RECADO SOBRE EL MAR Y SOBRE UN CONTADOR DEL MAR

OFICIOS VACANTES

Los mares de la América están sin decirse, como lo está la Cordillera. La excepción respecto del primer tema sería, en el Norte, Whitman, que lanzó sus poemas en un orden de marejada, y en el Sur, a debida distancia, el argentino Héctor Pedro Blomberg, que ha querido cumplir con los mares del Sur. Parece que todavía no podemos con los dos temas tremendos; será cuestión de que la raza se haga para ello pectoral y resuelle a semejante medida. Nuestra poesía ambula en llanos o valles, en aventuras de poco riesgo, echando mirada de soslayo, que esquiva la obligación hacia cordillera y mar.

Pero si ella saca el cuerpo al punto, como el lomo a una picada de fuego, la prosa comienza ya a atreverse a volar sobre el tema paterno, a zambullirse en él, a tirarle "la estocada".

La indicación de este oficio vacante, que vale para la América entera, me ha dolido siempre, en especial por lo que toca a Chile. Mar tenemos, todo el que se podía y más del que debía tenerse. Carlos Pellicer dice que se nos ve como una gente heroica a medio vértigo entre peñascos y oleaje, y es un justo ver.

Ese litoral de Chile, apenas existente en nuestras fábulas, esa fantasmagoría única de golfos, fiordos y lagos e islas de nuestra zona austral, nos punza como un remordimiento. Hombres de mar hemos tenido muchos, contadores de mar parece que ningu-

no, antes de Augusto d'Halmar, Salvador Reyes y Luis Enrique Délano.

Soy de los avergonzados por el incumplimiento con los dichos amos y por eso me alegra desde la raíz del corazón cuando alguno trae manos para la empresa y se lanza a ella a lo valiente.

Llega de Chile el breve libro de Délano, llamado "Viaje de Sueño", con un prólogo naturalísimo de d'Halmar. El destapó el champaña del asunto allá por su mocedad; después de una pausa de veinte años le contestan los ecos de su llamado.

UN CHILENO SAJON

Luis Enrique Délano vive en España y llegó a mi casa un día cualquiera de ajeteo de pasaportes. El ejemplar humano me ganó la vista exigidora por vieja, desde el primer momento.

Es un mozo atlético, que trae una de sus sangres prestada del Norte: un abuelo yanqui dejó en tierra de Chile, en este niño, su estampa y su carácter óptimo. Espaldudo, de talla muy lanzada, la cabeza sólida y regular que corre pareja con la sintaxis de su período; los ojos azules, rebajando la sensación de vigor excesivo, el habla chilensísima, pero sin bastedad. Una perfecta plomada, en la sensatez y la manera seria que a mí me place como el leño de la luma nacional al entendedor en maderas. Salta de él un grueso venero de ternura infantil, andando sequedad adentro de su palabra y de su gesto. Esta ternura es el santo y seña para reconocer en donde esté, guardado u ostensible, al que pertenece a un orden espiritual. Un caballero de convivio literario, de cuya boca aseada por natural y educación no salta el hábito de la maledicencia literaria, fiebre pútrida del gremio en razas latinas. Un sentido austero de su oficio de escritor, que repugna la improvisación y que ve la profesión en su hecho exacto de temperamento y de técnica por dosis iguales. Un hombre sudamericano que, al revés de los de nuestra casta, se ha formado decididamente para convivencia humana y que limpiará de desorden y de

suciedad a cualquier grupo. A la vuelta de unos años lo hallaremos dirigiendo cualquier empresa letrada o ciudadana, a menos que en aquella orilla sigamos teniendo el ojo tapado de viga que no deja encontrar al dirigente y que coge a manotadas el primer tonto o el primer cínico que se planta delante.

En muchos años de extranjería no me había caído una pieza moza de Chile de esta categoría.

Después lo traje a trabajar a mi lado en una oficina de emigrantes, poniéndole a prueba las cualidades que le apunté de anticipado. La convivialidad, que tanto relaja el aprecio, por su temible condición de agrimensura cotidiana, y por allí de volteadura del ser, no me ha derribado ni cuarteado la arquitectura de la amistad. El chileno Luis Enrique Délano trabaja para mí como el hombre de mar que él ama, sin remilgos ni monerías y en el trabajo vulgar que es el nuestro, el cual no consiente la fantasía y la castiga bastante. El hombre Délano, de veintiocho años, sabe tratar a su prójimo lejos de la vanidad empalagosa de sus años, en el que todavía hay azúcares de adolescencia. El escritor aprovecha su España circunstancial, lee bastante, observa más, escoge el curso literario mejor, y justiprecia a sus compañeros, al revés de la mocería que no quiere aceptar criatura valiosa anterior a ella, copa de plata que viene a romper la vajilla entera...

Este viajero que lleva en su sangre el fermento de la juventud y que se toma a préstamo virtudes de madurez, ha progresado a ojos vistas en sus dos años españoles. Un jurado de becas supo escoger en esta ocasión y nos entregó un estudiante de potencias sólidas y un hombre lleno de decoro que el extrañamiento no desmoraliza y que Europa no relajará.

Luis Enrique Délano es un cuentista y los que labran los escalones jerárquicos en Chile, le dan sitio paralelo o inmediato al de Salvador Reyes, que es el primero de su generación. Yo ando mal de vistas chilenas globales y me fío poco de esas escaleras criollas de promover y deprimir. Anoto el dato, sin

embargo, porque, haciendo de cronista, recojo los rumores.

EL OFICIO

La prosa de Délano me da toda complacencia, aunque me la dé en otra manera que la que me viene por la avenida central de mi gusto, que es la de una prosa criolla americana. Como no es un mestizo, no hay por qué pedirle lengua capitosa y fermental, que corresponde al mestizo americano medio oriental y medio español. El estilo de Délano, neutro y discreto, no cae en desabrimiento; es nervioso, sin lentitud mestiza, carece de los picantes tropicales y corresponde, línea a línea, a la lengua literaria del extremo sur, que me parece más latina que americana. El no abusa de ninguna virtud en su estilo; ni de sabor, ni de expresividad, y su corrección puede, con los años, llegar hasta cierto clasicismo. A nadie cobrarle sino su sangre: por eso yo se la cobro al criollo que escribe en afrancesado, porque ése no me la paga en su expresión según debe.

El cumplido decoro del individuo pasa al estilo y su equilibrio temperamental entra en su prosa. "Aquí no hay loco", diría el burlador, apuntando a los tres libros de Délano.

IMAGINACION Y NOSTALGIA

Sin embargo, hay en él un gran imaginativo que celebraron los críticos de su primer volumen de cuentos, y démosle las gracias de que, cuentista y chileno, la imaginación sea su signo y forme su espinazo de contador. Neruda ha hecho una especie de redención de la raza en este aspecto de nuestro albinismo imaginativo; ahora los novelistas tienen que llevar al mismo nivel de esa vindicación poética la fábula en prosa. Háganlo y estaremos en regla con el continente, al cual corresponde un destino de imaginación y de emotividad.

La imaginación de Enrique Délano no es cosa de temer por chilenos imaginóforos: nunca se la suelta a la fiera tremenda ni se hunde en golfos de disparate para sacar abortos de medusa. Como su carne sajona, este tipo de imaginación repugna el desvarío y la asiste un calor continuo que por sostenido vale más que los saltos de fiebre y dentera de frío que damos otros sudamericanos pendulares.

La fábula suya, consciente, domada en su demonio y siempre humana, fraterniza con la de otro señor del cuento chileno, Manuel Rojas, que es también un soñador de ensueños vertebra-dos. Délano pasó de la poesía al cuento por un puente normal, repitiendo la experiencia de Rojas.

Reside el mérito que yo más amo en la persona literaria de Délano en cierto clima semipoético donde se engendra, crece y fructifica su narración. Quien lea lo universal del momento sabe la promoción visible a criatura de primer rango que se está dando a la poesía en el mundo. Antes no está nadie y los demás géneros miran hacia ella de una mirada ávida, buscando chupar algo de enjundia ardiente, para adquirir una fosforescencia que nadie más que ella puede entregar a fábula o ensayo.

Escribe Enrique Délano en la zona que algunos ven como de espejo y agua que otros sentimos como de humedad caliginosa, pero que nunca llega a lo palúdico, de lo imaginativo emocional. Este hecho sería tal vez degeneración del género novelesco, si habláramos de una atmósfera y una manera poética totales; pero no se dice tanto; se indica solamente un realismo moderno que no es el de la tribu Zola; se señala un narrador que carece de brutalidad a causa de que conoce el vaho emocional, que permea cada hecho y criatura de este mundo.

Délano trabaja en la más bella y la más noble norma del novelista contemporáneo, y si no extravía la ruta que ha tomado por instinto sacará de ella unos provechos pródicos.

Un perfecto embrujo de mar y de la gente que navega trabaja a Luis Enrique Délano, hombre de tierra firme, y le lleva y le trae

por puertos que no ha visto nunca, por malecones que no conocen sus zapatos claveteados. Punzan su imaginación los países más solares -Honolulu, Jamaica- o los más nórdicos o australes -Oslo, Chiloé-. La aventura terrestre se le empequeñece y se le prestigia la marítima como la única digna de hombre.

No es el mejor suceso que cae sobre varón enamorarse perdidamente de mujer, pensaría Ulises, aunque sea una linda suerte; sobrepasa a eso el prendarse del agua y de la atmósfera terrestre. Dos hombres que son cifra de nuestro tiempo repiten a Ulises: Joseph Conrad y D.H. Lawrence. A este linaje de hombres fuertes y de adelantados de la imaginación pertenece nuestro Déllano.

Su cuerpo inglés lo agita, tierra adentro, con los fantasmas de sus abuelos. Vuelvo a decir que no tenemos más verdad que dar, más logro que tener, mejor canción que soltar de la boca, que las que nos corren por la sangre, y que las demás no nos sirven y sólo nos cansan con cargas vanas.

Esta pasión del mar ha de agradecérsela todo chileno: él señala la musa que no hemos usado y arrastra hacia su hermosura salobre. Mientras los demás, apoltronados por el Valle Central, nos desentendemos del espaldar pétreo y la peana de duna que son nuestro territorio, el nieto de inglés padece en su capital burguesa la más noble de las nostalgias que según decimos punzan a un hombre: la nostalgia marina.

Después de la virtud imaginativa, le estimo a Luis Enrique Déllano la naturaleza nostálgica.

También ésta es índole poética y en Déllano se acusa tanto como en Neruda y Reyes. Confieso que es el único lado que yo no le detesto al Romanticismo, el uso y abuso de la nostalgia.

El estado de "saudade" suele ser flojedad de la criatura para mirar lo circundante. El lánguido huelga clavando los ojos muy lejos de lugar o de tiempo y no le da a la realidad que le aprieta el costado ni valor ni cariño. Es muy otra que esta nostalgia la de nuestro Enrique Déllano. Los bultos próximos de paisaje o de

hecho los mira y deja entrar en sí como el alimento natural de un hombre sano. Pero cada cosa que palpa con lentitud ya volteada le entrega una fragancia especial que no todos perciben: el perfume de nostalgia. Vuelve entonces su cara hacia las hermanas de la cosa o el hecho que existen en otros tiempos y otros pedazos del planeta.

La nostalgia da al poeta (y al decir contador hay que entender también poeta) una nobleza particular y un pulso delicado para el trato de los materiales. Luis Enrique Délano me ha traído, con su trato, hacia este concepto: el poeta lleva no solamente un rango musical de hombre de ritmos ni uno plástico de productor de metáforas, sino otro más íntimo en cuanto a suavizador del pulso violento del mundo. Es el carácter nostálgico lo que ablanda la tierra filuda y le humaniza la aventura de los elementos. El maneja lo vital envuelto en algodón sordo de muerte, o resucita lo acabado con un cuerpo angélico que no tuvo de viviente. Estar vivo es hallarse en trance de brutalidad.

Siempre ocurrió que sólo vieron una tierra dos especies de seres: el que la vive como porción de su carne en un regionalismo acérrimo de tacto a tacto y el que llegó desde lejos a ella. A causa de ser un imaginativo y en razón de su origen, Délano es el repuesto que llega de afuera por ayudar a los de adentro a decir su realidad, que ellos miran con un desgano zafio.

Délano está formándose profesor en bien de nuestra escuela secundaria. Le miro con placer los grandes éxitos de aula, pero confieso que suelo tener miedo. ¿Qué hará de él, hombre libre y nacido para crónica marina, ese adiposo oficio de cátedra con ocho meses por año? Recuerdo otros casos de gente nuestra que asoma llena de dones y a la que sigo con ansiedad, como en el de Marta Brunet, a quien atollan y pierden en periodismos mujerieles, como en el Gómez Rojas al que reventaron con locuras causadas por la miseria, y sobre todo como el del cuentista grande que se llamó Guillermo Labarca Hubertson, el cual entró en el médano pedagógico y se sumió en él por *sécula seculorum*. Al

Chile que Eugenio d'Ors llama "País de ingenieros y pedagogos" no se le ocurre dar al escritor sino unas clases oficiales o no darle absolutamente nada y los mata usando los dos sistemas...

Gabriela Mistral

El Mercurio, 8 de septiembre de 1935, Santiago de Chile.

OBRAS DE LUIS ENRIQUE DELANO

El pescador de estrellas. Poemas. En conjunto con Alejandro Gutiérrez, 1926.

Rumbo hacia ninguna parte. Novela breve, 1927.

La niña de la prisión. Cuentos, 1928.

Luces en la isla. Novela, 1930.

La evasión. Novela breve, 1933.

Balmaceda, político romántico. 1937.

Cuatro meses de guerra civil en Madrid. 1937.

En la ciudad de los Césares. Novela breve, 1939.

Viejos relatos. Cuentos, 1940.

Un niño en Valparaíso. Novela breve, 1945.

El laurel sobre la lira. Novela, 1946.

Puerto de fuego. Novela, 1956.

La base. Novela, 1958.

El viento del rencor. Novela, 1964.

El rumor de la batalla. Novela, 1964.

Cuba. Reportaje, 1966.

Sobre todo Madrid. Memorias, 1969.

Antropofagia. Cuentos, 1971.

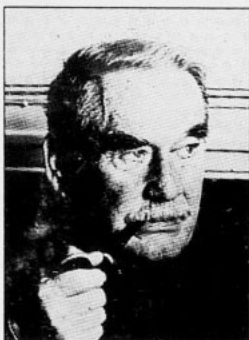
El año 20. Novela, 1972.

Las veladas del exilio. 1985.

La luz que falta. Novela, 1987 (póstuma).

INDICE

Un Prólogo innecesario José Miguel Varas	5
Prefacio	13
Romeo Murga, un nombre que parecía seudónimo ...	17
Quillota en 1925	29
Neruda, Huidobro	39
El primer libro: El pescador de estrellas	47
1927. Vida en Santiago	59
Salvador Reyes y el "Imaginismo"	67
Chita	77
Los escritores, hombres pobres	85
Juvencio. Lord Jim	91
Otros escritores. Roberto Aldunate	105
El trabajo literario	119
Hacer maletas	131
Recado sobre el mar y sobre un contador del mar Gabriela Mistral	137
Obras de Luis Enrique Délano	145



“Salta de él un grueso venero de ternura infantil, andando sequedad adentro de su palabra y de su gesto. Esta ternura es el santo y seña

para reconocer en donde esté, guardado u ostensible, al que pertenece a un orden espiritual. Un caballero de convivio literario, de cuya boca aseada por natural y educación no salta el hálito de la maledicencia literaria, fiebre pútrida del gremio en razas latinas. Un sentido austero de su oficio de escritor, que repugna la improvisación y que ve la profesión en su hecho exacto de temperamento y de técnica por dosis iguales. Un hombre sudamericano que, al revés de los de nuestra casta, se ha formado decididamente para convivencia humana y que limpiará de desorden y de suciedad a cualquier grupo”.

Gabriela Mistral

